

LEONARDO WILLIAMS

CASTILLA



MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL Y EXTRANJERA

LEONARDO WILLIAMS, EDITOR

LISTA, NÚM. 8

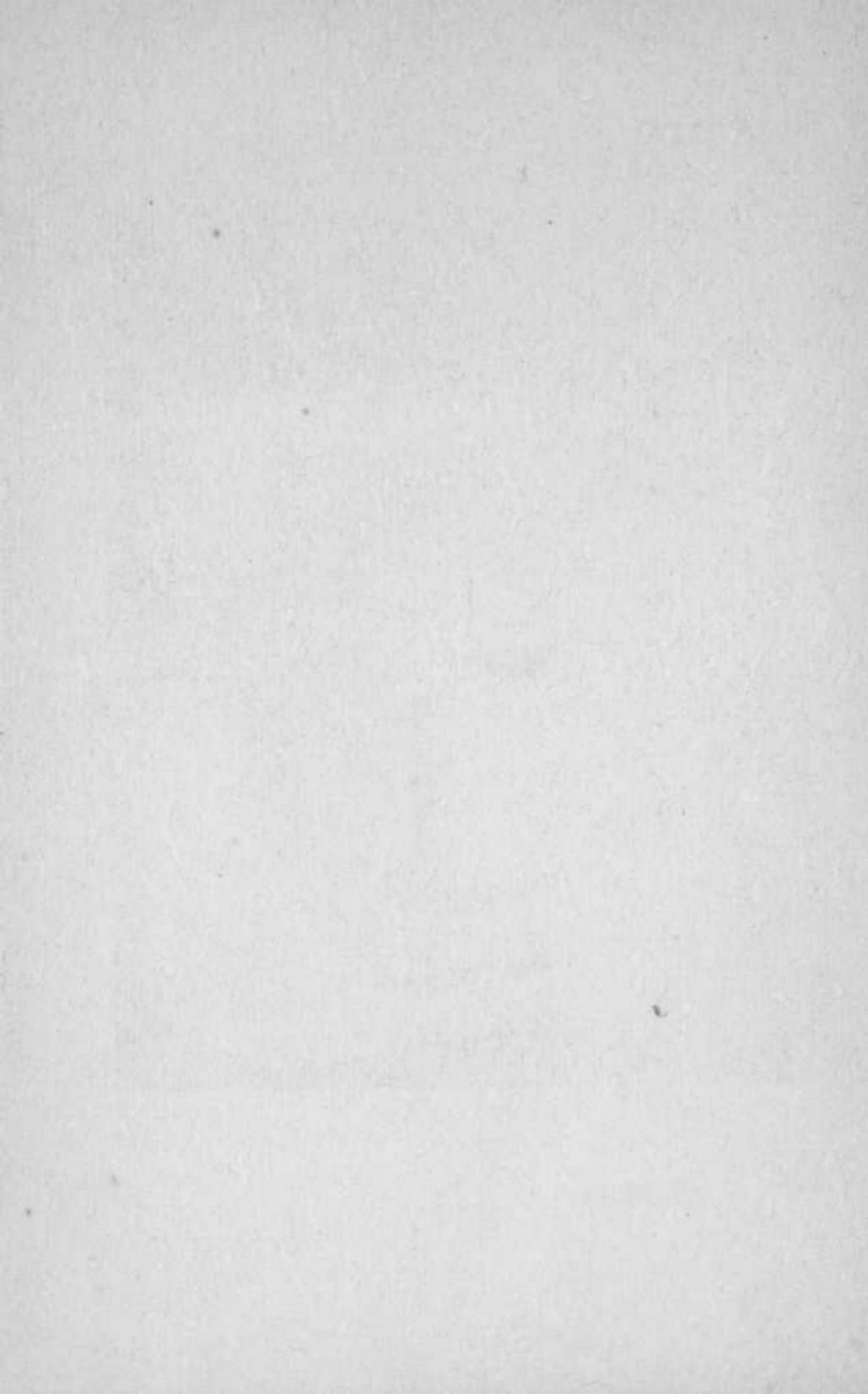
1904

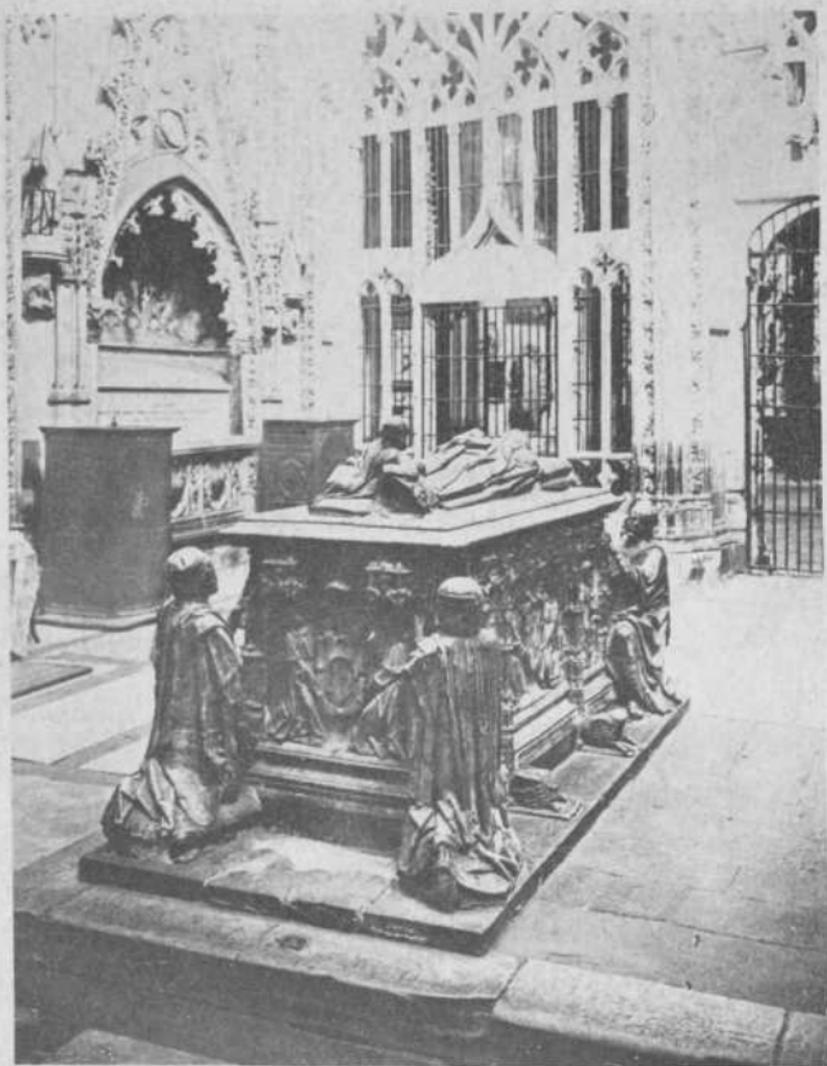
DGCL
A

Jose Ruessli .

+ 53947
C. 1188863

CASTILLA





CATEDRAL DE TOLEDO. SEPULCRO DE D. ÁLVARO DE LUNA.

Fotografía del autor.

LEONARDO WILLIAMS

MEMBER OF THE ACADEMIA ESPAÑOLA

CASTILLA



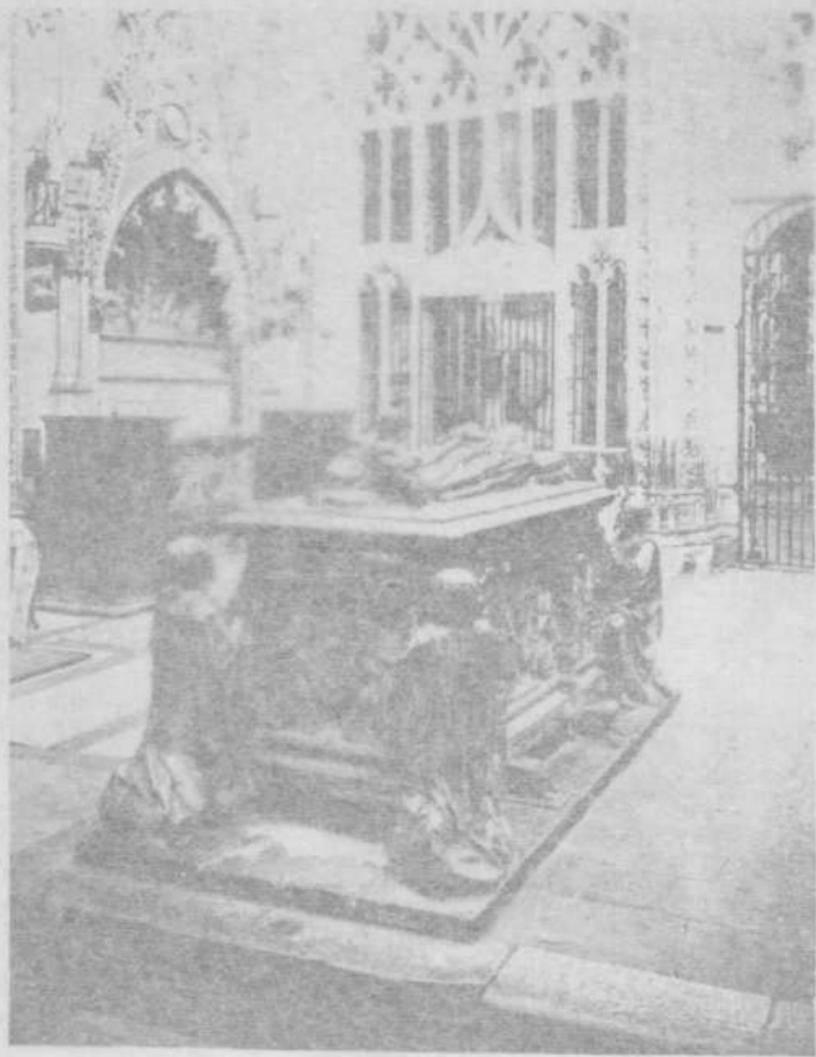
MADRID

ENCICLOPEDIA NACIONAL E UNIVERSAL

LEONARDO WILLIAMS, EDITOR

LISTA, N.º 5

1924



CATEDRAL DE TOLEDO. SEPULCRO DE D. ÁLVARO DE LUNA.

Fotografía del autor.

LEONARDO WILLIAMS

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CASTILLA



MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL Y EXTRANJERA

LEONARDO WILLIAMS, EDITOR

LISTA, NÚM. 8

1924

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS, OLIV, 8, MADRID



R. 115859

TOLEDO

EL ALCÁZAR

Cuando voy á Toledo, gusto de hacer el viaje completamente solo, ó en compañía de un poeta, de un arqueólogo ó de un artista; porque el aspecto de estas viejas murallas cargadas de recuerdos de grandezas que se desmoronan y se destruyen, está muy lejos de invitar á una excursión alegre. Rara vez nos es dado contemplar la muerte—y menos la muerte de aquello que fué grande—con emoción gozosa; y es una ciudad, propiamente considerada, una duplicación de sus creadores, inspirada y edificada por manos de hombres, realizando en comunidad con sus habitantes el proceso mortal y misterioso del nacimiento, de la madurez, de la disolución. Tal es Toledo, ahora cadáver ó momia de un poderío pretérito, envuelto en el sudario

de un roto y desaparecido esplendor, invadido por todos los horribles atributos de la decadencia.

Las cercanías de la venerable ex-capital de España, forman una áspera comarca de campos de barbecho ó mal cultivados, desprovista de todo aspecto pintoresco ó interesante, y la primera vista de las murallas se alcanza cerca del Puente de Alcántara, uno de los puentes que, sobre el «padre Tajo», permiten la entrada en la ciudad al visitante. La impresión visual desde aquella distancia, es la de una rocosa y abrupta colina, aunque no muy alta, cubierta con multiformes edificios de exterior gris ó grisáceo, y lamida en su base por el oscuro caudal del Tajo. De entre el heterogéneo amontonamiento de torrecillas, tejados y agujas, el Alcázar y la torre de la catedral, símbolo de los dos hijos predilectos de la ciudad—el guerrero y el sacerdote—se destacan arrogantes.

«Hay en Toledo una calle estrecha, torcida y oscura, que guarda tan fielmente la huella de las cien generaciones que en ella han habitado; que habla con tanta elocuencia á los ojos del artista y le revela tantos secretos puntos de afinidad entre las ideas y las costumbres de cada siglo, con la forma y el carácter especial impreso en sus obras más

insignificantes, que yo cerraría sus entradas con una barrera, y pondría sobre la barrera un tarjetón con este letrero:

En nombre de los poetas y de los artistas; en nombre de los que sueñan y de los que estudian, se prohíbe á la civilización que toque á uno solo de estos ladrillos con su mano demóledora y prosaica.»

Con estas palabras describe el poeta Becquer el tipo común de las calles toledanas; y lo que él dice de una en particular puede aplicarse con admirable verdad á casi todas ellas. Parece que no han de conducir á ningún sitio definido, ni han de tener salida alguna, sino que están destinadas á vagar, y á arrastrarse, y á dar vueltas y vueltas para siempre. Su oscuridad, aun á mediodía y en los más radiantes del verano, es intensa, porque las casas de ambos lados casi se tocan, y el pavimento es tan desigual que hace el tránsito desagradable en extremo. Frecuentemente las filas de casas particulares se interrumpen con un convento ó una iglesia, edificados acaso sobre las ruinas de alguna sinagoga ó mezquita, cuyo nombre se ha perdido en la oscuridad de los tiempos.

Á cada minuto se ofrece á la vista del visitante alguno de los innumerables estilos de Arquitectura,

desde el arco de herradura y las ornamentales tracerías árabes, hasta las frías columnas y pórticos de Covarrubias y Villalpando, ó las complicadas aunque casi siempre feísimas producciones de Churriguera. Y puede afirmarse con exactitud que las generaciones de edificios han conservado algo de la vida de las generaciones que las ocuparon.

Describir, sujetándose á cualquier sistema topográfico, los principales edificios ú otros monumentos de una ciudad, amontonados de esta suerte, sería empresa imposible de realizar en el reducido espacio de media docena de capítulos. Y por lo tanto, si puede permitírseme la paradoja, creo que es más prudente propósito irlos describiendo en el orden de su natural confusión. Como ya hemos visto, los dos más eminentes y desde luego los que más atraen son el Alcázar y la Catedral; pero también están llenas de interés las iglesias de San Juan de los Reyes y de Santa María la Blanca; el templo más pequeño y casi en ruinas llamado «El Cristo de la Luz»; el Castillo de San Servando; el Hospital de Tavera y el de Santa Cruz; y de las puertas de la ciudad, la del Sol, la de Visagra, la del Cambrón, la de Alcántara y la de San Martín».

Toledo ha tenido más de un Alcázar. Parece que el de D. Rodrigo estuvo edificado en alguna altura, sobre el río. Luego existieron el alcázar mahometano, y el Palacio de Montíchel—situado este último en el barrio de San Cristóbal.—Al de Montíchel va unido un espantoso recuerdo; porque fué en él donde el feroz wali Amrú, que reinó á principios del siglo ix, perpetró la horrible matanza de nobles que se ha hecho proverbial en la frase *una noche toledana*. En venganza de algún agravio real ó supuesto, invitó á los nobles á un banquete, y los fué asesinando á medida que atravesaban el patio, arrojando á una zanja los cadáveres. A la mañana siguiente los habitantes de la ciudad pudieron contemplar cuatrocientas cabezas clavadas sobre estacas en el muro; y la vista y el nombre de este horrible y maldito palacio se les hicieron de tal modo insufribles que no tardaron mucho tiempo en arrasarle por completo.

Pero el más importante de los antiguos alcázares toledanos, casi adyacente al que hoy existe, y estrechamente relacionado con su historia, fué el edificio gótico convertido merced á adiciones sarracenas en Palacio de Galiana, tomado por los moros, junto con la ciudad, y habitado por

Leovigildo, Recaredo y Wamba, así como, después de la reconquista, por Alfonso VI. No queda de él vestigio alguno: pero se sabe que estuvo en el lugar que hoy ocupa el Hospital de la Santa Cruz, y dentro de sus muros se reunieron á petición del Cid las Cortes que habían de juzgar la conducta de los condes de Carrión. Alfonso VI dió una parte de él á las monjas de San Benito, que fundaron allí un monasterio llamado de San Pedro de las Dueñas; y en 1202 se permitió á los Calatravos establecer un priorato en el mismo lugar.

Hay buenas razones que permiten creer que durante el tiempo de los visigodos y los moros, hubo una fortaleza precisamente en el sitio en que hoy está el Alcázar, esto es, en la más alta cumbre de la roca sobre la cual está edificado Toledo. Esta fortaleza, convenientemente fortificada, ó acaso otra que había hecho levantar sobre los restos de ella, apresurose Alfonso VI á unirla con el palacio de Galiana por medio de un formidable muro, que aislaba por completo ambos edificios del resto de la ciudad. Esta, por supuesto, fué una medida preventiva y defensiva; y además cuando salió de la ciudad para seguir su carrera de conquistas, guarneció el Alcázar con mil hidalgos de Castilla y

León, capitaneados por el Cid y por el fiel camarada del Cid, Alvar Fañez.

Desde entonces la fortaleza (porque tal es el significado literal del arábigo *al-qaçr*) continuó cumpliendo su doble fin de defender al Rey contra su capital, y á la capital y al Rey contra los ataques de los extraños: y sirviendo además de residencia real. El palacio, sin embargo, una vez pasadas las ostentosas dinastías visigodas y musulmanas, estuvo completamente subordinado á la fortaleza; los fieros beligerantes reyes de Castilla, de Alfonso *el Batallador* en adelante, se cuidaron infinitamente más de la solidez y espesor de los muros que de la ornamentación ó la comodidad de las estancias, y ulteriormente se hicieron obras en grande escala en tiempo de Alfonso VII, de Alfonso VIII el vencedor de las Navas de Tolosa, y de Fernando *el Santo*, conquistador de Sevilla.

Con la reconquista de Granada por Fernando é Isabel decayó mucho la importancia del Alcázar desde el punto de vista militar. Probablemente esta fué la razón, ó al menos una de las razones, por la cual los Reyes Católicos convirtieron el edificio en hospicio para niños expósitos. Pero su aspecto eminentemente marcial, junto con sus magníficas

tradiciones, no pudieron menos de sugestionar al Emperador Carlos I que llevó á cabo su restauración con cuidado casi paternal é hizo de él su residencia favorita siempre que pudo distraer algún tiempo de sus campañas. El edificio fué de nuevo construído casi completamente por Alonso de Covarrubias y Francisco de Villalpando, ayudados por Gaspar de Vega, Luis de Vergara, y Hernán González de Lara; y Felipe II encomendó la terminación de la reforma á Juan de Herrera, arquitecto en parte del Escorial.

Durante el siglo xvii el Alcázar se vió generalmente descuidado, porque Felipe III y su hijo preferían los animados alicientes de Madrid: pero la viuda de Felipe IV fué obligada por D. Juan de Austria á retirarse á la capital vieja, más triste y más pequeña. La condesa D'Aulnoy, que la visitó, ha dejado un relato minucioso, aunque tal vez un tanto recargado de color, de lo que observó en su visita. La ingeniosa francesa, que desplegó durante su estancia relativamente corta en la Península, una curiosidad completamente femenina, y que no perdió ocasión de ver todo aquello que fuera digno de verse ó de trabar conocimiento con quienquiera que fuese digno de ser conocido, fué conducida

en una silla de manos al Alcázar, donde naturalmente Mariana de Austria había fijado su residencia. La visita no se llevó á cabo en las mejores condiciones de comodidad, porque la etiqueta cortesana, entonces estricta como nunca, obligó á *madame* á prescindir de sus atavíos á la francesa para vestir el monstruoso armatoste de un guardainfante (tal como le viste Mariana misma en su retrato pintado por Velázquez), el más rígido de los cuerpos, que oprimía los hombros hasta casi juntarlos, y zapatos tales, «que mucho más fácil me hubiera sido romperme la cabeza, que andar con ellos.»

Entrado que hubo en el Alcázar, halló á la Reina en una gran estancia con vistas al río. Los tapices y alfombras eran de paño gris, y Mariana con un rosario en la mano estaba en pie junto á una ventana abierta. Sin duda la postura era estudiada. Volvióse al encuentro de sus visitantes con amable sonrisa, y la Condesa parece haberla encontrado menos insignificante de lo que en general se la considera. Sus manos eran pequeñas, finas y blancas; y su rostro, descrito como «un tanto largo y triste», estaba pálido. Su expresión era amable y suave. Llevaba tocas de viuda, á estilo de la época,

que cubrían su cabeza hasta el punto de no dejar fuera ni un solo cabello. Su visitante recuerda caritativamente que la falda real estaba ribeteada con trencilla, la cual podía sustituirse fácilmente una vez estropeada. ¿No es terrible pensar, cuánto arriesgamos á veces en una rápida entrevista; y cuánto la mirada más rápida puede contribuir á despojarnos de nuestra buena fama, que la sociedad considera casi única preeminencia digna de conservarse? Por supuesto, que cuando se trata de la multitud vulgar, esto tiene poca importancia: pero verdaderamente los ricos, ó los célebres, ó los de sangre azul, harían bien en vivir como anacoretas y no abrir sus puertas á nadie. Si la mirada de un visitante casual, puede descubrir estas humillantes pequeñeces ¿cómo maravillarnos de que no haya grande hombre para su ayuda de cámara, que le contempla, comparativamente, durante toda una eternidad?

Después de una corta conversación sobre temas indiferentes, una enana redonda como un tonel y vestida de brocado de oro y plata se arrodilló á los pies de la Reina y preguntó si su majestad deseaba comer: la Reina dijo á la condesa y á la marquesa de Palacios que la acompañaba en su visita, que

podían seguirla si gustaban, y todas juntas pasaron al comedor. Este era enteramente de mármol, y en él había varios aparadores, y velones sobre ellos. Sólo la Reina estaba sentada; sus visitantes permanecían en pie no lejos de ella, conversando á veces con sus damas de honor. Varias de éstas eran jóvenes y simpáticas; y todas llevaban chapines y no perdían ocasión de confesar su horror á Toledo «donde estaban como en un desierto.» Los *meninos* y *meninas* estaban también presentes; diminutos aristócratas que atormentaban á los enanos y á los perros de palacio ó gastaban la mayor parte de sus tempranos días en acompañar al soberano, y cuyos rostros traviosos, perpetuados por el genio de Velázquez, nos sonríen desde los muros del Museo de Madrid.

El apetito de la Reina era bueno, y acaso, por efecto de la saludabilísima atmósfera que rodea el Alcázar, la Condesa y su compañera no se hubieran desdeñado de seguir su ejemplo. Pero aunque Mariana permaneció en la mesa hora y media, á nadie fuera de ella se sirvió un solo bocado, excepto unos dulces que ofreció á las dos niñas, hijas de *madame* y de la Marquesa. El primer servicio consistía en melones, ensalada y leche, y de todo

ello sirvióse su majestad en abundancia. Vino luego la carne, que en opinión de la Condesa, distaba harto de ser buena. Y es esto creíble, porque los españoles aún hoy son infames cocineros cuando de carne se trata, y gustan de servirla completamente seca: no han aprendido á aumentar su comestibilidad por medio de la maceración; así que entre la dureza y la sequedad es generalmente intolerable á todo paladar extranjero.

Dado que la Reina, durante la hora y media, ó acaso más, que permaneció en la mesa, habló muy poco, es razonable suponer que consagró á comer la mayor parte del tiempo. Cuando terminó la comida, las visitantes se despidieron. — Debo añadir — observa la Condesa — que el primero de los *meninos* cuida de los zapatos de la Reina y se los calza. Este es honor tan estimado en este país, que aquél que lo posee no le cambiaría por ninguno de los más importantes cargos de la corona. Cuando las damas de palacio se casan, de acuerdo con los deseos de la Reina, aumenta ella su dote con cincuenta mil escudos: y generalmente se otorga á sus maridos cargo de gobernadores ó de virreyes.

Mariana de Austria fué la última soberana que hizo del Alcázar residencia habitual. En 1710 fué

incendiado por los austriacos, portugueses, alemanes ó ingleses; ó por todos á un tiempo. Descuidado luego, durante más de medio siglo, el cardenal Lorenzana encargó su restauración en 1774 al arquitecto Ventura Rodríguez. En 1810 fué quemado nuevamente y por completo; pero aunque entonces le ocupaban tropas francesas, no es cierto en modo alguno que el incendio fuera intencional. A mediados de siglo se hizo de él Academia general militar, y en 1850 Academia de Infantería. En 1887 estalló un nuevo incendio en la biblioteca y destruyó bonitamente casi todo el edificio, exceptuando las paredes maestras, la escalera y los arcos del patio. Votóse un millón de pesetas para repararle una vez más, y hoy presenta un aspecto sólido y respetable, aunque por supuesto las partes más antiguas y más interesantes no son sino pequeños fragmentos que contrastan como piezas de mosaico con la edificación nueva. La punta de cigarro de algún cadete está llamada sin duda á renovar la hoguera en fecha no muy lejana. — El destino—exclama un cronista—parece haber condenado al Alcázar de Toledo á ser quemado y vuelto á quemar cada vez que, como otro fénix, resurge de sus cenizas.

Pocos edificios, ya de España, ya de cualquier otra nación, han experimentado serie más larga de vicisitudes. Ha sido sucesivamente fortaleza, palacio, calabozo, hospicio de expósitos; dentro de sus muros, guerreros han vestido la cota de malla, hijos de pobres han jugueteado con alegre inconsciencia; reyes han mandado y han descansado, princesas han llorado, han amado, han reído; y prisioneros mirando ansiosamente la vega á través de sus rejas formidables han suspirado por la libertad. Pero de las memorias que guarda, las más sutiles, las más dulces, son siempre memorias de mujeres; porque manos aun más pequeñas y más nevadas que las de la pobre y prosaica Mariana, la austriaca, comedora de inexpresivo rostro, han acariciado las amplias balaustradas ó se han posado sobre el damasco de las colgaduras. La fuerza está aquí verdaderamente vencida por la belleza: y sepultando almenas y rastrillos bajo nube de aéreas visiones, encarnadas en exquisita forma femenina soñamos con Berenguela, deteniendo á los musulmanes con su majestad y su gracia; y con la melancólica y gentil Blanca de Borbón, la amadora no amada; y con la vencedora rival de Blanca, María de Padilla; y por último, con

la más sugestiva de todas ellas, con la mora Galiana.

¿Qué sería el Alcázar, si ninguna de estas hermosas hubiese ceñido su guirnalda á la rocosa mole? ¿Qué serían todas las guerras del mundo, si nunca en el mundo hubiese habido una mujer por quien batallar?

LA CATEDRAL

Y EL

DESARROLLO DE LA ARQUITECTURA ESPAÑOLA

Pero si el soldado fué uno de los hijos predilectos de Toledo, fué el otro el sacerdote; y en posición y en fama, la Catedral es tan eminente como el Alcázar. Hace largo tiempo que estoy convencido de que los españoles no son en modo alguno un pueblo espontánea ó genuinamente devoto; y espero sustentar esta conclusión con pruebas convenientes en la *Historia de la Pintura española* que tengo en preparación. Pero merece consignarse, aquí ó en otro lado, ya que de la Península se trata, el hecho de que las prácticas religiosas de los españoles están íntimamente entretrejidas con inmensa cantidad de téticas supersticiones clericales; y en este respecto su credulidad, que ahora tiende en algunos á dejarse sustituir por un

escepticismo casi tan extravagante como la credulidad misma, no reconoció en otros tiempos límite alguno.

Toledo es, sobre todas, la ciudad, y su catedral es sobre todos, el templo, donde los que visitan España esperan probablemente encontrar los más claros vestigios de las antiguas supersticiones relacionadas con las prácticas de su Iglesia. Y no esperan en vano. Estas supersticiones, además, demuestran por modo extraordinario las notas características nacionales. Numerosos escritores han afirmado que los sentimientos religiosos y las creencias de los españoles son los más tétricos que se registran en la Historia. Aun en Andalucía, cuyo cielo es considerado como el más radiante de Europa, la celda del monasterio y el muro de la catedral han desterrado hasta el último rayo de sol. Las procesiones que se arrastran á lo largo de las calles con sus engalanadas imágenes y sus burlones y alborotadores monaguillos, impresionan al observador imparcial como blasfemo intento de oponer una ó dos varas de raso al infinito azul, ó un diamante ó una perla al rocío de luz de un lucero. El triunfo del oropel sobre el verdadero esplendor, de lo sordido y profano sobre lo generoso é inspirado, ha

sido en este extraviado país completo y absoluto; y no es mucho afirmar que el clero español ha conseguido extinguir casi por completo en sus compatriotas el poder de apreciar la naturaleza. Hasta hace unos cincuenta años, cuando el belga Haes consagró su vida á abrirles los ojos, casi no han existido pintores paisajistas en España; y aun hoy existen pocos. Se desconocen casi por completo gentes que aprovechen las vacaciones para viajar por las provincias con el propósito de explorarlas y gozar las bellezas del paisaje. Los españoles fatigados prefieren ir á buscar descanso en otra forma, y corren á San Sebastián, por ejemplo, para hacer exactamente lo que *hace todo el mundo*, y gastarse el dinero en los *caballitos*.

Y esto es acaso lo que complace al clero—innumerables pecadores que luego de extraviados tengan interés en alcanzar la absolución. El español cree librarse del fuego eterno y alcanzar su puesto en la gloria con tanta facilidad como toma un billete para el teatro. Y su doctrina es dura; á Dios no es posible llegar sino por la confesión y la penitencia, y las inocentes sonrisas y gracias de nuestra madre Naturaleza se truecan tristemente para ellos en lascivas insinuaciones de cortesana.

En este y en otros varios respectos, pero principal y preeminentemente desde el punto de vista del arte, la antiestética doctrina del clero español, si trazamos su historia desde el tiempo de los visigodos, surge contrastando desfavorablemente con las enseñanzas y prácticas de los infieles. El carácter de los árabes, fanáticos del arte, ya fueran sacerdotes ó seglares, y el carácter del primitivo clero español, aborrecedor del arte, están plenamente manifestados por las iglesias y catedrales, de una parte, y las *aljamas* mahometanas de otra. Y aprovecho esta ocasión para pasar revista rápidamente al desarrollo de la arquitectura cristiana en España, y á las cualidades, tanto morales como materiales, que la distinguen en grado extraordinario de la de los árabes.

Los tipos y los métodos de la arquitectura romana, ya en su período de decadencia, fueron heredados, después de la impetuosa irrupción, de Atilfo, en el Nordeste de la Península, por la dinastía visigoda. Otras costumbres é instituciones romanas fueron adoptadas también por la nueva raza de los conquistadores—leyes romanas, pesas y medidas romanas, y el modo romano de contar el tiempo. Y, sin embargo, los visigodos, obligados



CATEDRAL DE TOLEDO.

Fotografía del autor.

como estuvieron á imitar una cultura que no podían comprender, y cuyos móviles y tendencias no podían en modo alguno serles íntimamente simpáticos, fueron siempre un pueblo salvaje. Originalmente bárbaros en su ferocidad, llegaron á ser cuando ya su dominación se iba acercando al fin inevitable, bárbaros en su afeminamiento. Y así fueron en sus creencias religiosas. Exceptuando al clero, formado por hombres de alguna educación é ilimitada carencia de escrúpulos, los visigodos cristianos permanecieron tan bárbaros como cuando gentiles; bárbaros hasta en su violento fanatismo, y en la total abdicación de su personalidad en manos de la clerecía. Faltaba por completo, ó casi por completo, un tipo intermedio; y sería difícil escoger entre Leovigildo, ignorante, cruel é impulsivo, y su apacible sucesor Recaredo, presa indefensa de la ambición metropolitana de Toledo. Los maestros del Credo cristiano, joven y vigoroso, no ignoraban, por su parte, tales características y no perdonaban artificio ni esfuerzo para asegurar la sumisión de los reyes y ensanchar su dominio semipolítico y semieclesiástico. En casos sumamente limitados, tales como el de Suintila, se hizo preciso calumniar al soberano, y estrechar con este

diplomático sistema de ataque, la esfera de su poder, porque las clases populares desplegaban de vez en cuando un entusiasmo salvaje hacia sus monarcas, é intentaron más de una vez libertarse de la influencia del clero. Pero éste difícilmente hubiera podido triunfar, y en 589 el tercer Concilio de Toledo, formado nada menos que por sesenta y dos prelados y presidido por los astutos Leandro y Mausona, obispos de Sevilla y de Mérida respectivamente, consiguió su objeto, y proclamó su supremacía, no sólo como sínodo, sino como parlamento del reino; poniendo de este modo firma despreciativa y altanera á la sentencia de muerte de la independencia real. Y es un hecho peregrino, aunque indiscutible, que desde entonces hasta el presente día, y eso que han transcurrido nada menos que mil trescientos años, esta independencia real no han logrado recobrarla efectivamente los reyes de la Península.

La moral de los visigodos estaba de acuerdo con su refinamiento y su género de vida. La servidumbre era la señal distintiva del pueblo; la arrogancia, de la nobleza; la avaricia y la ambición, del poder temporal y político del clero; el regicidio y el tumulto, de la corona. Es claro que pueblo de tal

modo desunido no podía ejercer en ningún caso larga supremacía; y el azar ó el destino precipitaron su caída con la llegada del tuerto Tarik y de sus huestes, y la derrota «del último de los godos» junto á las famosas mimbreras del Guadalete.

Por supuesto, que la frase «último de los godos», aplicada al derrotado Rodrigo, es puramente poética. Sabemos que en punto á número su pueblo distó mucho de ser exterminado. El grueso de los invasores, recorriendo el país de Sur á Norte, impulsó hacia delante á muchos de ellos, que pudieron y prefirieron huir, y éstos, atravesando los desfiladeros de la cordillera Cantábrica, establecieron en Asturias la soberanía de Pelayo, su jefe.

En realidad, aunque los cronistas aseguren lo contrario, no fué el pueblo visigodo quien se opuso á Tarik en las orillas del Guadalete. Fueron la monarquía, la nobleza y el clero visigodos. Los vencedores, en lo que al pueblo se refiere, fueron rara vez vengativos ó tiránicos, y los siervos visigodos, á pesar de su ignorancia, tardaron muy poco en comprenderlo. Por consiguiente, ¿qué habían perdido al cambiar de señores? Sus dueños, los que eran de su misma raza, les habían tratado con la mayor crueldad. Era casi imposible que los ajenos

conquistadores, á los cuales estaban obligados á someterse, descubriesen medio de tratarles peor. Por lo tanto, permanecieron espectadores indiferentes de la lucha, pasando como bienes muebles irresponsables é inertes de la propiedad de unos á la de otros, y dejando la reconquista de su más que dudosa independencia al fugitivo Pelayo y á los sacerdotes y nobles que le acompañaban.

¿Y cuáles fueron las consecuencias posteriores de todo esto? Seguramente, en tiempos tan crédulos é ignorantes, el resultado de la batalla del Guadalete debió considerarse como castigo sobrenatural de antiguos vicios é impiedades, y el clero no andaría tardo en enderezar á tal fin sus predicaciones. Las condiciones naturales del terreno también influyen en estos casos, y los reyes y los nobles, descorazonados al darse cuenta del inmenso contraste entre los horizontes para ojos de águila de las ilimitadas llanuras castellanas, y las lluviosas enubarradas crestas del Noroeste de España, habían de modificar, sin darse cuenta de ello, su carácter íntimo. El espacio, lleno de sol, les había hecho arrogantes y amadores del fausto, y el cielo tormentoso y la tierra estrecha iban ahora á trocarles en humildes y austeros; y envuelto en

nieblas, y alimentado con sombría superstición, el Credo cristiano llegó lenta pero seguramente á plena madurez.

Pasando tiempos, la Arquitectura de aquellos tristes refugios asturianos, se declaró esencialmente clerical. El primero y principal de sus edificios debía ser un templo para la propiciación de su Dios enojado. La tradición dice que la iglesia de Santa María de Velamio fué fundada por Pelayo, y la de Santa Cruz de Cangas de Onís por su hijo Favila. Sea de esto lo que quiera, ellas fueron las primeras iglesias de la serie del siglo ix, tales como la de San Salvador de Priesca, San Pedro de Montes, Villardoveyo, Santa María de Sariego y San Pedro de las Rocas. El estilo de ellas es el latino degenerado, reflejando más ó menos toscamente los planos romanos de la decadencia ó los vulgares baptisterios de los visigodos. Esta primitiva Arquitectura asturiana falta, desde el punto de vista del arte, de toda espontaneidad y verdad inherentes á la impulsión estética, se llama Arquitectura asturiana, gallega, bizantina, gótica antigua, ó más generalmente latino-bizantina. Si se la considera, sin embargo, como reveladora del estado de ánimo de los cristianos españoles en



aquel tiempo, su mejor nombre sería gótico-asturiana.

El carácter de los invasores que rápidamente se apoderaron de la mayor parte de la Península, contrasta tan vivamente con el de los rudos y melancólicos españoles, como el sol y el espacio del desierto árabe ó de la llanura castellana con los oscuros y tristes valles de Asturias, y diferencia semejante se advierte entre la Arquitectura árabe y la gótico-asturiana. La cultura, de hecho, luchó una vez más con la barbarie; pero la cultura de los árabes, al contrario de la cultura de los romanos, en el tiempo de la invasión visigoda, era cultura de un pueblo nuevo y no de un pueblo moribundo. Sus talentos intelectuales y militares llevaban infinito adelanto á todos los entonces conocidos por la civilización y prometían—ó como dicen los autores fanáticos, amenazaban—absorber el resto de Europa. Pero fué su destino fijar su residencia en la Península durante varios siglos, convirtiendo su dominación española en un paraíso de riqueza y hermosura, otorgando así á sus poco benévolos ocupadores cristianos, el privilegio de gloriarse de ser descendientes y discípulos del infiel.

Para todo justo y cordial amador del arte, la Arquitectura de estos árabes españoles tiene un interés casi abrumador. Posee multitud de encantos que le son peculiares y únicos, y es el mayor de todos ellos la increíble rapidez con que se adaptó á la tierra nueva y adquirió en ella brillante madurez. «El arte árabe—dice Peyre,—parece presentarse de pronto en el teatro del mundo, como el mismo pueblo árabe. Sin embargo, no es en su país de origen donde alcanza completo desarrollo. Es en España, allí donde los musulmanes más se han unido con los cristianos, donde el arte árabe ha producido sus obras maestras, y se han constituido al contacto del arte bizantino y según sus modelos.» Bizancio, por consiguiente, extiende su influencia sobre España por dos distintos é independientes caminos: á través del remanente cristiano que se unió en torno de Pelayo en la cueva de Covadonga, y también á través de la multitud musulímica que se desparramó, pasando el Estrecho de Gibel-Tarik, por las costas soleadas de Andalucía. Esta influencia, aunque procedente de origen cristiano, fué mejor aprovechada por sus enemigos que por sus hijos. En manos de los españoles permaneció sin empleo y sin mejoramiento durante varias

generaciones; pero los árabes la recibieron como precioso legado, con reverente, inmediata y amante atención; y añadiendo el genio de ella al suyo propio, la hicieron llegar en el espacio casi mágico de un solo día, hasta un grado de esplendor impredente é insoñado.

No solo Becquer ha observado que las ideas religiosas de un pueblo están fielmente reflejadas en su arquitectura. En realidad la observación es prácticamente una perogrullada; porque ¿quién sería capaz de suponer que el anacoreta del Escorial fuese un voluptuoso de alegre corazón, ó que los constructores de la Alhambra tuviesen cerrado su espíritu al resplandor del sol y á la magnificencia de las tierras circundantes? En esto y en otras muchas cosas el musulman era la viva antítesis del español: y naturalmente dejó de manifiesto esta diferencia en sus edificios.

Otro punto, y curioso. Los españoles, aun hoy mismo, son generalmente deficientes en el sentido del color, ó al menos si no son naturalmente deficientes, sus preferencias están casi siempre del lado de los tonos y tintas más tristes que sea posible obtener. Entre los maestros de la pintura española, Juanes, Murillo, Goya, y acaso Alonso Cano, son

los únicos que han hallado placer en el ejercicio de la coloración brillante: Morales, Velázquez, Valdés Leal, Zurbarán, Tristán, los dos Ribaltas, March, Orrente, Rizi, Espinosa, Pantoja y Ribera son verdaderos apóstoles de la opacidad. Este tono sombrío de la Pintura española considerada en conjunto ha sido comentado frecuentemente por los críticos extranjeros, porque los españoles no parecen apreciarle por sí mismos. Su origen, sin género alguno de duda, está en la Iglesia española, cuya regla ha sido desde tiempos inmemoriales «el culto de la oscuridad»; y precisamente esta misma regla ha proseguido siempre en la Arquitectura sagrada de España.

Los árabes, por el contrario, amaban los colores brillantes; amarillo, rojo y azul combinados con oro y plata. Su conocimiento de las tintas, de las sombras, de las gradaciones delicadas era acaso inferior al de los pintores españoles de los siglos XVI y XVII. Su misma literatura hace mención de muy pocos colores y la repetición de estos pocos es frecuentemente monótona. Pero aunque es perfectamente cierto que, como dice John Addington Symonds, «el sentido del color no puede juzgarse por la nomenclatura del color»; hay otros fundamentos

para creer que el sentido de la tonalidad ó de la sombra no era en los árabes españoles particularmente agudo. Con igual exactitud ha observado Symonds que aun cuando la poesía persa arroja muy poca ó ninguna luz sobre este singular tema, «los tapices persas ostentan delicadísima combinación de las tintas más sutilmente graduadas y fundidas. Y los tapices más antiguos son los más apreciados por su exquisita solución de problemas en el arte del color.» Pero aun haciendo la salvedad indispensable en punto á palabras que pueden haber desaparecido, no parece que la fantasía peculiar de los persas en la fusión de infinitos matices se haya extendido á los árabes que residieron en España. Los restos de su arte más bien parecen demostrar que fueron apasionados, no tanto de las numerosas gradaciones del color, cuanto de los colores brillantes colocados en efectista y brillante justaposición.

Y otra diferencia importante entre la Arquitectura española y la árabe es esta del color y del adorno: de un lado las escuetas rectangulares iglesias cristianas, vulgares y peladas por fuera y por dentro, con un ábside precisamente semicircular, y nada más: por otra el contorno multiforme y

siempre gracioso de la *aljama* infiel, los enredados arcos, el patio, el alminar, los muros exornados con profuso ataurique, y los techos con el artesonado de *alfarge*, dispuesto en infinitas variedades de exquisito dibujo. La sombría austeridad del templo cristiano está por completo desterrada del templo musulmán; tanto que los dos tipos de Arquitectura parecen encarnar las cualidades psíquicas de sus creadores. El cristiano excluye todo aquello capaz de sugerir gracia ó suavidad femeninas; mientras que el musulmán da á su mezquita encanto casi completamente femenino. Sus templos son afeminados en la delicadeza de su estructura y de su ornamentación: tanto que parece como si en su recinto hubiera de adorarse á las huríes, destinadas á sus brazos una vez que la triste existencia llegue á término.

Sin embargo, como el tiempo pasaba y el gusto nacional, en parte obedeciendo á la ley natural, y en parte por razón de su proximidad á la cultura musulímica, hacía esfuerzos por progresar, el arte fué admitiéndose en las iglesias y catedrales. La concesión se hizo gradual y penosamente; porque el arte, como han observado Ríó y otros muchos, es inevitablemente hostil al sentimiento cristia-

no; hecho que el clero español advirtió tan pronto como el clero italiano, ó acaso antes. Está completamente fuera del poder del pintor, del escultor y aun del arquitecto, el abstenerse de dar á sus creaciones la sugestión del sexo, haciendo recordar al observador, quiera ó no quiera, carnales bellezas humanas. Esto es lo que la Iglesia ha temido siempre: la probabilidad de que el adorador confunda los atributos estrictamente morales del santo ó del mártir con la belleza de una deidad pagana, ó asocie la idea de la Virgen, amamantando al Santo Niño con los sensuales y fecundos atractivos de la dulce y joven maternidad.

La Iglesia española pudo hacer más larga y mejor cruzada que su hermana la iglesia romana contra la peligrosa preponderancia de las artes plásticas y gráficas. En primer lugar, el carácter español, castigado por generaciones de áspero vivir y amargo pelear, era menos afeminado que el de los italianos, y además España estaba mucho más alejada que Italia de los centros de la tradición pagana. Precisamente en la época en que los italianos, no por excepción, sino en comunidad total, estaban «vistiendo cada fase y cada variedad de la energía intelectual con una forma de

arte», los pintores españoles estaban caminando á tumbas en la sombra. Estaban solos ó parecían estarlo; sus compatriotas no podían comprenderlos, y bien puede decirse que apenas si podían comprenderse á sí mismos. Entonces vino el sacerdote á instruirles en cómo habían de dibujar y colorear, precisamente en el mismo momento en que predicaba la indignidad y abominación de todo color y de todo dibujo.

En Italia la Iglesia resistió, contemporizó luego, ó hizo una especie de pacto con el arte, cediendo á exigencias del momento; pero nunca logró, como en España, usurpar el privilegio de dictar perentoriamente los cánones que el arte había de seguir y obedecer. El pintor español hallóse adocinado estrechamente por el clero. Bajo la mirada inexorable del sacerdote hubo de contentarse con ganar el pan, rechazando toda idea de llevar á cabo su labor por amor al arte, á la ganancia ó á la fama, y adaptando sus producciones al fin único de servir de instrumentos para las prácticas del culto religioso. Los dedos sacerdotales se apoyan sobre su pincel y mezclan los colores en su paleta. Sus figuras, como se advierte en las pinturas murales de la catedral de Sevilla y del Cristo de la Luz en

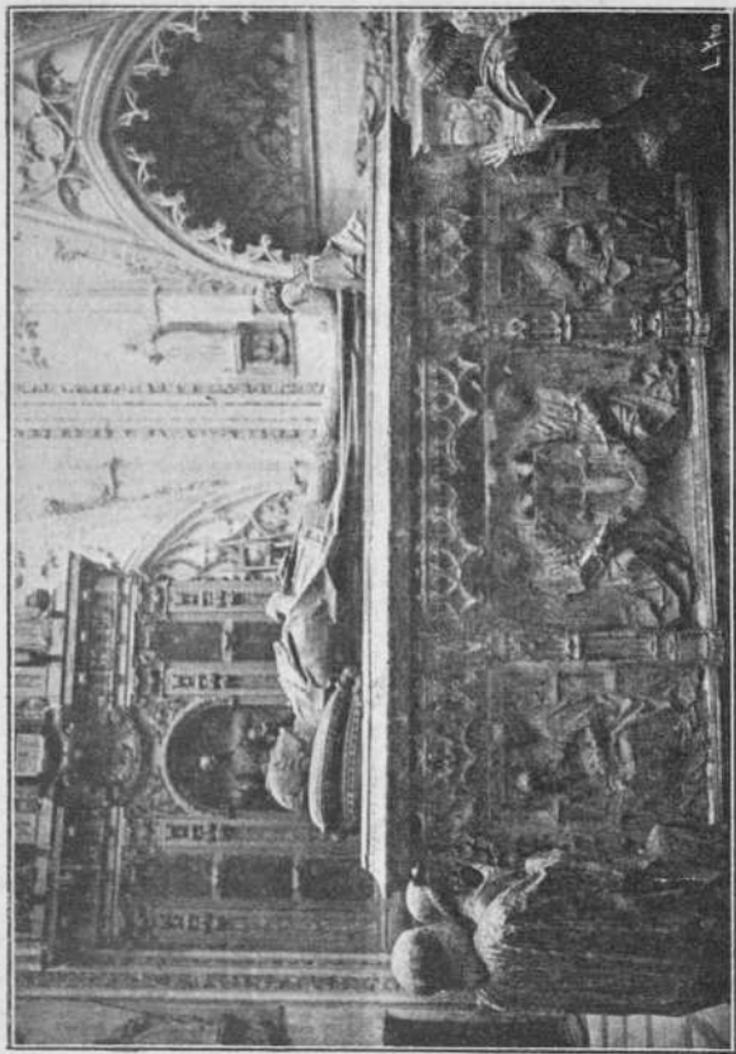
Toledo, y en cualquier otra parte, deben carecer por completo de toda humanidad en el contorno, y, por añadidura, han de estar ampliamente envueltas, cuidando de que los rostros y las extremidades estén arrugados y demacrados para apartar cuanto sea posible todo sugerimiento de belleza mortal.

Pero el gusto artístico nacional estaba destinado, pasando tiempo, á buscar y conseguir la emancipación. En el reinado de Juan II, un impulso literario y artístico, procedente de otros países, tales como Francia y Flandes, combinado con la creciente inmunidad española contra los ataques de los musulmanes, modificó notablemente el carácter guerrero de la aristocracia. Los grandes señores no se desdeñaron ya de proteger á los pintores y escultores, encargándoles la decoración de sus mausoleos y de sus capillas privadas, habilitándoles así para romper las cadenas sacerdotales y vagar á placer por senderos no recorridos hasta entonces. Pintores extranjeros de gran fama, incluyendo entre ellos al florentino Dello y á Jan van Eyk, el inventor ó perfeccionador de los colores al óleo, residieron en la corte de España ó la visitaron, dejando duradera memoria de su arte.

Influencia semejante se había hecho sentir con anterioridad en la Arquitectura española. Para hablar con propiedad, el gusto gótico estaba tan lejos de los españoles como de los italianos; no obstante, impulsado por no sé qué fuerza misteriosa, atravesó la frontera pirenaica y se mezcló, antes que nada, con las inadornadas basílicas de los españoles, y después con la exuberante tracería de los musulmanes, formando en este último caso una serie de combinaciones de casi infinita belleza y variedad. Favorecido por su alianza con lo árabe, tardó siglos enteros en desaparecer, y aun se hacía notar en tiempo de Covarrubias; esto es, en la primera mitad del siglo xvi. Y es que el estilo árabe y el gótico, aunque tan diferentes en esencia, trabaron una unión singularmente ventajosa y armónica, en la cual los arcos apuntados y de herradura alternan con mutuo realzamiento de su encanto, mientras que el estuco ó pasta de mosaico se reemplaza, según va pasando el tiempo, con el más fino alicatado ó trabajo en azulejo, y los bastos caracteres cúficos por los finos aunque tan decorativos *neshki*.

Symonds, en su *Renacimiento en Italia*, ha sumariado el mérito y las deficiencias del Duomo de

Orvieto. «Los verdaderos atractivos de la Iglesia —dice—son detalles aislados. Donde quiera que el pensamiento individual del artista tiene ocasión de surgir, la vista se clava, la crítica se desarma, la admiración se afirma. Los frescos de Signorelli y los bajorrelieves del Pisani, la estatuaria de Lo Scalza y Mosca, la talla de la sillería del coro, la labor Alejandrina y los mosaicos de la fachada, los bronce colocados sobre los puntales y las volutas de acantos de sus soberbias pilastras, todo ello es motivo de inagotable maravilla en la catedral de Orvieto. Al acercarnos á un edificio de este tipo, hemos de abandonar nuestro concepto de Arquitectura orgánica; únicamente los estilos griego y gótico del Norte tienen derecho á emplear este calificativo. No hay que buscar en estos otros severa disciplina ó plan arquitectónico. Y en vez de una idea determinante y directora de todo el edificio, hemos de prepararnos á encontrar un tesoro de bellezas separadas, amontonadas por hombres de genio independiente, y, por lo tanto, cada parte está formada por una obra maestra, y los muchos diversos elementos llegan á ser un todo que impresiona más bien en el sentido pictórico que en el arquitectónico.»

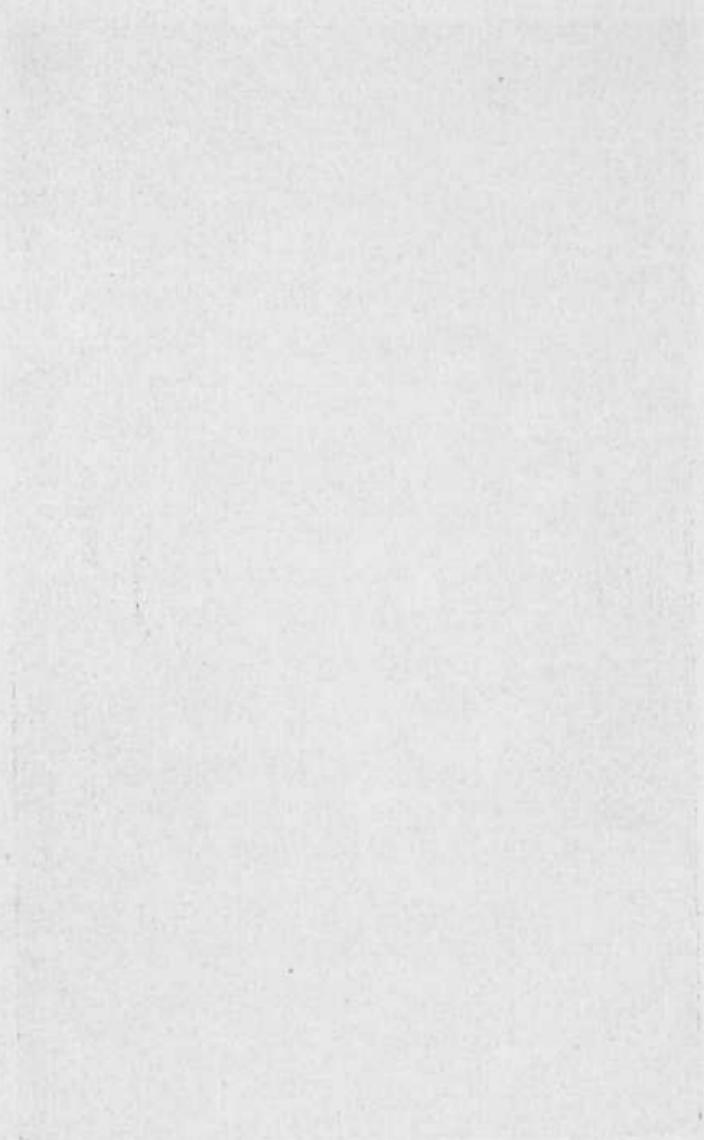


CATEDRAL DE TOLEDO. SEPULCRO DE D. ALVARO DE LUNA.

Fotografía del autor.

Observación semejante puede aplicarse á la Catedral de Toledo, ó más bien á todas las catedrales de España. Por el tiempo que tardaron en edificarse, y por las variaciones y modificaciones experimentadas por el arte y las costumbres durante el período de su construcción, es imposible considerarlas como producto de una sola época, ni siquiera de un solo país. Agregaciones graduales, procedentes de muchas tierras, de muchas generaciones, de muchos intelectos, han hecho de ellas lo que son. A menudo me han preguntado—¿Quién construyó la Catedral de Toledo? — Nadie. Es obra de veinte arquitectos y no es justo otorgar á uno de ellos la gloria que pertenece á todos. Aquí están Roma y Grecia; Persia y Bizancio; Alemania y Francia, y Flandes. Y otro tanto ocurre con la decoración del interior—los frescos, y las ventanas, y la estatuaria; la orfebrería, la reja y el púlpito y la pila bautismal; el sagrario y los candelabros; los facistoles y los misales, y las sillas de coro. Reunida en un lugar que sólo mide cuatrocientos cuatro pies de largo por doscientos cuatro de ancho, está una colección de tesoros de arte que ilustran la historia de España en todas sus ramas; social, eclesiástica, política y artística. Sin

embargo el «aislamiento» de esta multitud de «detalles» es aparente más que real: está el episodio sutilmente ensartado al episodio, y la obra de un artífice á la de sus predecesores y continuadores. Por consiguiente, todo aquél que no sea crítico excesivamente práctico debe encaminar su examen de un modo deliberado, que obedezca á algún sistema definido, con preferencia al cronológico. El turista que viene de Madrid á pasar un día, y sacrifica una hora escasa para ir á la Catedral, está muy expuesto á marcharse con más desconocimiento del que trajo. Pero el estudioso que se acerca á esta estupenda estructura adecuadamente preparado, y con verdadero espíritu de investigación, hallará en ella material para alimentar su atención semanas enteras. Apenas falta allí una sola fase arquitectónica. Como hemos visto que ocurre generalmente en España, huellas de la descarnada basílica se unen aquí con ornamentos árabe ó muzárabes, y el arco apuntado—esta admirable invención cuyos orígenes están aun envueltos en misterio—realiza unión singular y perfecta con el arco de herradura lobulado ó no lobulado de los muslines. Afortunadamente no todos los españoles compartieron la opinión de Mariana, que



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY



CATEDRAL DE TOLEDO. ALDABÓN DE LA PUERTA DE LOS LEONES.

Dibujo del autor.

desdeñaba la mezquita de Toledo como cosa «ni grande ni bella» y que llamaba á los Moros «bárbaros» y «canallas»; porque de otro modo esta exquisita fusión realizada desde el siglo x en adelante, de lo árabe y lo gótico y de lo arábigo y lo gótico con el arte del Renacimiento nunca hubiera podido llevarse á cabo. Pero tal y como sucedió, el jaspe y el alabastro, materiales eminentemente orientales, alternan á lo largo de las colosales naves con piedra de Oliguelas. De las ocho magníficas puertas las que merecen más detenida inspección son: la Puerta de la Feria, la Puerta del Perdón, la Puerta de la Presentación y la Puerta de los Leones. Esta última, estropeada desgraciadamente por los insípidos aditamentos greco-romanos de Durango, data del siglo xv y suministra curiosa información de los procedimientos y costumbres que entonces estaban en vigor. La puerta de la Presentación, pura muestra de estilo plateresco, se empezó en 1565 mientras que la de la Feria, ó del Niño Perdido (así llamada por un bajorrelieve que representa al Niño Jesús disputando con los doctores) representa el estilo comparativamente primitivo del siglo xv.

Pero no intento escribir una guía de la Catedral de Toledo, cuyo El Dorado de bellezas de forma ha

sido descrito con habilidosa minuciosidad por plumas más expertas que la mía y en particular por las de Ramón Parro y José Amador de los Ríos. Ayudado por manuales como los suyos, el visitante, si quiere consagrar á la tarea una dosis de paciencia razonable, puede formar una concepción definida de tema tan vasto y fascinador, examinando y clasificando—entre la confusa variedad de ábacos y archivoltas, anillos y volutas, capiteles y fustes y plintos—todas las fases, y el adelanto, y las notas características de la Arquitectura nacional.

Y lo mismo digo de la Pintura y la Escultura. Numerosos y entendidos críticos, cuyas obras se hallan en todas las librerías, están dispuestos á ilustrar al visitante de manera análoga, discutiendo, en relación con este antiguo edificio, las crudas y vacilantes producciones de Juan Alfon, conservadas en la capilla de los Reyes Viejos: los frescos de Carducho y Caxés, el techo de la sacristía, de Claudio Coello, los frescos y pinturas al óleo de Rizi, Giordano, Orrente, El Greco y Pantoja; y los del último gran pintor español de los tiempos modernos —exceptuando á Fortuny y á Sorolla — Francisco Goya. La influencia italiana

está representada aquí y allí por Bellini, Bassano, Guercino y Guido Reni.

La Escultura — por razones que no son del caso en esta obra — no ha estado nunca en gran predicamento entre los españoles; pero aquí hay por lo menos cinco ó seis mausoleos magníficos, y la complicada sillería de coro, tallada por Maese Rodrigo, los Berruguetes y Felipe de Borgoña, en la cual hay representados infinidad de asuntos: los personajes principales de las Sagradas Escrituras ó episodios de las guerras de Fernando é Isabel. La parte inferior es de Rodrigo. Los respaldos se deben á Berruguete el viejo y á Borgoña. Treinta y seis son obra del primero, y los otros treinta y cinco de su rival. También de Berruguete es la soberbia Transfiguración, con figuras de mármol en tamaño natural, que está sobre el trono del arzobispo.

La historia ha dejado también escrito su mensaje á la posteridad en estas paredes. Alfonso VII y Sancho el Bravo nos miran á través de sus efigies con aire un tanto desilusionado, como lamentando que sus compatriotas hayan degenerado hasta constituir una comunidad casi pacífica y mercantil. Más allá, en la capilla de Santiago, y

rodeado por ornamentaciones góticas y sarracenas, tan delicadas como flores derramadas sobre el muerto, descansa Alvaro de Luna, duque de Trujillo, condestable de Castilla y señor de Ayllón y de setenta pueblos y castillos: el que tuvo en su mano á un tiempo al rey y al pueblo, y mantuvo á raya durante treinta y cinco años á la turbulenta nobleza del reino. A la izquierda del altar mayor está el exquisito sepulcro plateresco del cardenal Mendoza, estadista y teólogo, labrado por Covarrubias; y la capilla alta contiene la estatua de Isidro el Labrador, patrón de Madrid, que guió á la victoria á las huestes cristianas por los desfileros de Sierra Morena. Dícese que sólo el rey Alfonso pudo verle la cara; y por consiguiente — dice la fábula — la mano del rey trazó los contornos de la estatua.

Así es toda historia, la ficción mezclada en mayor ó menor grado con el hecho; lo real con lo imaginario; y acaso estas confusas tradiciones son capaces de convencer más honda y duraderamente á un poeta, que los datos auténticos y los tangibles y positivos restos de arte á espíritus más prácticos. El caso es que Becquer en prosa vibrante, Zorrilla en nobles versos — los más inspirados que haya

nunca escrito — han tejido sus mágicas leyendas en torno á esta ciudad, guardadora de memorias, cautivados, sin duda, por su antigüedad y su poesía, pero sobre todo por la misteriosa quietud de sus templos. Y seguramente Castelar tenía á Toledo presente en espíritu cuando pronunció su brillante panegírico de la Arquitectura gótica:

«La catedral gótica, cuyas hermosas agujas se levantan á los aires y se matizan con los arboles del cielo; cuyas campanas hablan á los fieles con sus lenguas de bronce; cuyo pavimento está compuesto de tumbas como para indicar al hombre que camina sobre el abismo de la muerte; cuyas ventanas, ojivas rasgadas, recogen la luz del cielo en sus vidrios de colores y la quiebran en varios matices para recordar al espíritu que en la eternidad está su patria; la catedral con sus columnas, que se levantan ligeras como los árboles, con sus arcos que concluyen y rematan en un punto, fiel y verdadera imagen de la unidad de Dios; con sus mil sepulcros de mármol, sepulcros gerárquicos donde duermen el sueño de la eternidad los guerreros abrazados á sus espadas, los obispos abrazados á sus báculos y los reyes abrazados á sus cetros;

con sus santos, sus esculturas, que representan los doctores leyendo la verdad absoluta en libros de piedra; con las vírgenes, los ángeles, los mártires que se destacan del fondo de los cuadros y nadan en mística etérea atmósfera; la catedral, perfumada por el incienso, iluminada por sus mil lámparas que parecen estrellas errantes que han ido á beber su luz al santuario; animada por las notas del órgano, que derraman nueva vida en sus columnas; bendecida por el eco de los cánticos que todos los días repiten bajo sus bóvedas las generaciones, sin que por un instante se haya interrumpido el culto, cánticos que parecen exhalados por los labios de sus estatuas; adornada con los tributos de la naturaleza, las palmas, los arrayanes, los mirtos, las azucenas, que los artistas han esculpido en sus piedras como tornándolas ligero encaje; la catedral gótica, llena de todas estas maravillas, simbolizará eternamente la vida del espíritu cristiano en la Edad Media.»

Comparando estas observaciones con las de Symonds sobre el mismo asunto, obsérvase no poco de la diferencia esencial entre el latino y el sajón, ó sea el escrupuloso respeto del crítico inglés

hacia el menor detalle; la pasión del español por la impresión general, como todo afectivo. Y deducimos, aprovechando el feliz paralelo de De Quincey, que Castelar se hubiese preguntado á sí mismo: ¿Estoy en lo cierto como poeta? Y Symonds: ¿Estoy en lo cierto como geómetra? Y acontece que yo en muchas ocasiones, y particularmente cuando visito esta catedral, me veo obligado á dirigirme ambas preguntas. La sensación que mi *yo* artístico experimenta es de placer; la que experimenta mi *yo* poético es de melancolía. Porque mis dudas acerca de la fecha ó del estilo de tal arco ó de tal cuadro pueden resolverse con facilidad; pero no es tan fácil resolver aquellas otras que se refieren al carácter de la lección que en ellos va encerrada. Todos tenemos nuestro método íntimo de interpretación; pero sólo uno podría decir en cuál de ellos está la verdad. Es posible que existan espíritus que miren estos templos sombríos como encarnación fiel del gozo y el consuelo. Pero mi espíritu no es de esos. Jamás puedo olvidar los campos, las colinas, las nubes, el azul radiante — todo aquello á que debo mis horas más felices.—*Aquí* la grandeza artificial produce desmayo; hasta el olor acre del incienso quemado durante siglos y siglos evoca la muerte;

y la evocan los tristes y apagados rayos del sol ó de la luna.

Ceñuda teoría de diablos ó de inquisidores parece moverse entre las sombras de los pilares, y ante ellos, siento como un niño el terror de andar en las tinieblas; y creo también que estos templos sugieren con mayor claridad y certidumbre que la alegre música de las corrientes de agua ó la danza de rayos de luz del mundo exterior, la tremenda y vengadora presencia de nuestro Creador.

Y al salir de sus sombras al gozoso aire libre, se piensa — pensamiento impío, aunque inevitable — que somos nosotros los que estamos creando la inocencia, y que el Dios cobijado en la sombra, sólo medita castigos para nuestra alegría en presencia de la hermosura de sus propias obras, y desdén por el húmedo y estrecho calabozo que es su morada, las glorias de la vida de su ilimitado imperio.

UNA MAÑANA Y UNA TARDE

Con frío y en ayunas—porque los sirvientes estaban aún en la cama—atravesé la plaza de Zocodover y bajé la cuesta que conduce al puente de Alcántara. Aunque era estío el aire estaba casi helado, y en lo hondo la miasmática neblina del Tajo se deslizaba entre los álamos, silenciosa y culebreante. Pero en el momento mismo de llegar al puente, el sol empezó á soslayar su luz por encima del ruinoso castillo de San Servando, prestando un aspecto verdaderamente macabro á los rotos muros y á los festoneados miradores; y entonces, en un momento, con subitez mágica sucumbió la niebla al ímpetu triunfador del día que llegaba.

Subiendo las escarpadas y resbaladizas pendientes del lado allá del río, contemplé á Toledo,

extendida ante mí, como petrificado ejército de gigantes conducido por el Alcázar.

Sin duda he contemplado mil exquisitos amaneceres, pero nunca vi espectáculo más extraordinario que el de esta mañana.

Hasta aquel momento sólo el ladrido raro de algún perro ó el canto de algún gallo más raro aún, habían roto, haciéndola más intensa, la quietud silenciosa. Pero de pronto, tales sonidos se mezclaron con otros ciento en vasta confusión: el chirriar de las ruedas del ferrocarril y el mugir de los ganados; los gritos de los cocheros y los relinchos de las mulas; el balido de innumerables hatos de cabras, y el claro y penetrante tintinear de sus esquilas.

Y fué como si Toledo despertase de mala gana, porque el bullicio de las gentes trabajadoras en derredor de aquellas murallas enmohecidas parecía extrañamente frívolo é inoportuno. Las campanas de muchas de sus iglesias empezaron á tintinear como voces que protestasen contra la profanación de su descanso; y escuchando yo la peregrina aunque discordante mezcla de sus sonos, pensé en aquella hermosa escena de *Tosca*, cuando la luz madrugadora se alza sobre la Ciudad Eterna,

y la solemne música profetiza la muerte de Mario. Aquí también andaban con andar majestuoso la vida y la muerte en enfermiza camaradería, y Toledo, acariciada por los hermosos aunque despiadados rayos matutinos, parecía no revivificada, sino galvanizada, traída únicamente á apariencias de vida.

El efecto de tan impresionante espectáculo me dominó mucho tiempo aun después de haberle dejado de contemplar; á gatas bajé por los despeñaderos hasta un revuelto camino de herradura, y me encontré, unos metros más lejos, en el ancho camino real. Allí, mientras aún vibraban mis nervios con esta maravillosa lección del amanecer, tomando una piedra por asiento, saqué mi libro de notas y mi lápiz y empecé á escribir el párrafo precedente. En aquel momento una mancha de color solicitó mi vista, y alzando los ojos hallé una muchachita descalza con una cesta en el brazo.

Me miró.—Cinco céntimos—dijo medio riendo, medio suplicando.

—No llevo dinero, chiquilla.

Y era verdad; porque en mi apresuramiento por ir á sacar vistas, había cogido un bolsillo vacío.

Ella tomó la negativa del modo mejor y más agradable que yo hubiera podido desear, díjome adiós, y siguió su camino cantando una seguidilla. Y me dió pena cuando el pañuelo rojo que aprisionaba sus rizos revoltosos desapareció en un recodo del camino, y me quedé completamente solo.

Entre el lugar donde entonces me hallaba y el puente de San Martín, el camino va dando vueltas de continuo, y sobre las pendientes suaves que se alzan á su costado, más distante del Tajo, se desparraman los antiguos é históricos *cigarrales*. El origen de esta palabra es incierto. Algunos la derivan de *guijarral*, lugar pedregoso; otros de *cigarra*; otros, incluso Gayangos, del árabe *sigiara*, que significa «lugar donde brotan manantiales». Sea como quiera, los cigarrales de Toledo corresponden á las *granjas* de Extremadura y á los *cármenes* de Andalucía, situados como están unos y otros en las afueras de la ciudad, y destinados á lugar de esparcimiento de sus más ricos y aristocráticos habitantes.

Los cigarrales toledanos han cambiado mucho, sin embargo. Durante los siglos xvi y xvii, cuando alcanzaron el cenit de su moda y fueron historia-



TOLEDO. SOL Y SOMBRA.

Fotografía del autor.

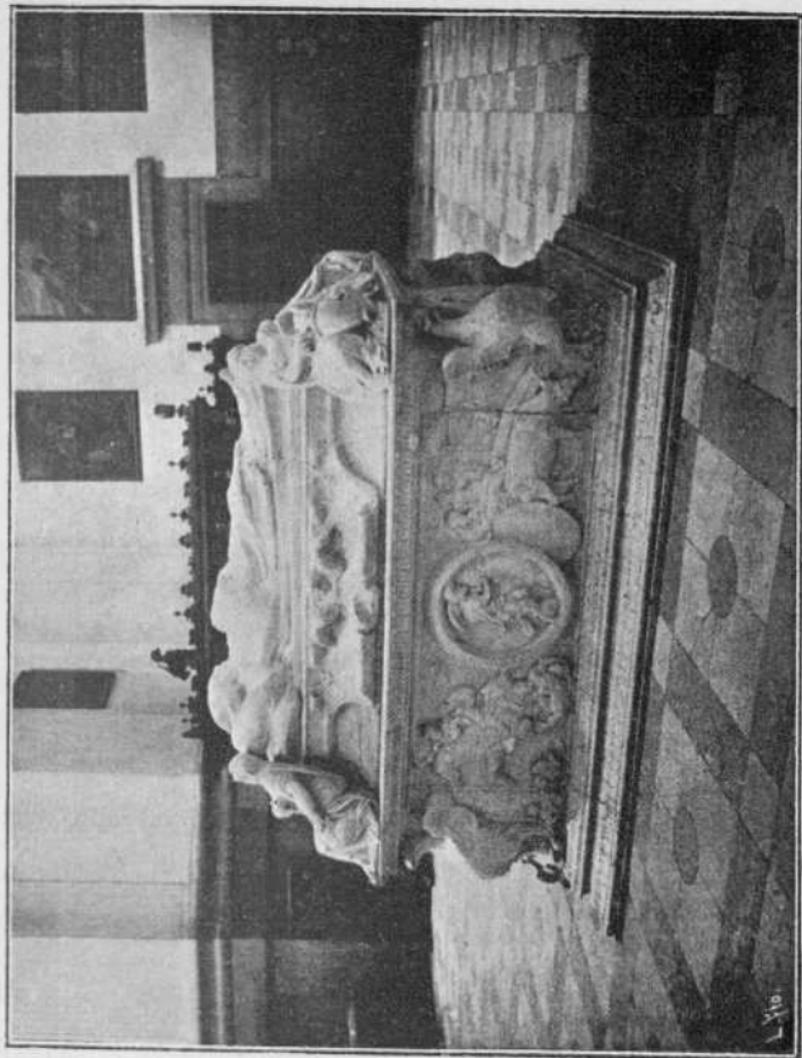
dos y loados por Mateo Alemán, Mariana, Gil Polo, Cervantes, Gómez de Castro y otros innumerables poetas, dramaturgos, historiadores ó novelistas, poseían un carácter completamente propio, observable en el arreglo de sus senderos y sus cuadros, y en los albaricoqueros, granados, perales y cerezos con que los tales estaban bordeados. Ahora son casi idénticos á la mayoría de los jardines de cualquier país mediterráneo, y consisten, por lo general, en una casita rodeada por macizos de flores y paseos, junto con una plantación de olivos, viñas ó almendros. Uno de los más agradables es el cigarral de Montealegre, hermosamente situado sobre una loma que domina la vega, y con una magnífica vista de ella, del río y de la ciudad.

Caminando hacia el puente, detúveme para sacar una vista de una calle extraordinariamente pintoresca y estrecha: una simpática muchacha estaba barriendo la puerta de su casa. Los toledanos no se sienten inclinados á admirar los atractivos de sus vías de comunicación; así es que lanzando en derredor suyo una mirada desdeñosa, y mirándome después á mí:—¡Vaya!—dijo á un vecino—¡valiente cosa para retratarla!—¡Vaya!—repliqué yo, mirándola á ella:—¡valiente y bonita de veras!

Perdiendo su aire medio insolente, sonrojóse y sonrió con sorna; y estoy seguro de que cuando enfocado que hube, preparéme á descorrer el obturador, no sólo era mi amiga, sino que miraba el asunto como cosa suya.

En cuanto hube almorzado y descansado tomé mis máquinas una vez más, y atravesando las intrincadas calles, con las cuales la experiencia íbame haciendo un tanto familiar, llegué á la puerta de la Visagra y á la carretera que se arrastra en derredor de los límites Norte y Noroeste de la ciudad.

Frontero á la puerta, y á una distancia de unos 150 metros, está el hospital — vulgarmente llamado «Hospital de las Afueras,» — del cardenal Tavera. El portero cuando yo llegué no estaba en su puesto, pero el extraordinario llamador parecía hacer muecas amistosas, y después de fotografiarle en agradecimiento de ellas, entré, porque la puerta estaba de par en par. No encontré un alma mientras atravesé el patio y entré en la iglesia; pero poco después una hermanita de la Caridad se me puso delante, y después de susurrarme el permiso para fotografiar el famoso mausoleo del fundador, que está exactamente en el centro del



CATEDRAL DE TOLEDO. SEPULCHRO DEL CARDENAL TAVERA.

Fotografía del autor.

crucero, arrodillóse, al parecer en oración, en un reclinatorio, detrás de mí.

De todas las numerosas obras de Berruguete, ninguna se aproxima en pureza, en fuerza y en verdad á ésta, última y la más simpática de sus obras maestras. Es costumbre decir cuando una escultura es copia fiel de la realidad, que parece que está respirando. Pero aquí la figura yacente parece, no tanto respirar como haber respirado hace sólo un momento. La sensación que el arte del escultor evoca en ella no es la de la vida, sino la de la muerte; y sin embargo, hay algo dentro del mármol que no está muerto. Es el alma. Todo lo que el señor de la Ventosa supo, todo cuanto su inspiración pudo llevar á cabo está prodigado en esta incomparable labor que es como un coronamiento de toda su obra; como si él hubiese sentido que al conmemorar los méritos de otro estaba también destinada á perpetuar el suyo propio. Y en realidad, antes de que el basamento hubiera recibido los últimos toques, el escultor escuchó con gallarda ecuanimidad el llamamiento fatal, y entregado á la implacable y envidiosa garrá de la muerte, el cincel de Berruguete descansó para siempre.

Mis impresiones en el resto del día fueron solemnes. Al atardecer, mientras estaba contemplando las murallas de la antigua ciudad, no lejos de la puerta de la Visagra, desde no sé dónde, vertiente arriba, llegóme el agudo sonar de una voz de mujer que cantaba:

Dicen que las penas matan,
yo digo que no es así;
que si las penas mataran,
me hubieran matado á mi.

Era la letra de una bien conocida copla, y al fin de cada uno de sus versos, una carcajada estridente y brutal resonaba un instante, y luego... seguía el cantar.

Un carretero que acertó á pasar detuvo su vehículo.—Es el manicomio,—dijo;—se pasan la vida, ella cantando así, y él riéndose de ella.

Extraño espectáculo; extraño momento: las maltrechas ruinas ensangrentadas por el rojo sol, que declinaba en el poniente de oro: y sobre las ruinas, rota aquí y allí por el estridor de la risa del loco, la melancólica, imperturbable, insistente y fúnebre copla.

Casi con una sensación de descanso halléme solo para comer: solo con el recuerdo de la obra maestra de Berruguete y de la copla de la loca.

Verdaderamente España en lo peregrino y pintoresco es país de sorpresas, y los objetos más extraños surgen continuamente allí donde menos se piensa. Mientras estaba esperando que el sacristán de San Juan de los Reyes terminase de almorzar, tropecé en una bodega con el *candil* típico. Y luego sorbiendo el café en un comedor perfectamente moderno y prosaico, sobrecogíome una serie de los más extraños, tristes, macabros, extravagantes sonidos, de origen invisible, aunque cercano.

Enfrente de mi asiento había una puertecilla que daba á un patio, y allí estaba la clave del misterio. Parece ser que un tratante en antigüedades, madrileño, husmeando en un viejo convento de la ciudad, había encontrado y comprado un órgano portátil del siglo xvi y estaba tocando en él, mientras su criado daba al fuelle valientemente. ¡Otra reliquia digna de Toledo! En uno de los paneles había una corona de marqués casi destruída: varias teclas se habían caído y estaban atadas formando un mazo; hartos golpes habían maltratado muchas de las restantes, y en los puntos de contacto con los dedos, la madera de los registros estaba desgastada formando una concavidad tan honda como el hueco de una cucharilla.

Tuve la ingenuidad de pensar que retirándome á mi cuarto podría librarme de aquellos tétricos acordes; y me fuí á la cama. Hacia las once una diminuta orquesta compuesta por una guitarra y una bandurria rompió á tocar bajo mi ventana. Pero á pesar mío, y á pesar de la orquesta, los melancólicos sonos de la arrumbada antigüedad de escaleras abajo continuaron runroneando en mis oídos hasta que me dormí y aun después.

EL JARDIN DEL REY

EL CAMPANARIO DE LA CATEDRAL

Y EL CRISTO DE LA LUZ

A la mañana siguiente, levánteme también temprano, y bajando una vez más al Puente de Alcántara, volví la espalda á las escarpadas alturas, continuando á lo largo del camino, agradablemente plantado de árboles, y adornado con una casi destruída estatua de Wamba, que conduce á la estación del ferrocarril. Eran objeto de mi investigación el jardín del Rey, y el legendario palacio de Galiana (1); y á fuerza de interrogar, primeramente á unos arrieros y después á los trabajadores del campo, llegué á encontrar casualmente uno y otro.

(1) No hay que confundirle con el antiguo alcázar del mismo nombre, situado dentro de las murallas de la ciudad.

En estos contornos, es posible que esté ó que haya estado en tiempos la cueva encantada, cuya historia más ó menos modificada nos han contado Washington Irving y varios otros escritores; pero de la cual cuentan las crónicas como sigue:

A una milla de la ciudad de Toledo, hacia el lado Este y rodeada por escarpados precipicios, hubo una antigua torre, de hermosa arquitectura, si bien harto maltrecha: y á unos veinte pies por bajo de ella existió una caverna con una angosta boca en forma de arco, y una puerta aforrada de macizo hierro, enclavada en la roca viva. Estaba la puerta cubierta de clavos, é inscritas en ella había ciertas palabras griegas, pero escritas en cifra, y de dudoso significado: si bien sabios dijeron que ellas significaban que el rey que acertase á abrir la tal puerta y revelase los secretos que guardaba, hallaría dentro bien y mal. Es á saber, que varios reyes intentaron descubrir el misterio: pero después de darse grandes trabajos en abrir la puerta, salía por ella tan terrible estrépito que parecía llegado el fin del mundo: y no pocos de los presentes enfermaron de espanto, y algunos perecieron. Por lo cual, con el fin de evitar tamañas malaventuras en lo porvenir, y pensando que el

contenido de la caverna sería alguna tremenda invención mágica, cerróse de nuevo la puerta, considerando que aun si un rey estaba destinado á abrirla, no era todavía llegada su hora. Al fin, porque lo quiso su mala ventura, llegóse á abrirla el rey Rodrigo, aunque con temeroso corazón, y seguido de algunos valientes caballeros, entró. Mas cuando hubieron penetrado á buena distancia, volviéronse, y en confusión huyeron, por espanto de la terrible visión que habían contemplado: y el Rey con grande turbación, dió orden para que se aprestasen luces, que el viento de la caverna no fuera capaz de extinguir: después de lo cual, con no poco terror, abrió la marcha, y penetró en las profundidades de la cueva. Primero, hallaron una cámara de hermosa arquitectura, y en medio de ella una grande estatua de bronce, puesta sobre un pilar de tres codos de altura; y con una maza, la estatua daba poderosos golpes en el suelo, y ellos eran los que producían el desaforado estruendo. El aterrorizado monarca comenzó á conjurar á la estatua y á hacerle promesas, comprometiéndose á abandonar la caverna sin causar en ella daño ninguno, luego de haber examinado las maravillas que acaso contenía. Cesó la estatua de golpear el

suelo, y ya un tanto sosegados el Rey y sus acompañantes, procedieron á examinar la estancia. En el muro, á la izquierda de la estatua, hallaron ciertos caracteres que decían:—¡Infeliz monarca, entraste aquí para ruína tuya!— Y á la derecha hallaron otros:—Naciones extranjeras te despojarán y asolarán tu reino.—Y escritas en los hombros de la estatua, había otras letras que decían:— Llamo á los árabes;— y sobre su pecho, otras aun:—Cumpló mi deber.—En la entrada de la cámara, había una gran bola, de la cual se escapaba un ruído temeroso semejante al de una gran caída de aguas. Y esto fué cuanto hallaron: pero recordaron exactamente lo que habían leído en las inscripciones, y el Rey tuvo de ello gran tristeza. Apenas habían salido de allí, cuando la estatua comenzó de nuevo á golpear; y así guardando silencio acerca de aquello que vieran, cerraron la cueva y cubrieron la entrada con muchas cargas de tierra, de modo que no hubiera señal de tan asombroso y siniestro presagio. Pero á la media noche de aquel mismo día, oyeron un tremendo clamor que de aquella parte venía, como si una batalla se estuviese librando; comenzó la tierra á temblar, y luego con terrible estrépito,

derrumbóse la vieja torre. Y todos se sintieron sobrecogidos de espanto, aun cuando lo que habían visto se les antojaba no más que un sueño.

El Rey, tan pronto como hubo salido de la torre, encomendó á sus sabios que resolviesen el oculto sentido de las inscripciones. Y después de haberlas cuidadosamente estudiado y consultado entre sí, declararon que la estatua de bronce era el tiempo, y que sus movimientos significaban, así como las letras de su pecho, que nunca descansa. Y dijeron que las palabras: «Llamo á los árabes» grabadas en sus hombros, significaban, que pasando tiempos, España sería conquistada por ellos: las letras de la izquierda pronosticaban la muerte de D. Rodrigo; las de la derecha, la ruína que había de venir sobre los españoles y los godos, y cómo el desdichado monarca había de ser despojado de cuanto poseía. Por último, los caracteres de la entrada significaban que buena fortuna había de acaecer á los conquistadores, y mala fortuna á los conquistados: y luego la experiencia mostró que tuvieran razón.

Creo que no habrá nadie en el día de hoy dispuesto á considerar la precedente narración más que como una conseja sin fundamento. ¿Pero,

por qué todos ó algunos de los incidentes de este suceso han de tenerse por imaginarios? Teniendo en cuenta el crédulo y apocado carácter de Rodrigo, ¿no cabe^s pensar que los moros, ó acaso sus cómplices los judíos toledanos, pudieron muy bien haber preparado la estatua, las inscripciones y los ruidos con el fin de atemorizar á los visigodos y á su caudillo, preparando así el terreno para la conquista del país?

El llamado Jardín del Rey es hoy día un pedazo de tierra fértil y cultivada á orillas del Tajo, con grupos de árboles, diseminados aquí y allí, y alguna casa de labradores, pero su pintoresca situación y su proximidad al río, que le baña ampliamente, le hacen muy agradable hasta para un paseo solitario. El palacio de Galiana está situado en el extremo más lejano á Toledo, y como la niebla de la mañana no se había disipado aun, no pude en un principio descubrir sus contornos. Al fin un campesino, deteniendo su arado para atender á mi pregunta, me indicó la dirección de lo que él llamaba «el castillo» y tras un cuarto de hora de camino me encontré ante sus muros.

Probablemente no todos aquellos que visitan Toledo habrán llevado sus investigaciones hasta este

punto; y sin embargo esta vieja ruina es uno de los lugares más misteriosos é interesantes de todo el contorno. La fecha y el objeto precisos de su construcción no son afirmables con exactitud; pero merced á varios detalles y circunstancias, pienso yo que es posible fundar alguna conjetura aceptable. Los muros flanqueados por dos torres macizas son todos de extraordinario espesor; y sin embargo no parece haberse construído especialmente para la defensa, porque ¿cómo habría de haberse elegido sitio tan fuera de propósito para edificar una fortaleza? Por consiguiente, la palabra «castillo» con que se designan las ruinas, es un error. No acostumbraban los moros á colocar sus habitaciones en campo abierto, así es que este palacio no fué, á mi parecer, una residencia fija, sino lo que modernamente se conoce en España con el nombre de *casa de campo*, ó en Cataluña con el de *torre*: y está por completo dentro de los límites de lo posible que fuera destinado á esparcimiento de la hija de algún rey árabe. Que las partes más antiguas fueron construídas por los moros, y antes de la fusión de la Arquitectura árabe con la cristiana está completamente fuera de duda; y esto, junto con el lugar en que se alzan las ruinas, puede indicar su

período de origen. Porque después de haber los españoles invadido la Nueva Castilla, ningún jefe moro hubiese construído una mansión de solaz en sitio tan expuesto. El palacio de Galiana, por consiguiente, debió edificarse entre el fin del siglo VIII y el año 1085, en el cual Toledo fué conquistada por Alfonso VI.

Sea de todo ello lo que fuere, el palacio está habitado en esta su época de ruina por una humilde, aunque es de presumir honrada, familia de labradores, si es que—según la cínica frase de Cervantes,—puede llamarse honrado al que es pobre, y cuando traspasé la puerta me miraron no poco sorprendidos, confirmando así mi sospecha de que el lugar es poco visitado: verdad es que pocos turistas podrían hallarle por sí mismos; y el intérprete del hotel gusta de ganar mucho, moviéndose lo menos posible.

Un poco más allá de la ruina hay un bosquecillo de hayas, un alto y deteriorado paredón y dos viejas norias encantadoramente pintorescas. Árboles y murallas me invitaban á fotografiarlas. Y era para mí verdaderamente tentador poder encerrar en el reducido espacio de una placa, aquellos árboles y aquellas norias, con vistas de las ruinas, del

río y de la ciudad. Descalzándome antes, empecé á escalar el muro. En punto á escarpamiento é inseguridad era un Matterhorn en miniatura, y á cada pulgada que yo iba subiendo producíase un desprendimiento de materiales que iban á caer doce pies más abajo. Arrastrándome laboriosamente sobre el vientre con el fin de guardar el equilibrio, temblaba no tanto por mí, como por mis dos máquinas fotográficas; y hallando al cabo lugar conveniente á mi propósito procedí á sacarlas de sus cajas en la misma angustiosa disposición de ánimo con que un funámbulo debe jugar sobre su cuerda con un pañuelo y un aro.

El ruido de las cajas, que yo dejé caer de propósito al suelo, llamó la atención de un podador anciano, que estaba trabajando entre las hayas: —Tenga usted cuidado—gritó—no vaya usted á caerse.

Aseguréle mientras me palpitaba el corazón más de lo debido, que estaba más seguro que el Banco de España.

—Vaya—respondió—usted no se caerá porque es joven.

El sonido de su voz llegaba hasta mí como si viniese del otro mundo, y mientras yo realizaba

las peliagudas operaciones de enfocar, nivelar y descorrer el obturador continuamos la conversación. Al fin terminé mi tarea y como le llamase en mi ayuda, recogió en su chaqueta con admirable destreza las máquinas que dejé caer, y aun me ofreció riéndose recogerme á mí mismo. Luego, encendido que hubimos sendos cigarros, proporcionóme una completa crónica de las tierras circundantes, de sus límites, de su valor, de las querellas de sus propietarios, y de los cambios que habían experimentado—«desde que yo era un buen mozo como usted señorito».—Después, diciéndome adiós con pura cortesía castellana, volvió á sus faenas de poda, y yo me encaminé á la ciudad.

Los humildes moradores del palacio de Galiana estaban almorzando al aire libre, y formaban un grupo caliente y agradable de color, con las faldas claras y los pañuelos de las mujeres resaltando sobre el fondo sepia de las ruinas. Había entre ellos dos lindas muchachas, que intentaron en vano disimular su risa burlona cuando el padre me invitó cortesmente á compartir con ellos el desayuno; y pensé con un asomo de rubor, ó más bien de vanidad herida, que habían estado presenciando mis volatines en el muro.

La risa de una de aquellas alegres muchachas, á despecho de su zumbonería, era dulce y simpática: y cuando al alejarme hube vuelto la esquina del edificio, pude sin gran trabajo imaginar que era ella la sin par Infanta, dueña y señora del edificio. Y sospechó mi corazón que acaso la adorada de Carlomagno y de Bradamante hubiera considerado también de buen gusto el burlarse de un inglés inofensivo.

Si fuese yo terrateniente español tendría á orgullo el contar entre mis posesiones el palacio de Galiana. Pero las ruinas en España no se aprecian todo lo debido. Hay demasiadas.

Desde el puente de Alcántara hay una hermosa vista de toda aquella parte del campo, y á mi vuelta á la ciudad me detuve á contemplarla. Fácilmente se puede imaginar lo que sería este pedazo de tierra durante la dominación musulmana, cuando los atezados príncipes y sus séquitos bajaban en deslumbradoras procesiones á pasear en la Vega las tardes apacibles, aunque la paz entre aquellas gentes de natural apasionado y celoso fué raras veces más que momentánea. Muchos sombríos y desaforados incidentes terminaron aquellas tardes serenas: y mirando, mirando, vinieron á flotar en

mi memoria las palabras de una antigua leyenda toledana.

El almuerzo en la fonda transcurrió en grato espíritu de camaradería, libre por una vez de las contiendas regionales que perturban tan á menudo toda mesa redonda en España. Aquella vez no había entre los huéspedes más que naturales de la capital: no fué, por consiguiente, difícil de probar que Madrid es la flor de Europa, y cada madrileño un *Crichton* de buenas cualidades. También los ingleses — por deferencia á mi persona — fueron dados por excelentes, aunque algo raros; y recordando yo mis trepamientos y volatines ante los ojos de mi burlona Galiana, no pude menos de reconocer la justicia relativa del epíteto.

Dediqué la tarde á la torre de la catedral y al Cristo de la Luz. El campanero de la catedral toledana vive, con su mujer y su prole, en la torre misma, á unos cincuenta pies de altura; y las regordetas mejillas de los pequeñuelos dan testimonio de la salubridad de su habitáculo. Verdad es que está provisto, por dentro y por fuera, de espaciosos corredores, á lo largo de los cuales, y subiendo una empinada y estrecha escalera de caracol, el guía — entre una y dos, horas destinadas á

ello—os conduce al campanario. La inmensa campana, vulgarmente llamada la «Gorda,» está enmedio, rodeada por menores satélites; su mole corpulenta, que pesa mil quinientas cuarenta y tres arrobas, ocupa la estancia casi por completo; y hay que convenir en que merced á la poca luz y á la falta de espacio, las condiciones para sacar de ella una fotografía son las peores que imaginarse puedan. Un sencillo artificio de cuerdas y palancas permite al campanero tañer la campana desde su mismo alojamiento con la mayor comodidad; y á pesar de la grieta hecha hace mucho tiempo en uno de sus lados por el badajo que yace abandonado en el suelo, el sonido es armonioso y penetrante.

Hubo tiempos en que se permitía á casi todo el mundo subir al campanario. Una vez vime obligado á arrostrar, en soledad completa, entre las campanas, una aterradora tormenta que se desencadenó sobre Toledo en el verano de 1897, siendo la oscuridad tan intensa, que me impidió hallar el camino escaleras abajo. Pero ahora para visitar la torre es preciso subir en compañía del campanero ó de su hijo, muchacho inteligente y cortés. La restricción es evidentemente acertada, porque sería triste que esta magnífica muestra del arte gótico más

puro pudiera ser sacrificada á un fósforo encendido ó á una punta de cigarro. Los visitantes son á menudo verdaderos salvajes. En la escalera de piedra ya mencionada hay un pasamanos de cuerda sujeto con anillas. El campanero me aseguró que no mucho tiempo antes de mi visita había llevado al campanario á unos cuantos turistas, y que mientras él estaba mirando á otro lado, uno de ellos cortó casi todos los cabos de la cuerda en su parte más alta, de modo que cualquiera que al subir cogiese el pasamanos, hubiese caído de espaldas inevitablemente. Mostróme, en efecto, la última anilla vacía por haber cortado él la cuerda estropeada. En burlas de esta índole es harto difícil determinar dónde acaba la burla y comienza el homicidio, y estoy seguro, por la indignación que centelleó en los ojos del campanero, de que su opinión estaba de acuerdo con esta mía.

Junto á la colosal campana empieza una escalera espiral de madera, rodeada por barras de hierro, que sube unos 70 pies, hasta un estrecho balcón alto que rodea la torre. No muchos visitantes llevan á cabo esta última etapa de la jornada; subimos y subimos mi guía y yo arriba y más arriba, vuelta tras vuelta, y á cada escalón la escalera,

que parece no estar sujeta más que por un extremo, oscilaba espantosamente. Cogiéndose á las barras realmente no hay peligro, porque, según el campanero explicó gráficamente:—A no ser que tenga usted gusto en rodar, sin extender la mano para evitarlo, no hay miedo de que usted se caiga.— Pero la vertiginosa altura, el movimiento espiral y, más que nada, el balanceo de la escalera, hacían la subida bastante incómoda. La campana sonaba muy abajo; la oscilación y el vértigo aumentaban y no llegábamos; aún nos faltaba, por lo menos, la cuarta parte del camino, cuando declaré mi propósito de abandonar las máquinas fotográficas para dedicarme exclusivamente á cuidar de mi seguridad personal; pero el campanero, á quien aparentemente hasta aquel momento no se le había ocurrido que no todo el mundo es trepador de torres por naturaleza, se apoderó de ellas y yo di cima á la ascensión, libre de estorbos. Sentíme tan lejos de la tierra, que todo cuanto me rodeaba se me antojaba inseguro. Cuando íbamos andando por el balconcillo, los pináculos temblaban—yo lo pensé al menos—sobre el cielo despejado, mientras que las paredes de la torre, á despecho de su espesor—unas dos varas de piedra sólida,— me parecían tan

frágiles como galletas de vainilla. Sobre nosotros, aunque parecía imposible que pudiera haber algo más arriba, estaba el tejado con su triple corona de dardos, y luego el gallo de la veleta y luego la cruz.

El balconcillo es tan estrecho, que me vi obligado á apoyar uno de los pies del trípode sobre el parapeto. La vista, por supuesto, era gloriosa, y Toledo y cuanto yace en torno de ella, en doce leguas á la redonda, podía contemplarse á vista de pájaro, hasta el Guadarrama encaperuzado de nieve en la lejanía del horizonte. Las calles parecían poco más anchas que de á palmo, y las gentes que por ellas pasaban, proporcionalmente diminutas. En la Plaza del Ayuntamiento, precisamente al pie de la torre, unos cuantos chiquillos jugaban á la barra, y es harta fortuna que la dignidad de las formas humanas aumente á medida que á ellas nos acercamos, porque aquellos rapaces se me antojaron tropa de atareadas pulgas.

Era bien peregrina cosa el pensar en tantas maravillas como se amontonaban bajo mis pies; los reyes y magnates, descansando en sus tumbas; las joyas y el oro y la plata; las pinturas y el santuario; y, sobre todo, el poderoso Condestable de



TOLEDO. EL JARDÍN DEL REY.

Fotografía del autor



1871

Castilla D. Alvaro de Luna, irguiéndose de pronto en su mausoleo—si dijo verdad quien lo dijo,—y mostrando su cabeza cortada á la mirada reverente de sus parciales.

Cuando volvimos á entrar en la torre y nos preparamos á descender la oscilante espiral, advertí con espanto la escalerilla sin protección ninguna que sirve á los carpinteros y albañiles para llegar á los pararrayos: aunque no estaba yo en disposición de acordarme de cosa que no fuera el lugar donde ponía los pies, porque la bajada me parecía más árdua que la subida. Realicela andando hacia atrás á modo de culebra ó de cangrejo, abrazando más que pisando los escalones: aquella escalera parecida á una jaula era terriblemente estrecha y el mismo campanario, cuando de nuevo llegué á él, se me antojó en comparación de ella amplio como un palacio.

Otra vez en la plaza, descansé un rato en uno de sus bancos y entré en conversación con un venerable octogenario, cuyas dignas y desenvueltas, aunque respetuosas maneras, me hicieron recordar á mi amigo de por la mañana, el podador del Jardín del Rey. La torre y su campanario estaban delante de nosotros, y naturalmente nuestra con-

versación recayó sobre ellos. Señalé al balconcillo donde acababa de estar, pero no logré despertar mucha admiración en mi interlocutor.—Me acuerdo—dijo—de un hombre que trabajaba en la Catedral, el tío Jorge le llamaban, y que acostumbraba en las grandes fiestas á subir hasta la última pizarra del tejado y á atar una bandera, allí, en la cruz. Y era un hombre bajito y subía como si tal cosa; pero siempre le confesaban antes por lo que pudiera ocurrir.

Tratándose de distancias toledanas, el peregrino resto de Arquitectura mitad cristiana y mitad árabe que se llama el Cristo de la Luz no está muy lejos de la Catedral; y entre el Cristo de la Luz y la magnífica puerta muzárabe del Sol—ambos bajo la guarda y custodia de un matrimonio viejo—está un delicioso jardín rebosante de flores y de sol. A veces, nuevas rosas y nueva claridad, llegan á él en la persona de una lindísima muchacha, hija de los guardianes, que está lavando entre las malvas reales y las rosas. Más de un visitante contempla con admiración su rostro sombreado por la parra que hay sobre el lavadero; pero como toledana leal su actitud ante extranjeros y turistas es de indiferencia

y no sé si con mezcla de desdén. Su poderosa voz de mezzosoprano prosigue la copla que cantaba; sus ojos negros continúan atentos á la tarea. Su marido—según me dijeron—vive cerca de allí; es sin duda el dueño de todo aquel sol y de todas aquellas flores; permítasenos envidiarle el goce de su posesión.

La hija, pues, estaba lavando, el padre regando el jardín, y la madre, que parece ser el cicerone en jefe, saliendo de la casa me condujo á la puerta del antiguo templo, y cerrando con llave la puerta tras mí con solicitud verdaderamente maternal, me dejó durante un par de horas en absoluta reclusión.

El interior es ruinoso y triste sobre toda ponderación.—No, señor—me había dicho la mujer—haga usted el favor de ponerse el sombrero; hace ya mucho tiempo que no hay culto en la iglesia.—Y de hecho el Cristo de la Luz sobrevive, ó más bien subsiste—porque toda palabra que implique vida parece fuera de lugar hablando de él—como mera antigüedad, desmantelado el altar, sucio el pavimento, cubiertos por el polvo de los años los destrozados adornos. Y pocos podrían figurarse en una rápida visita, que sea este el olvidado lugar á que se refiere toda una serie curiosamente lógica

de tradiciones, que un tiempo fueron más caras que la luz del día para los corazones toledanos. Pero así es; y el tenor de esas tradiciones brevemente extractadas de copiosas obras y tratados de historiadores y biógrafos, es como sigue:

Hacia mediados del siglo vi, cuando el visigodo Atanagildo era rey de España, había en el altar del Cristo de la Luz un crucifijo, muy venerado por los fieles de la ciudad. Pero un día dos judíos, llamados Sacao y Abisain, atisbando el momento en que no había nadie cerca, entraron en el santuario é hirieron á la imagen en un costado, y cual fué su consternación al observar que la herida comenzaba á verter abundante sangre. Evidentemente, dejar la imagen donde estaba podía ser peligrosísimo para ellos; así es que el un judío la ocultó bajo su capa, y llevándola á su vivienda la enterró en el establo. No habían contado, sin embargo, con las gotas de sangre que iban regando el suelo: ellas permitieron á los cristianos hallar las huellas de la desaparecida imagen, y los judíos fueron apedreados y muertos.

Esta leyenda es muy semejante á la de la calle de la Cabeza en Madrid, que Zorrilla trasladó impropriamente á Toledo: pero las consecuencias mere-

cen notarse aun cuando sólo sea por el ingenioso modo que se ha empleado para hacer servir una leyenda como base de otra. Nos han contado que algún tiempo después, cuando por razón de su milagroso recobro llegaban á besar los pies de la imagen multitud de gentes, cada vez más numerosas, ocurrióseles á otros judíos vengar la lapidación de sus hermanos, sin comprometer — al menos ellos así lo creyeron — su propia seguridad; y para ello ungieron los pies de la imagen con una poción venenosa: pero una vez más fracasó su proyecto, porque la imagen, en el momento de inclinarse un devoto para besarle, retiró el pie por vía de aviso, y en tal posición permanece hasta el presente día.

En 714 la ciudad se rindió á los moros, y los vencidos, con previsión piadosa que les honra sobremanera, abrieron el muro de la capilla y escondieron en él su amada imagen acompañada de una lámpara con aceite bastante para lucir una ó dos horas. Entre este hecho y la reapertura del muro, poco después de la reconquista de la ciudad, trascurrieron unos trescientos setenta años: y aún la lámpara ardía.

Tal es, brevemente recapitulada, la historia de la imagen cuyas virtudes y aventuras están asocia-

das por modo tan maravilloso con el Cristo de la Luz. Seguramente parece que los toledanos no han tenido mucho en cuenta que el nombre auténtico del santuario no era precisamente «El Cristo de la Luz,» sino «El Cristo de la Cruz» ó «La Ermita de la Cruz.» Aunque preciso es recordar que como decía á sus descarriadas ovejas el sacerdote aragonés, «todo es cuestión de fe»; y los toledanos casi con un *padre* por barba, y una iglesia ó un convento en cada esquina, han de ser por razón natural creyentes más firmes que sus frívolos compatriotas los amadores de la jota.

El mismo domingo de primavera que vió la entrada de las tropas cristianas en la reconquistada ciudad, contribuyó por distintos caminos á la gloria del Cristo de la Luz; porque á más del milagro de la encendida lámpara, el caballo del Cid, al pasar frente al santuario, dobló las rodillas y se negó á avanzar. La misa de acción de gracias fué dicha por Bernardo el Francés, abad de Sahagún, destinado á ser primer arzobispo de Toledo después de la reconquista: y como el altar careciese de cruz, alzóse sobre él reverentemente el escudo del rey, que tenía grabado este precioso emblema.

En la hora de mi visita, la oscura capilla objeto de tantas supersticiosas leyendas, contrastaba extrañamente con los rayos de sol que entraban del jardín y con la fresca voz juvenil que seguía cantando, cantando siempre. Pero toda mi atención fué bien pronto absorbida por las extraordinarias pinturas murales que ocupan una serie de nichos en las paredes Nordeste y Sudeste del crucero, que fué añadido por los cristianos á la primitiva mezquita árabe. Las pinturas son cinco: cuatro representan figuras de mujer, y la quinta un hombre. Esta última es acaso la más interesante de todas. Intenta representar á algún dignatario eclesiástico. Lleva una túnica oscura, y sobre ella un manto que acaso un tiempo ha sido púrpura, pero que hoy es de un rojo desvanecido, completamente borrado en algunos sitios; y sus manos sostienen un báculo que se apoya en sus hombros. Por todo esto, y porque la afeitada cabeza es indudablemente sacerdotal, el retrato no puede ser sino de algún prelado de la iglesia medioeval, acaso el mismo arzobispo Bernardo que acompañó á Alfonso en su victoria, y que celebró en este mismo templo la solemne misa de acción de gracias.

He dicho que las otras cuatro figuras son de mujer. Según una inscripción añadida por el artista, dos de ellas representan: una á Santa Marciana— que fué despedazada por las fieras en el circo de la ciudad— y otra á Santa Eulalia. La primera está envuelta en una blanca túnica y un *amictus* que llega hasta sus pies. Su cabello está dispuesto en el gracioso *amiculum*, que simbolizaba, en los tiempos en que se pintaron estos cuadros, la pureza femenina, y sobre ella flota un nimbo. Puntiagudos zapatos negros calzan sus pies, y sus manos con los pulgares juntos están vueltas hacia afuera. Santa Eulalia, vestida de manera análoga, lleva la doble cruz, que en España se llama cruz de Caravaca; lo cual, según observa Amador, parece indicar que los cuadros no se pintaron antes de fines del siglo XII. El mismo autor supone, que las otras dos pinturas representan á Santa Leocadia y á Santa Obdulia, naturales de Toledo, como también lo fueron Marciana y Eulalia. Si tal conjetura dice verdad, Leocadia, famosa por su conocimiento de las Sagradas Escrituras, es la doncella que sostiene un lirio y un libro, mientras que Obdulia sostiene sólo un lirio.

Hay otros varios fundamentos para creer que estas singularísimas y valiosas obras, no se ejecu-

taron después del siglo XII ó principios del XIII; ó, en otras palabras, son producto de un período muy primitivo del arte pictórico español. Pero si bien la influencia bizantina es en ellas inconfundible, tienen también no poco que parece peculiar del carácter nacional. Desgraciadamente, el fondo sobre el que están pintadas se desmorona rápidamente. Fueron sacadas á luz por mera casualidad en 1871; y un dibujo hecho poco tiempo después, muestra que la figura del prelado estaba entonces casi entera. Desde entonces, por lo menos pie y medio se ha caído ó ha sido arrancado; y lo que resta parece destinado á sufrir pronto idéntica suerte.

Cuando cerré mi album, donde estuve copiando una de las pinturas, y me dispuse á salir, ya la voz del jardín había dejado de cantar, y oscura sombra iba trepando, pared arriba de la iglesia. Al dar la última ojeada, los ojazos redondos de Marciana y de sus compañeras me miraron como protestando en silencio contra el daño de siete siglos, y cuando la guardiana de la capilla acudió á mi llamamiento y me dió libertad, las calles me parecieron más antiguas que nunca. Cuando emprendí mi solitario camino hacia el hotel, los portales de las casas

parecíanme extraños y misteriosos; porque, hay que repetirlo muchas veces, Toledo no es como otras ciudades. En otra cualquier parte, una mansión antigua, vetusta, no suele ser más que una unidad vergonzante, envidiosa del atildado aspecto de sus vecinas, y que se va desmoronando impotente contra los destrozos del tiempo. Pero en Toledo hay tantas, que unas á otras se hacen compañía, y miran fijamente á las intrusas hasta hacerlas perder todo aplomo; y así acontece que las casas nuevas no son necesarias ni aun soportables. Un casi derruido escudo de armas está esculpido sobre casi todas las puertas, y cuando ellas se abren y aparece una figura vestida á la moderna, parece hacer ultraje á toda propiedad histórica. Esperábamos encontrar á un ceremonioso caballero con calzas de velludo y chambergo de plumas, y nos causa decepción hallar un hongo y un par de pantalones. Poco á poco vase el espíritu familiarizando con los hombres, las costumbres y las casas de la vieja Toledo; hasta el punto de que nuestros mismos contemporáneos, vestidos como nosotros, con nuestros mismos ademanes y costumbres, nos parecen, no sólo inactuales, sino restos de alguna pasada y decaída generación.

Bajo esta mágica influencia sentíame tan por completo súbdito de los Hapsburgos, que cuando llegué al corredor del hotel esperaba, sin ningún género de duda, que la camarera viniese á mi encuentro con el clásico candil de hierro, y no con la bruñida palmatoria de bronce fabricada en Birmingham ó en Alemania.

PEDRO EL ARMERO

Y LA LEYENDA DEL CRISTO DE LA VEGA

Tan pronto como entré en mi dormitorio, después de las hazañas que acabo de contar, abrí la ventana y me dejé caer en una silla cómoda. La temperatura, aunque algo moderada por la brisa de la tarde, casi tocaba en bochornosa, y una agradable laxitud producida en parte por el calor, en parte por la fatiga de subir y bajar innumerables y empinados escalones, se apoderó de mis sentidos y de mis miembros.

Más allá de la multitud de tejados y muros, el paisaje estival yacía desparramado á lo lejos, hermoso, casi transfigurado por el influjo de la hora. Opaca niebla gris envolvía el horizonte, y el disco oro rojizo del sol poniente buceó entre las bandas de vaporosos estratos, hasta que su borde

inferior descansó sobre un grupo de airosos álamos, filtrando su luz á través del ramaje y desparramando á un lado y otro saetillas de rayos. Algunos de ellos aún besaban el pálido seno del Tajo, que traza un tortuoso canal más allá del Jardín del Rey, y de los suburbios de la ciudad, y que se amengua y se anonada en la distante vega.

Soñoliento y lleno de satisfacción contemplaba yo, casi como si fuesen obra acabada de mis manos, los rayos del sol, y el Jardín, el Tajo y los árboles de su orilla.

Excepto el débil eco de las esquilas de las cabras, ninguna otra vibración conmovía el aire. El tumultuoso Madrid, con su abominable horda de vagabundos, mendigos y organilleros, estaba á cuarenta leguas de distancia. Un día de ruda labor—tomar notas, dibujos, fotografías,—había terminado, y ahora nada restábame que hacer sino tomar un alimento sano, gozar una hora de cariñosa charla y la voluptuosidad de un cigarro. Arguyan en contra cuanto quieran pesimistas, cínicos, mysoginos, misántropos ó dispépsicos: la Providencia á veces es completamente buena para con nosotros. Hay momentos de esos en que nos sentimos seres superiores, alejados de toda influencia

vil del mundo que trabaja, y transportados sin el menor esfuerzo, por nuestra parte, á estados ó épocas distintas y más envidiables que aquéllos en que realmente vivimos.

La sombra—ese indescriptible, innombrable color que no se halla en la paleta de los pintores—se acercaba, subía y subía, y con él la ascendente luna. Las campanas habían dejado de sonar y la quietud era intensa; tanto, que me parecía oír el ligero murmullo del río.

Estrelladas fantásticas agrupaciones de luz y de sombra se ostentaban sobre los tejados vecinos, y la lejanía tornábase á un tiempo más luminosa y más profunda. Pudiera yo haber sido en tal momento Alfonso el Décimo, leyendo, hasta donde ojo humano puede leerle, el místico mensaje de las estrellas, ó el Cid Campeador, atisbando en la vega los turbantes de un musulmán ejército. Pero en el punto mismo en que la fantasía parecía trocarse en realidad, despertóme alguien que llamaba á mi puerta.

—Adelante—exclamé.—¿Está la comida?

No fueron, sin embargo, los de la sirvienta, sino unos pasos masculinos los que resonaron dentro del cuarto; y como el visitante parecía arrastrar

una cadena ó un arma, volví la cabeza un tanto alarmado.

—¿Quién es usted?

—Pedro el armero, para serviros.

—Encienda usted la luz—dije.— Los fósforos están ahí sobre la chimenea.

Y como la claridad de la luna le mostrase parado ante mí, un tanto perplejo levantéme y yo mismo encendí la luz.

Era mi visitante un hombre pequeño y delgado, de unos cincuenta años; tenía el rostro pálido, los ojos hundidos, penetrantes é inquietos; los dedos como garras. Un truculento rizado mostacho cubría su labio superior, y llevaba el cabello negro como azabache, partido en dos mitades que se ahuecaban sobre las orejas. Vestía rico traje del tiempo de Felipe IV. Llevaba al brazo una capa negra, y con la mano izquierda sostenía un broquel. Era su sombrero un *chambergó* con ala de diez pulgadas de ancho, forrado de tafetán negro: rodeaba la copa ancha banda de crespón, moda general entre los elegantes del siglo xvii. Su gola, hecha de blanco lienzo, aprisionábale tan estrechamente cuello y garganta, que hacía imposible todo movimiento de cabeza. Bajo la gola llevaba

una chupa corta y un jubón. Las mangas abullonadas de este último eran de raso blanco bordado con adornos de azabache, y las vueltas de la camisa eran de negro tafetán. Llevaba calzón de terciopelo negro, medias de fina seda, negras también, y un par de zapatos bajos de cordobán flexible completaban su atavío. Colgábale del cinto una delicadísima daga, ó *main gauche*, y un largo espadín con enorme puño de taza y largos gavilanes. Observé, también, el resorte, que servía para desenvainar el arma.

—¡Bueno!—exclamé con cierto asombro, ante el extraño aspecto de mi visitante—¿quién es usted y qué viene buscando?

—Soy para serviros—replicó—Pedro González de la Oliva, armero del Rey ó mejor dicho, hijo del armero del Rey. Hacemos el negocio entre los dos. Cada cual su parte. Mi padre gana el dinero, y yo lo gasto. Dicho esto rompió á reir desagradablemente.

—Ayer dijisteis—continuó—que deseábais ver un taller de armero. El nuestro está á vuestra disposición ¿Queréis acompañarme?

—Con mucho gusto.—Y cogí mi sombrero.

—¿No sois español?

—No: soy natural de Inglaterra.

—Habláis muy bien el castellano.

—Favor que usted me hace.

—No. Los toledanos no adulamos nunca.

Pensé advertir en su acento cierto énfasis de dignidad ofendida y me apresuré á ofrecer desagravios.

—Puesto que es usted tan amable, estoy á sus órdenes.

—Ea, pues, vamos. Pero ante todo—miró con cierto desagrado mi traje—¿os serviría de molestia quitaros la chaqueta ó al menos ocultarla? Mis conciudadanos están poco acostumbrados al traje inglés.

—No me importa; he traído la capa.

—Muy bien.

Echémela sobre los hombros y bajamos las escaleras.

Pocos momentos después entramos en la calle de las Armas, que me pareció haber estrechado bastante, y mi acompañante, deteniéndose delante de un portal abierto, adornado en lo alto de la puerta con un signo formado por una alabarda y una espada, me invitó á entrar. Dos ó tres escalones nos condujeron, bajando á un oscuro y húmedo

corredor; al cabo de él había una estancia grande y lóbrega, ennegrecida por el humo de media docena de fraguas. Colgaba de los muros mareante variedad de armas y partes de armadura, guanteletes y corazas, morriones, partesanas, alabardas y espontones, junto con espadas y dagas sin número, varios yunques junto á los cuales había altos y estrechos vasos llenos de agua, estaban dispuestos sobre el suelo enlosado y al lado de cada fragua se alzaba un gran montón de arena fina y blanca.

El centelleo de las chispas, unido al de dos lámparas de rancio aspecto y llamas oscilantes, dejóme ver treinta ó cuarenta hombres atareados en su faena: y con el golpeteo de los martillos, el resoplido de los fuelles y el silbido del metal ardiente al precipitarse en el agua fría, el tumulto era incesante.

Mi cicerone contemplaba el discordante espectáculo con toda la indiferencia de la larga costumbre, evitando con ostentación de habilidad las columnas de abrasado vapor ó haciendo del chambergo pantalla contra las chispas. Convencido de que me era imposible oír las observaciones que me dirigía, levantó el dedo, y dió la señal de suspender

el trabajo: entonces el *oficial* le alargó un fajo de papeles, que supuse serían cuentas, y los hombres, despojándose de sus delantales de cuero y colgándolos en un rincón, salieron prestamente.

—Es muy sencillo—dijo mi compañero, como si adivinase la pregunta que estaba á punto de dirigirme—y verdaderamente, á menudo me maravilla el que seamos tan famosos. Dicen que es el agua; pero con cualquier agua se haría lo mismo. Otras veces dicen que es la arena; pero esta arena, aunque limpia ó pura, es exactamente lo mismo que cualquier otra arena. Mirad. La hoja de casi todas nuestras espadas está compuesta de tres piezas, dos bandas de acero de Mondragón en Guipúzcoa, y un corazón de hierro. Este último es el *alma* de la espada. Las tres piezas se calientan y se forjan á un tiempo; y cuando llegan al rojo, y empiezan á desprenderse de ellas chispas se sacan del fuego y se echan sobre ellas unos cuantos puñados de arena. La soldadura de las piezas se continúa en el yunque; y por último, se emplea la lima para quitar toda desigualdad, y la espada pasa al templeador, al afilador y al bruñidor.

—El temple es el que nos ha ganado la mayor fama, aunque su procedimiento es tan sencillo

como todo el resto. Sobre la fragua, mirad, todavía está ardiendo, se hace una lumbré en forma de trinchera estrecha, bastante larga para contener las cuatro quintas partes del largo de la espada. Cuando el metal toma cierto color (creí notar un resplandor maquiavélico en los ojos del armero, como si este *cierto color* fuera la clave de toda nuestra plática), tomo estas tenazuelas y cogiendo con ellas la porción que ha permanecido fuera del fuego, dejo caer la espada, así, punta abajo, en la vasija llena de agua. Toda encorvadura se endereza después martillándola por el lado cóncavo, y la parte que anteriormente permaneció fuera de la trinchera de fuego se calienta á su vez convenientemente. La hoja entera se engrasa después con sebo, y se cuelga á enfriar, en la pared, punta arriba. Y no hay más que hacer, excepto los detalles de acabamiento. Hecha está la espada.

—Sin embargo—dije yo—todo el mundo conviene en que no hay espadas comparables á las vuestras.

—Así es—afirmó—aunque á decir verdad, he visto algunas espadas muy buenas de las fábricas de Rheims y Solingen, y las hojas valencianas son también de buen resultado, como que con una de

ellas, de tres dedos de ancho y catorce libras de peso, Alonso de Céspedes rajó por medio á un ciento de moros. Pero con una *toledana* como esta, el mismo hombre hubiera rajado, de seguro, á mil. Porque en verdad nuestras espadas son superiores á todas las demás, y estamos justamente orgullosos de ellas. No existe en España compañía más privilegiada ó más próspera que el *gremio* de armeros toledanos, cuyos miembros principales somos los espaderos de S. M.

Y tomando varias espadas del muro, mostróme con aire vanidoso la apetecida inscripción, *espadero del Rey*.

—Verdaderamente—añadió—hay tanta diferencia de aspecto entre una espada costosa y una *Lealtad toledana* ó *Sueño de soldado*, como entre un marqués y un muletero ó entre una lavandera y una infanta. Aunque cada espada es virtualmente un hidalgo. ¿Pues qué, la más ruin de nuestras toledanas, aun los *perrillos* y *morrillos*, que no tienen corazón y cuestan no más que doce reales, no da una lección de caballerosidad á quien la lleva, no le dice: *no me saques sin razón ni me envaines sin honor?*

Yo asentí cabeceando.

—El caballo y la espada—continuó él, tomando un magnífico florete y frotándole cariñosamente—son los más nobles amigos del hombre, si bien el más noble es la espada; porque el caballo en ocasiones se obstina ó se desmanda, mas la espada siempre está pronta. La espada, además, posee la virtud de las virtudes, que es la justicia ó sea el poder de dirimir entre la razón y la sinrazón; tiene un alma de hierro que es fortaleza; y último y principal, lleva la Cruz, que es símbolo de la bendita fe católica.

En verdad que tenía singular aspecto mientras iba así atribuyendo los más altos sentimientos á un pedazo de metal; y el ardiente panegírico que del instrumento de muerte estaba declamando, parecía más que absurdo, diabólico: pienso que positivamente se deleiteaba en hallarse ayudador de la muerte. La lobreguez del sitio hacía más intensa esta sensación general, y como la luz incierta centellease sobre los objetos de ominoso comercio que pendían del muro, no pude reprimir un estremecimiento.

—¿Tenéis frío?—dijo con fingido interés de cortesía.—Es tarde para permanecer aquí en la humedad. Daremos un paseo, porque hay mucho que ver

y que contar en Toledo, y los caballeros de Inglaterra rara vez nos honran con sus visitas.

Diciendo esto, cogió una pesadísima llave, y apagando una de las lámparas y llevando en la mano la otra, me precedió camino de la puerta; allí apagó la segunda lámpara, y dejándola en un rincón del corredor, cerró la puerta, salido que hubimos. El aire de fuera era fresco, pero no frío, y la luna brillaba.

—¿Dónde iremos?—preguntó el armero.

—Fuera de la ciudad—sugerí,—hacia el río y la vega. Me gusta más que nada pasear en el campo.

—Sea—replicó; y nos dirigimos hacia la Plaza de Zocodover.

Dejéle hablar, y, en verdad, no era corto de palabras. Alegréme de ello, porque parecía bien enterado de la historia y de las tradiciones de su ciudad natal, y muchas de las noticias que me daba eran tan interesantes como locuaz él.

—Es una ventaja de nuestro Toledo—empezó observando;—una ventaja que, según me han dicho, no poseen ni Sevilla, ni Valencia, ni Madrid, ni Valladolid, ni ninguna otra ciudad de España ni del extranjero, que casi todas las industrias tienen su calle ó su distrito peculiares. La calle de los

Armeros, ya la conocéis. Los carpinteros viven principalmente en la Plaza de Zocodover. Más lejos, en el Barrio del Rey, está la calle de los Torneros; junto á ella las de los Libreros, de los Zapateros y los Guarnicioneros.

—Y ¿dónde está el mercado?

—Hay dos mercados. El principal es el que se celebra todos los martes en la Plaza de Zocodover. Allí se encuentran los mejores productos de toda Castilla: el pescado y la caza más finos, el queso más sabroso, el aceite más puro, la miel más dulce. Pero el mercado de carnes está en la Plaza Mayor, donde la vaca, el cordero, el cabrito, las frutas y los pescados se venden en diez y siete puestos. Dos de ellos, las *tablas del Rey*, están aparte para los pobres, y en ellos se vende á más bajo precio. Cerca del mercado está la casa de los regidores, cuyo deber consiste en vigilar los pesos; y en el piso alto del mismo edificio hay una capilla con ventanas abiertas, y así vendedores y compradores pueden dar culto á Dios sin abandonar sus negocios. Pero la más noble de nuestras plazas es, sin duda, el Zocodover, justamente afamado en todos nuestros reinos. En él se celebran nuestros torneos, nuestras corridas de toros y nuestros autos

de fe; bajo estas antiguas columnas cien carpinteros levantan el alegre tablado, y siempre que un monarca ó cualquier otro poderoso visitan la ciudad, el Zocodover es el primero que se engalana para darle la bienvenida; en él se encienden los mejores faroles, se despliegan las más ricas colgaduras, se levantan en su honor los arcos más altos.

Habíamos á la sazón cruzado la tal plaza, y estábamos empezando á bajar los escalones del Arco de la Sangre. A su lado se alzaba la Posada de la Sangre, tal como yo la conocía, y la luna la iluminaba crudamente.

—*¡La Posada de la Sangre!* Fúnebre título—observé yo—para tan pacífica hostería.

—Nunca oí llamarla por ese nombre—respondió mi acompañante.—Esta es la *Posada del Sevillano*, y ese es su nombre, desde que yo recuerdo. Aquí—según mi abuelo, que fué uno de sus innumerables adoradores, me contó á menudo—vivió la famosa sin par é ilustre fregona Constanza, cuyo enamoramiento por D. Tomás de Avendaño ha sido contado en letra por el regocijado Miguel de Cervantes.

Y sonrió amorosamente; porque un español nunca se para á reflexionar que una mujer bonita

ha sido galanteada y conseguida por alguien que no sea él. Y apenas puedo imaginar que mi compañero hubiese mirado con mayor arrogancia ó se hubiese retorcido el inmenso mostacho con mayor satisfacción de sí mismo, si en aquel mismo instante el lindo rostro de Constanza hubiese asomado á una de las ventanas, si sus oscuros ojos negros hubiesen atisbado nuestro paso, si sus rizos castaños se hubiesen estremecido en la brisa lánguida de la noche.

Andando á buen paso, dimos vuelta á la calle del Carmen, y rodeando San Miguel, perteneciente á los Caballeros Templarios, descendimos por la tortuosa carretera al Paseo del Barco y á las orillas del Tajo. Bajo nuestros pies y casi tocándolos, la linfa plateada, agitada á intervalos por el salto de un pez, flufá ensoñadora hacia la vega. En la margen opuesta las rocosas vertientes se alzaban oscuras y escarpadas, y sobre ellas, la ermita de la Virgen del Valle se perfilaba indeciblemente dominada por la atrevida peña del Rey Moro. Más lejos, á la derecha, las colinas coronadas por los cigarrales; y entre las pendientes colinas y los ásperos cerros alcancé á ver la escasa corriente llamada Arroyo de la Cabeza, silencio-

samente absorbida por el gran río. El armero me indicó algunos troncos de árboles y arbustos cerca del agua.

—Aquí—dijo—estuvo en tiempos el hermoso jardín llamado Huerta de la Alcurnia, perteneciente al arzobispado; pero una de nuestras inundaciones le destruyó hace unos cien años. Mirando con cuidado se alcanzan á ver restos de la noria.

—¿Y por qué se llamaba de la Alcurnia?—pregunté.

—Porque la curva del río tiene forma de cuerno; pero algunos la han llamado también «La hoz del Tajo».

Subiendo íbamos los abruptos alrededores del Paseo del Tránsito, cuando una ruina grande y negra proyectó su sombra sobre nuestras cabezas; y el armero mirándola con desasosiego, escupió, se estremeció, se signó y pasando apresuradamente al lado opuesto del camino,—este es lugar maldecido—explicó—el viejo palacio del brujo Marqués de Villena. Sus cuevas están habitadas por espíritus diabólicos, y varios de mis amigos han visto al Marqués, cerniéndose sobre el palacio en un carro tirado por alados dragones.

Estábamos en el corazón de la *Judería* ó antiguo barrio de los Judíos, y los humildes muros de ladrillo de las que fueron sus sinagogas se alzaban en la oscuridad melancólica; primero el Tránsito, y después en terreno más alto, Santa María la Blanca. Las casas en su mayoría eran de la más humilde apariencia, de acuerdo con la costumbre inveterada en los judíos, de aparentar pobreza para proteger sus riquezas contra la violencia de los cristianos ó de los moros: pero aquí y allí tal cual mansión, amplia y cómoda, destacábase con arrogancia entre los tugurios circundantes. Una de tales casas, dijéronme ser el palacio del Conde de Portalegre, y otra el del Duque de Maqueda.

La Puerta del Cambrón, aún no estaba cerrada para la noche, y pasando por ella, encontramos la vega tendida á nuestros pies en toda su majestad. Varios de los lugares vecinos me eran familiares; el Puente de San Martín y el Baño de la Cava, la puerta fortificada por la cual acabábamos de salir, la muralla de la ciudad al otro lado, y más arriba la colina, y en lo más alto, destacando bajo el cielo bañado en luz de luna, la silueta medio esfumada de sus contrafuertes y pináculos, el gran santuario gris de San Juan de los Reyes.

Llegado que hubimos al fin de un bosquecillo, casi á un cuarto de milla de la vieja puerta, nos detuvimos para contemplar el paisaje más á nuestro sabor.

—Allá lejos—dijo mi compañero señalando más allá del puente á las colinas que ocultan el camino de Valdecolomba y Corralrubio—fué en tiempos el cigarral del cardenal Quiroga, que hoy pertenece á S. M. Por todas partes, como habéis visto, hay otros jardines y huertos en abundancia; pero ninguno más fértil ni amable que la famosa Huerta del Capiscol. Todos están regados por el benéfico Tajo, que nutre nuestros frutos, alivia nuestra sed y muele nuestro grano: testigos los molinos de Solamilla y el Degolladero. Y más cerca de la ciudad están los molinos de Pedro López y otros.

La contemplación de aquellas numerosas y varias excelencias inspiraba al armero tan febril entusiasmo, que sus acerados, nerviosos miembros como que palpitaban, y sus ojos pequeños centelleaban extáticos. Casi le tuve miedo; y más cuando prorrumpió en un apasionado apóstrofe, cuyos hinchados términos me revelaron que la influencia de Góngora persistía aún.—¡Oh, sin par Toledo—exclamó—madre de Garcilaso y Juan de

Mena, de Rojas y Moreto, de Medinilla y Pérez del Pulgar! ¿cuál es la ciudad que puede compararse contigo, oh, Emperatriz del Occidente, ceñida del gran río y entronizada sobre montes? ¿Dónde hay jardines como tus jardines? ¿dónde fuentes, mercados, plazas, palacios, templos como los tuyos? ¿dónde varones más nobles y esforzados, dónde mujeres más tiernas y amorosas?—Aquí se detuvo como si alguna súbita memoria le hubiera sobrecogido: y su última palabra murió en el silencio.

El aire estaba en calma; ¡cuán elocuente calma! Oía el respirar de mi acompañante y mi propio respirar. Hasta el río parecía alentar al deslizarse por la amplia campiña, y alentaban sobre nosotros las hojas, movidas á intervalos por la brisa mansa. De pronto, bajo la puerta del Cambrón suscitóse, y llegó hasta nosotros flotando, otro sonido claro, aunque lejano, el sonido de una ó varias personas que caminasen ligeramente.

Un momento después, las figuras de dos hombres, surgiendo de la sombra de la puerta, se dirigieron hacia nosotros á largos y rápidos pasos. Mas no venían juntos; porque aunque marchaban de frente, todo el ancho del camino quedaba entre ellos.

Mi compañero me cogió por un brazo.— Entré-
monos por el bosque. Es un duelo.

Siguiendo su ejemplo, agachéme entre la male-
za: y allí esperé.

Detuviéronse á menos de medio tiro de piedra
del lugar donde estábamos. Ambos eran fornidos
y de alta estatura: mas el uno estaba ya al térmi-
no de la edad viril, y el otro era casi un niño. No
perdieron tiempo en medir cuatro pasos, y em-
prendieron la lucha sin pronunciar palabra. Dies-
tros y vigorosos, manejaban las armas con asom-
brosa rapidez: y ni aun desde la corta distancia á
que nos hallábamos era posible contar los golpes.
Lancé una mirada confusa á mi acompañante: su
fisonomía expresaba el mayor interés, pero no pude
evitar la sospecha de que más que el valor de los
combatientes le fascinaba el ruido y el centelleo
de las espadas.

Habían transcurrido algunos minutos, y ambos
duelistas respiraban ya penosa y aceleradamente,
cuando, súbito, la tizona del más joven saltó en
el aire á veinte pies de altura, y cayendo punta
abajo se clavó en el suelo profundamente; y la
ancha cruz vibraba centelleando á la luz de la
luna.

Mirando resueltamente á su contrario el luchador vencido, cayó de rodillas y cruzó las manos á la espalda: pero con castellano valor, no dió un solo grito ni lanzó una súplica. Así permanecieron un momento, fríos en apariencia como el mármol, aunque sin duda interiormente combatidos por amargas y opuestas pasiones. Al fin el vencedor volvió su espada á la vaina, y en tono medio furioso, medio perdonador, pronunció una sola palabra—¡Marcháos!—Su adversario se levantó y se dirigió hacia él con gesto agradecido y conciliador. Pero el otro alzó los hombros con altanería. —¡Marcháos!—repitió, y añadió con el más hosco de los acentos:— ¡Hay un Dios!— Y girando sobre sus talones, alejóse á grandes pasos por la vega.

El más joven se quedó contemplando algunos momentos á su magnánimo enemigo; y luego, haciendo una profunda inclinación y sin pararse á recoger la espada, encaminóse rápidamente hacia la ciudad.

Pero todo mi interés, así como el de mi compañero, estaban de parte del vencedor. No podía yo colegir cuál era su designio al no volverse por donde vino; pero probablemente el armero veía más claro que yo en el asunto, porque cogiéndome por

la muñeca, me dijo en voz baja que le siguiese, ocultándome como él en el desmedrado bosque. Después de caminar así á cubierto unas doscientas varas, nos hallamos de nuevo en campo raso. El objeto de nuestra investigación había desaparecido; pero frente á nosotros, un poco más lejos, estaba la antigua, ruinosa y solitaria basílica de Santa Leocadia; y no podía menos de haber entrado allí.

La entrada estaba de par en par: lo cierto es que no existía puerta; así es que nos fué fácil deslizarnos dentro y ocultarnos detrás de una columna. Tres de las cuatro capillas estaban en total oscuridad; pero en la cuarta una lamparilla ardía con luz vacilante ante una imagen del Salvador clavado en la cruz. El caballero cuyos movimientos íbamos siguiendo, desenvainó su espada, y, besando la hoja desnuda, la colocó sobre el altar, desde largo tiempo desmantelado y ruinoso. La altanería de sus modales habíase trocado en actitud de humilde piedad, y su aspecto á la luz vacilante que caía sobre sus escasos esparcidos y grises cabellos era, sin duda, venerable; mucho más cuando cayó de hinojos, puesto en oración. El momento era impresionante sobre toda palabra, y entonces vi algo maravilloso y solemne. Súbito resplandor se es-

parció por doquiera, y suavemente, aunque con asombrosa majestad y gracia, la diestra del Salvador, desclavándose de la cruz, descendió y descansó, aprobadora, casi cariciosa, sobre la frente pálida del arrodillado adorador.

Verdad es que esto fué un sueño; pero los sueños, como Calderón nos recuerda, están peligrosamente cercanos á la realidad; y cuando yo cabeceaba soñoliento en el tren que me conducía á la moderna y prosaica capital de España, el aire parecíame estar lleno de extraños sonidos y de espectros; el condestable balanceando su segada cabeza sobre una fuente de plata; los santos y mártires del Cristo de la Luz ó la Cava, mesándose los negros cabellos por la ruina que trajo sobre su país, y Rodrigo caminando en su carro de marfil á los horrores del Guadalete.

Mas sobre todos ellos alzábase el cantar de la loca, la copla incesante sonando y resonando sobre los almenados murallones, y lamentando, y o al menos lo creía, el marchito esplendor de la imperial Toledo.



MADRID

DOS AVENTURAS

DEL PRÍNCIPE INGLÉS

Junto á una ventana de la fachada principal del antiguo Alcázar ó palacio real de Madrid, estaba sentado un joven y elegante caballero, tamborileando con dedos perezosos sobre el dorado brazo del sillón. Era la hora de la puesta del sol; y sus miradas vagando al azar sobre los jardines circundantes y el histórico parque llamado la Casa de Campo, fueron á detenerse más allá, en la luminosa campiña y en la sierra azul que se esfumaba en la lejanía. Bañado en la dorada luz, el paisaje era hermoso y tranquilo; pero á Carlos, Príncipe de Gales, no hubo de parecerle ni tranquilo ni hermoso. De vez en cuando atormentaba nerviosamente su puntiaguda barba ó enmarañaba sus ensortijados y perfumados rizos ó—señal infa-

libre de cólera en caballero de alta alcurnia—dejaba caer la mano sobre el pomo de la espada y agitaba el arma con aire amenazador.

La causa de su desasosiego era un incidente conocido por todos los lectores de Historia. A las cuatro y media de aquella misma tarde, su alteza real la Infanta María, despertándose de siesta, había dado sendos besos en ambas mejillas á la Reina, su cuñada, y huyendo de sus damas, ocupadas con sus bastidores en la antecámara próxima, había salido á dar un paseo á los jardines del palacio.

La joven iba cantando alegremente; porque si bien la rígida etiqueta de la Casa de Hapsburgo y la enfadosa consciencia de su alto rango la sujetaba en muchas ocasiones, era ella de carácter animado y alegre; y al caminar con paso ligero por las sendas del jardín, cantando un antiguo madrigal, parecía inspirar á las flores nueva fragancia, y á los pájaros más dulces canciones.

Llegó á un boquete abierto en el muro del jardín que tenía vistas á la Vega; y allí se detuvo: veíanse desde él las humildes tareas de los campesinos. Pastores y ganados atravesaban las carreteras que cruzaban el campo: los labradores estaban

trabajando la tierra disponiéndola para la siembra otoñal; y había mujeres lavando ropa en la escasa corriente del Manzanares; como estaban arrodilladas para lavar, sus cuerpos, vistos desde el palacio en la margen del río, parecían escasamente mayores que hormigas; y sin embargo, la música de su charla y de sus risas llegaba claramente á oídos de la Princesa. La solitaria Infanta miraba ávidamente todas estas cosas; y mirando las sombras de las nubes correr, persiguiéndose sobre la ondulante llanura, envidiólas porque eran libres. Entonces, volviendo la vista lánguidamente, arrancó una rosa de un rosal que á su lado crecía, y había empezado á despojarla de sus pétalos pensativamente, cuando en medio de sus meditaciones oyó el ruido de unos pasos que se le acercaban, y volviéndose llena de susto, hallóse frente á frente del pretendiente inglés, que la había pedido formalmente en matrimonio.

Reglas y precedentes de la española usanza son radicalmente opuestos á tal violento modo de hacer la corte; jamás honesta damisela española admitirá á su amante en *tête à tête* en lugar donde haya el más remoto peligro de cualquier intrusión extraña. La clara inteligencia de la Infantita—ayu-

dada por las complicadas lecciones que había padecido sobre innumerables puntos concernientes á los deberes cortesanos y á las obligaciones de toda princesa virgen—indújola inmediatamente á sospechar que su descubrimiento en conversación privada con un hombre, había de ser comidilla de toda la ciudad y motivo á censura y aun quién sabe, si positiva é instantánea muerte de su fama. — ¡Ay, madre mía! — exclamó volviendo el pensamiento en tan tremendo instante á su ya muerta protectora—¡Ay, madre mía de mi alma!— y tornóse más roja que la rosa que en la mano tenía.

La actitud del príncipe Carlos no estaba por completo exenta de cierta simpatía, hecho que la niña, aunque muy apurada por su parte, no dejó de observar. Tomando el sombrero, adornado de plumas, con la mano derecha, movíale expresivamente, acercándole á su corazón; y con la mano izquierda hacía ademanes tranquilizadores. Fuese por efecto de excitación nerviosa, ó por haber saltado las tapias del jardín, tenía las mejillas casi tan rojas como las de ella. Detalle que abogaba en su favor; y aunque sus miembros eran un tanto flacos, el arte del sastre había conseguido disimular

buena parte de sus piernas en bien cortadas calzas; así que al inclinarse ofrecía bastante buen aspecto.

La Infanta, dispuesta ya á alejarse, vaciló, se detuvo y miró cara á cara á su pretendiente por segunda vez, deshojando con sus dedos de cera lo poco que restaba de la rosa.

Había llegado la ocasión. Un galán castellano la hubiese aprovechado bien. No así nuestro Príncipe inglés, que empezó con un movimiento fatal. Adelantó un paso; la Princesa retrocedió otro; y la fortaleza permaneció inexpugnable. Entonces, cambiando de táctica, Carlos se detuvo y abrió los labios disponiéndose á hablar: pero la intrepidez de un galán que carece de medio para interpretar sus pensamientos no puede durar mucho.

El Príncipe hablaba algo de francés; pero en cuanto á español, olvidáronsele en aquel momento las pocas frases que en sus correrías nocturnas con el Duque de Buckingham había podido aprender; y además, la mayor parte de ellas no serían muy propias probablemente para llegar á oídos de una casta doncella.

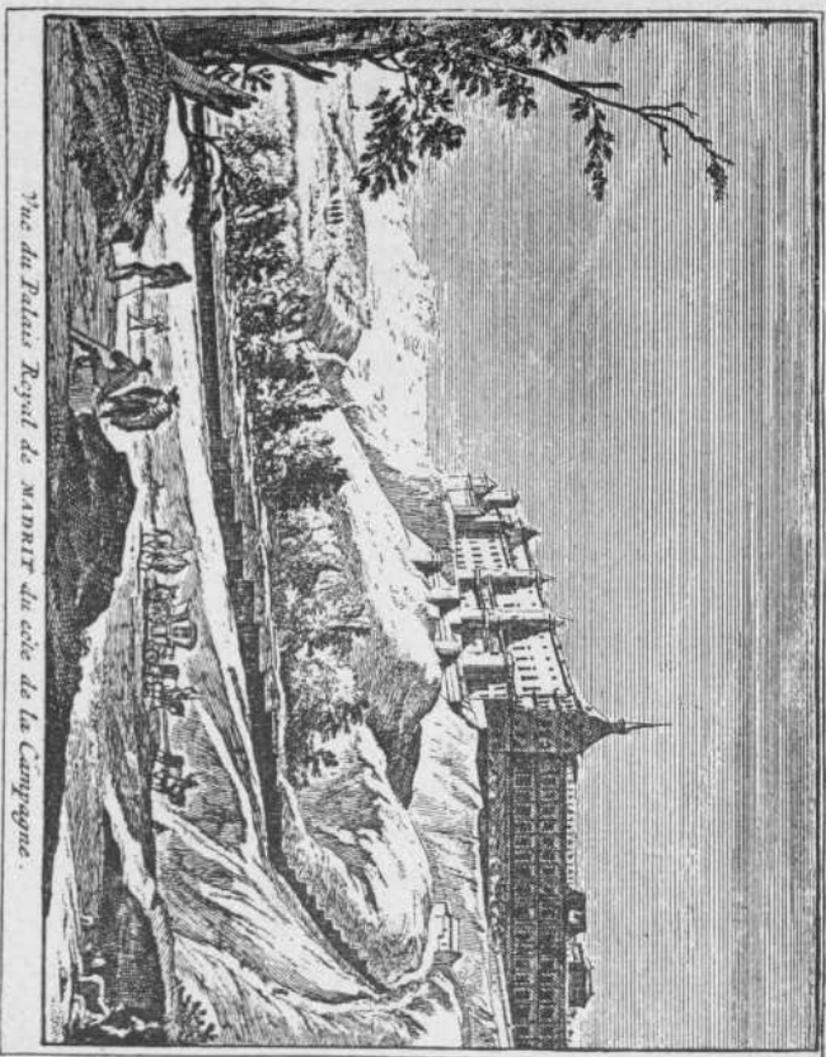
Todo lo cual, junto con su falta de dominio propio, apresuró la catástrofe. Furioso contra sí mis-

mo, mordi6se los labios y comenz6 6 dar patadas en el suelo.—¡Maldici6n!—exclam6— ¡si al menos fuera inglesa!

Su tono encolerizado asust6 6 su *vis 6 vis*, cuya paciencia empezaba 6 flaquear. Nunca, en su vida, hab6a ella mostrado tal condescendencia: y 6 pesar de ello, aqu6el 6 quien tanto favoreciera, en vez de caer de hinojos 6 sus pies, para darle gracias, mostr6base grosero y casi violento. ¿Qu6 deb6a hacer?

Sigui6se un momento terrible. La Infanta alz6 los ojos muy gravemente al rostro del Pr6ncipe, inclin6se con deliberada tiesura, volvi6le la espalda, y se alej6. Inglaterra hab6a perdido el d6a.

Buckingham estaba esperando al otro lado del muro. Aunque estaba seguro de ser mejor intrigador en los asuntos propios que en los ajenos, hab6a aplicado diligentemente todo su entendimiento al caso presente: y los copiosos consejos y admoniciones que hab6a prodigado 6 su se6or, le satisfac6an. Por cuya raz6n esperaba tener que aguardarle al menos una hora, y hab6a ya bostezado una 6 dos veces, y se ocupaba en atravesar unos cardos con su espada, cuando el Pr6ncipe salt6 la pared, y de muy mal humor se lleg6 6 su lado. El instinto



Vue du Palais Royal de Madrid du côté de la Campagne.

EL ANTIGUO ALCÁZAR DE MADRID.

De un grabado antiguo.

de cortesano le dijo que el asunto andaba torcido; así es que nada dijo y silenciosamente sostuvo el sombrero real, mientras su dueño se enjugaba el sudor de la frente, y arreglaba sus maltrechos atavíos. Durante algún tiempo evitaron mutuamente el mirarse — ¡Steenie! — exclamó al fin Carlos, aliviando su ira con una sarta de las interjecciones menos ceremoniosas;—esa bruja española me detesta. Vámonos á casa—y se volvieron á palacio.

Tal era el recuerdo que agitaba á Carlos Estuardo, sentado, un par de horas después, junto á la ventana del alcázar, contemplando el mismo jardín, testigo de su derrota.

Transcurría el tiempo perezosamente, y podía bien poco para consolar el descontento del Príncipe, cuando entró un paje, y haciendo una profunda inclinación, presentóle una carta. Tomóla el Príncipe y leyó como sigue:

«Una anciana compatriota de vuestra alteza real se encuentra enferma y pobre. ¿Se dignará el alto y poderoso Príncipe enviarle una limosna con el portador de estas letras? Si así lo hace, caiga sobre él toda bendición.»

Pero Carlos no estaba de humor de caridades, así que estrujando el papel desdeñosamente, le

arrojó á un lado y mandó al paje que saliera. Pocos momentos después, cansado de mirar como el disco del sol se iba hundiendo, bajó al gran patio. En él muchos caballeros paseaban de un lado á otro, ó, detenidos en grupos, conversaban. Sin embargo, el áspero mirar del Príncipe impidió toda oferta de acompañamiento: y salió solo al lugar que después se ha convertido en hermosa plaza, y atravesando las estrechas calles que desembocan en su opuesto extremo, llegó al mísero barrio del Arrabal de San Martín.

Dejábase llevar por sus pasos descuidadamente á través de los menguados callejones, cuando cruzó ante él una muchachita graciosa, aunque muy pobremente vestida, y al volver la cabeza mostró una cara intensamente pálida, iluminada por los más negros de los ojos negros, y coronada con soberbio tesoro de oscuros cabellos. Era delgada y muy joven, de andar vivo y ligero: pero había como un aire antiguo en toda ella: su traje estaba aderezado según modas pretéritas: y aun confundida entre la multitud, contrastaba extrañamente con los que pasaban á su lado.

— ¡Linda muchacha! — dijo Carlos casi en alta voz: y mirándola descaradamente estaba á punto

de dejar escapar un piropo español, no ciertamente superfino, que acababa de oír en la calle Mayor, cuando ella le miró fijamente, y, sin detener el paso, replicó en perfecto inglés:

—¿Os parezco linda? Entonces seguidme.

Tan pronto como el Príncipe pudo reponerse de su sorpresa la llamó, pero ya ella estaba á veinte varas de distancia, y no le hizo caso; con lo cual él se obstinó en llevar á término la aventura, y, apretando el paso, la siguió. Ella iba deprisa; de una manzana de casas á otra, saliendo del mismo barrio donde la había hallado, llegó á otro más decente con calles mejor empedradas y más anchas: pasaron una docena de iglesias y otros tantos conventos por lo menos; palacios, y junto á ellos, altos muros, sobre los cuales asomaban algunos tristes árboles, que parecían indicar de mala gana la existencia de algún jardín. Finalmente, entró ella en el portal de un vasto edificio que ocupaba por completo uno de los lados de una desierta plazuela. La portada estaba delicadamente adornada con intrincadas labores, y dos grifos esculpidos sostenían los pilares de la entrada; pero las puertas de hierro estaban medio arrancadas de sus goznes y el escudo destruído — detalle que advirtió pronta-

mente la vista de Carlos, práctico en cuestiones de heráldica. Dentro, la oscuridad era casi absoluta: pero el Príncipe se esforzó por alcanzar á la muchacha: y siguiéndola vivamente, oyó cómo bajaba rápidamente algunos escalones, y cómo una pesada puerta se cerraba tras ella.

Tan pronto como la oscuridad le permitió seguirla, Carlos llamó con impaciencia, y esperó á que abriesen. Al resonar de sus golpes sobre la madera, siguió el rechinar de unos goznes; una ráfaga de aire que olía á humedad y á moho le dió en el rostro, y una voz aguda chilló:

—Príncipe mío, entrad y sed bien venido.

Adelantando resueltamente, Carlos se halló en presencia de una viejísima mujer indeciblemente sucia y harapienta. La vejez había inclinado su cabeza sobre el pecho; sus cabellos blancos colgaban en inmundos y desordenados mechones; y sus ojos, negros y lucientes como cuentas de azabache, caían por bajo del nivel de sus hombros, y parecían soslayar la mirada por entre los pechos, como los de esos monstruos de las antiguas historias de viajes.

Tal fué la bruja que recibió al presunto heredero del trono de Inglaterra, en una estancia tan fantástica como ella.

—¡Bien venido!—repitió, mientras la puerta se cerraba pesadamente; y ofreció á su visitante un destrozado asiento.—¡Bien venido, mi Príncipe! Sentáos y descansad.

El pensar en una muchacha bonita es remedio á muchas incomodidades. La magia del hermoso blanco rostro, y las palabras de invitación tan tentadoramente pronunciadas, fueron poderosas sobre nuestro héroe; así que, sobreponiéndose á la repugnancia que le inspirara el fétido lugar, sentóse y miró en derredor.

El suelo pavimentado con gigantescas losas descendía en declive hacia un rincón, y en el hueco que allí se formara había un charco de agua detenida, conmovida á intervalos regulares por las gotas que caían del techo. En otro rincón, donde el suelo estaba menos húmedo, aunque no había ni una pulgada en todo él libre de moho, una mecha encendida flotaba en un vaso de aceite, y á su luz vacilante los descostrones de la pared se destacaban como encolerizados ojos.

Algunos restos de míseros muebles roídos por la humedad yacían esparcidos en el suelo, y una olla suspendida de un garfio completaba el ajuar de la habitación.

Parecíale á Carlos imposible que un ser humano pudiese morar en aquel tugurio. Por curiosidad había él visitado calabozos, terribles aun para aquellos crueles tiempos, pero nunca vió nada que á esto se pareciese. La mística atmósfera era intolerable; apretábasele la garganta; todos sus nervios se crispaban dolorosamente, y la cabeza le daba vueltas. Y pensó en los terribles cuentos que había escuchado cuando niño, de cautivos llevados á la muerte en silenciosas bóvedas subterráneas. Él mismo había presenciado un auto de fe, é inmediatamente recordó todo lo que sabía de la Inquisición. Católicos fervientes habían cuidado de imprimir en su espíritu el fervor y la rectitud de sus procedimientos; pero aun las más terribles narraciones acerca del tremendo tribunal le parecían pequeñas é insignificantes ante la espantosa realidad que miraba. ¿Qué era aquello?

Mientras se perdía en tales confusas y temerosas especulaciones, la bruja alzó la luz del suelo, y acercándola á él, miróle á la cara larga y curiosamente.

—Así—murmuró finalmente—la pobre inglesa vieja está hablando al hijo del Rey de Inglaterra.

—¿Cómo habéis venido aquí?—preguntó Carlos, afectando un aire de indiferencia.—Y ¿quién sois?

—¡Oh!—replicó la vieja.—¡Es una historia larga, muy larga, muy larga! Vine aquí hace ya muchos años. Entonces era rica. Un embajador era mi amigo, y me quería bien. Dábame ricos trajes, y caballos, y coches, y lacayos de á pie, y en las fiestas públicas sentábame á su lado en su tribuna. Decían que no había en Madrid cabellos tan negros como los míos. Reyes me han amado, y un Emperador puesto de rodillas besó mis pies. ¡Ay de mí!—continuó, desgranando su voz en un lamento sordo.—¡Cuánto tiempo hace, cuánto tiempo hace! Entonces era rica; ahora soy pobre. Pero no importa. Envié esta tarde á pedir á mi Príncipe un pedazo de pan por caridad, y héle aquí que viene él mismo á mi socorro.

Diciendo esto rozóle las manos con sus flacos dedos, que parecían haber recogido toda la escalofriante humedad de las paredes de su alojamiento.

—¿De qué estáis hablando?—protestó Carlos.—No lo sé: me ha traído aquí una lindísima muchacha. ¿Dónde está?

—Aquí—replicó la bruja golpeándose el pecho y mirándole horriblemente.

—Basta de burlas—exclamó el Príncipe con enfado;—decidme la verdad y os socorreré.

—¡Burlas!—dijo la hechicera. — ¡Burlarme yo! ¡Ay, señor mío! Cuánto tiempo hace que pasaron las burlas para mí.

Y su vieja osamenta se conmovió en risa sepulcral.

—Juro que no he de socorremos—dijo el Príncipe— si no me dejáis hablar con ella, con vuestra nieta, si acaso lo es, como supongo.

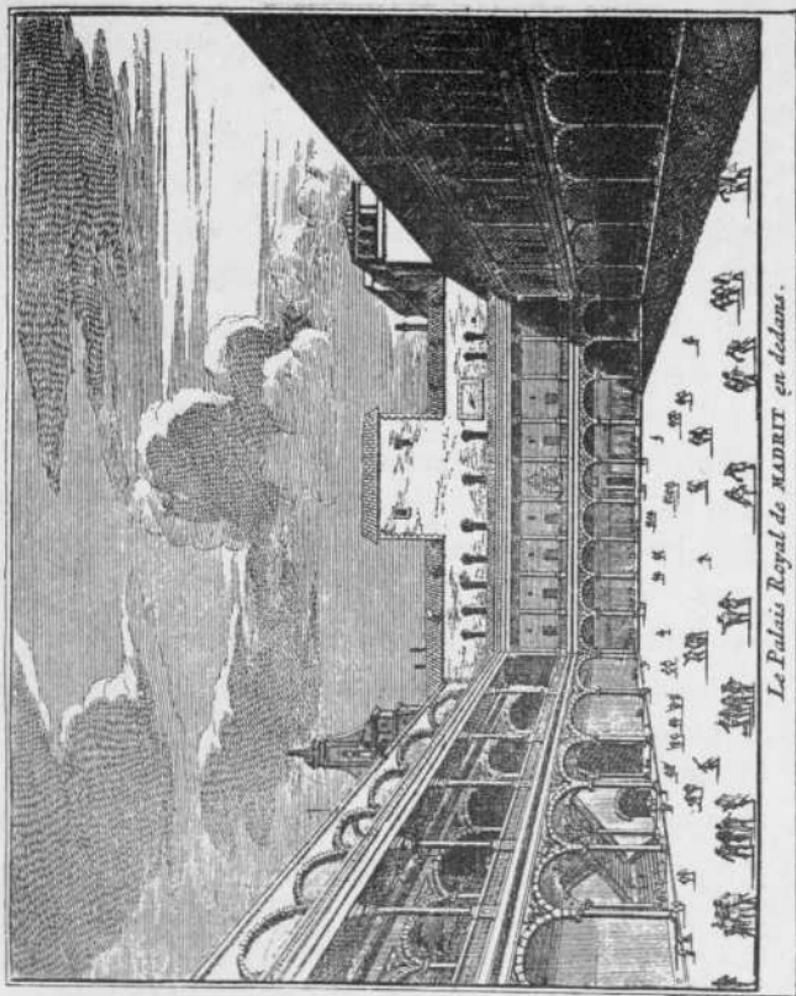
— ¡Mi nieta! — repitió como un eco la vieja. — ¡Mi nieta! ¡Yo abuela á los veintidós años! Miradme. *¡Soy yo misma!*

Y le lanzó otra mirada de macabra fascinación.

—Dejadme—dijo Carlos recelosamente.—No os entiendo: estáis loca.

Levantándose, dió algunos pasos hacia la puerta; pero la bruja hizo presa en su brazo y le obligó á volverse tan fácilmente como si hubiera él sido un niño.

—No se abrirá la puerta—dijo riéndose á carcajadas—ni para un Príncipe. Pero no importa. ¡Oh, no importa! Puedo olvidar. Vivo de limosna. Mis necesidades son pocas. ¿No queréis socorrerme?



Le Palais Royal de MADRID en dedans.

PATIO DEL ANTIGUO ALCÁZAR DE MADRID.

De un grabado antiguo.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

—¡Socorremos!—replicó Carlos, intentando alzar la voz, que se perdía en un débil y penoso murmullo.—¡Socorremos! Atravesaros;— y requirió la espada.

—No, Príncipe mío—respondió la bruja;—no, Príncipe mío; el acero no puede dañarme; ni el acero ni el fuego. Tres veces han querido quemarme en la Cruz Verde; pero la llama no prendió. ¿Así es que no queréis socorrerme?

Levantóse y abrió la puerta, y el aire fresco del corredor y de la calle entró. —Adiós entonces, Príncipe—dijo:—pero antes de marcharos—añadió con voz lisonjera, — probad al menos este vino; el *vino de las lágrimas*. —Y le ofreció una copa.

Carlos hubiera querido rehusar; pero una mirada de la bruja le dominó. Tomó el vaso, y bebió. El dulce y penetrante gusto del licor oprimióle apenas lo hubo probado, y una nube de visiones se suscitó en su cerebro: primero vaciló y sujetó ambas manos al banco; mas luego un estupor profundo le embargó, y sólo supo de sí mismo que estaba sentado, derecho, casi rígido.

—Carlos Estuardo—prosiguió la bruja, trocando sus suplicatorios lamentos en violentas y auto-

ritarias palabras, — te he llamado para decirte tu destino. Aquí está. Atiende.

La virtud del brevaje se hizo dueña de él. No podía hablar ni moverse; pero sus ojos y sus oídos oían y veían, y mil hechos de su indolente vida pasaron rápidamente ante él. Cada media hora malgastada le trajo su porción de remordimiento. Más de un pálido rostro de mujer llegó á mirarle con aire de reproche, y se desvaneció llorando. Oyóse conversando grosera y familiarmente con sirvientes y parásitos, bufones, y compañeros de taberna, gentes del ejército de su padre. Reconoció con vergüenza obscenas francachelas entre asesinos y truhanes, cómicos y prostitutas, pícaros y gentes de mal vivir, de todas clases y condiciones y el pensamiento de que un caballero de tan alto linaje hubiese caído tan bajo, le atormentaba amargamente. Hubiera dado su derecho á heredar la corona por llorar ó reír; pero la risa y las lágrimas estaban aherrojadas dentro de él. Y sola su conciencia permanecía libre.

—Carlos Estuardo—continuó su atormentadora:—sois un joven egoísta. ¿Queréis ahora socorrerme?

El Príncipe hubiera dado de buena gana todo el oro que llevaba consigo, pero sus manos pendían impotentes á sus costados, y su lengua estaba rígida y seca. No pudo pronunciar ni una palabra; y el tormento continuó.

Las primeras visiones se alejaron, y un lugar espacioso se presentó á su vista. Carlos le conocía bien: era Whitehall; un sol brillante espejeaba en las ventanas del palacio. Dos cuerpos de caballería con severos uniformes, desconocidos para él, estaban apostados en torno de la plaza, y el centro estaba ocupado por una guardia de alabarderos, varias compañías de infantería y una alta, casi vacía plataforma, colgada de negro. No era posible confundir la escena. Se trataba de una ejecución.

Cinco hombres estaban sobre el patíbulo, más dos oficiales con espadas desnudas. El verdugo y su ayudante, enmascarados, estaban junto al tajo, el primero apoyando en él un pie y sosteniendo descuidadamente el hacha. Un poco más allá, acompañada por dos personas, un obispo y un seglar, se encontraba la presunta víctima. Carlos no pudo reconocer el rostro del sentenciado porque estaba de espaldas; pero vió como colocaba un gorro sobre su cabeza y escondía sus bucles bajo

él; y los suaves rizos, cuando rebrillaron en el claro resplandor del sol, le parecieron tan oscuros como los suyos.

El fatal momento se acercaba sin duda. La víctima desabrochóse la capa y se la entregó al obispo, que la recibió y la dobló de rodillas con la frente inclinada. Un movimiento como el que corre sobre un campo de trigo cuando un soplo de aire roza las espigas, estremeció á las tropas y al populacho; el prelado, con un gesto solemne, movió los labios en oración. El otro acompañante volvióse y escondió el rostro con las manos, temblando con todo el cuerpo. El verdugo levantó el hacha. El más tranquilo de todos era la víctima, que no hizo un solo movimiento hasta que el obispo dejó de hablar, y entonces extendió las manos, rápida pero fuertemente...

De pronto un pañuelo rojo cayó de lo alto del patíbulo; filas de gente se empujaron queriendo adelantar para recoger la reliquia; pero mientras luchaban empujándose, la visión empezó á disiparse; el sacudimiento de la multitud se hizo más y más lánguido; soldados de á caballo y alabarderos se trocaron en sombras y desaparecieron; obispo, verdugo, ayudante, todo el triste espectáculo

se disipó completamente. Sólo el pañuelo permaneció en el suelo de la habitación.

—Cógele—dijo la bruja, tomándole la mano—guárdale; acuérdate. ¡Es el tuyo!

—¡Pardiez!—exclamó Carlos—Qué maldita pesadilla.

Estaba restregándose los ojos y desperezándose, cuando vió un objeto sobre sus rodillas. Y halló que era su pañuelo primorosamente bordado con su nombre bajo una corona hecha de hilo de oro y de plata y guarnecido con rico encaje.

Entonces retrocedió con espanto, porque estaba manchado con sangre recién vertida, aún tibia, que goteaba sobre el suelo.

—Cuando á su Real Alteza le plazca — dijo un chambelán, entrando á oscuras, — la mesa está servida. Su Majestad y milord de Buckingham están esperando en la escalera.

Pero aunque la Infanta, conmovida por la palidez de su rostro, le miró más bondadosamente, el Príncipe no tuvo apetito ni animación. Las más acaloradas palabras del joven rey Felipe no consiguieron excitar su interés ni evocar sus respuestas; y todos los infinitos manjares pasaron sin que el real visitante los probase.

EL ESCORIAL

Hace tres siglos, el terreno al Oeste y al Noroeste de Madrid estaba completamente desierto. Donde hay ahora confortables pueblecillos, con atildadas villas, tiendas y estaciones del ferrocarril, la meseta era entonces únicamente hollada por las ovejas ó recorrida por príncipes y nobles que en sus cacerías la atravesaban para llegar á lo alto del Guadarrama ó á los bosques cercanos de Segovia y Valladolid.

Hasta Ávila se extendía este desierto, rodeando la Sierra de Malagón, ramificación de la gran cordillera que sale de la masa principal, y descendiendo hasta convertirse cerca de la venerable ciudad en una planicie perfecta; pero en cierto lugar la Sierra, que no es de una elevación extraordinaria,

forma una cuenca de contornos casi regulares, y aquí, al borde mismo de la hondonada, existieron dos miserables chozas construídas con estacas y piedras y habitadas por pastores de cabras.

Camino, no le había; las chozas estaban rodeadas de fango; y cuando el viento era de tormenta, el viento huracanado silbaba libremente en sus grietas y la lluvia atravesaba el techo, empapando el desnudo suelo donde pastores y animales comían y dormían en amistosa compañía. La única virtud del lugar consistía en las aguas puras y abundantes que surgían de dos manantiales, llamados Blasco Sancho y Matalasfuentes.

Estas desoladas cabañas, sin embargo, permitíanse el lujo de ostentar un nombre. En las montañas circundantes había huellas de una antigua mina, y así de las piritas de hierro ó *escorias* que aún yacían desparramadas sobre la superficie en torno de ellas, las guaridas de los pastores tomaron el título de *El Escorial*.

Entonces España estaba gobernada por un soberano cuyo glacial carácter tenía mucho parecido con esta región desolada. El fausto y la sociedad le molestaban; causábale tedio la compañía de sus semejantes, y rehuía en todo tiempo mostrarse á

sus súbditos. Siempre que entre ellos aparecía era obligado por alguna gran festividad, y en el mismo instante en que los requisitos ceremoniales habían terminado, acogíase de nuevo á su amada soledad. De vez en cuando ejercitábase en el tiro de balles-
ta, pero más bien cumpliendo un deber principesco que por placentera distracción; cuidaba de que nadie le esperase ni atendiese cuando recorría sus vastos estados en partida de caza; y cuando paseaba en coche iban las cortinas corridas, para librarle de la curiosidad de los que pasaban.

Tal era Felipe II. De todos los sentimientos que inspiró, sin duda fué el temor el más intenso. El terror que las gentes experimentaban al hablarle nos hace reir hoy, pero convienen, los que lo atestiguan, en haber experimentado á un tiempo malestar y turbación, y no sólo pobres gentes del campo ó soldados; elocuentes y bien templados embajadores enronquecieron y temblaron en su glacial presencia.—Sosegaos—decía su majestad, sonriendo acaso interiormente, al sobresalto que su placidez causaba; y la palabra *sosegaos* debía llevar un énfasis medio sibilante, medio sonoro, y siempre causador de desconcierto. Sus oyentes se tornaban más pálidos y más trémulos. Y, después

de todo, ¿qué había en el Rey para hacerles temblar?

Ese es el misterio. Así como nos estremecemos al pasar de un calor caricioso á un ambiente frío, así debían estremecerse los hombres al ponerse en presencia de Felipe II. No era alto ni grueso y sus modales no eran desagradables. Escritores amigos de fantasear hánle atribuído «boca fruncida é imperiosa y despreciativa mirada». Su mirar, sin embargo, aunque extraordinariamente tranquilo, hasta cuando estaba encolerizado, no era despreciativo. Pero este real anacoreta pudo aparentar haber desconocido siempre todo sentimiento de blandura, ó al menos haberle para siempre abandonado. Fascinaba por la insistencia repentina é impasible de su mirada. Esta habilidad es rara y peregrina, y adquiere con el uso constante virtud casi mágica, y de hecho protegió á Felipe contra varios fanáticos extranjeros y españoles que intentaron asesinarle, y cuyos planes pudo contrarrestar con astucia y prontamente, cogiendo á los conspiradores en sus propias redes, observando esta máxima:

*Lex nec justior ulla est,
quam necis artifices arte perire sua.*

Su carácter no era ni bajo ni brutal: llevó vida sencilla; fué modesto y frugal en su vestido y en su mesa. Sus criados le hallaron liberal, razonable y paciente, y con sus hijos fué cariñoso y cordial. No gustó de tratar con sus súbditos, pero fué justo para ellos, y Calderón en su *Alcalde de Zalamea* ha dejado una pintura verdadera de la rectitud con que amparó siempre el derecho. Una crónica de su reino, bien conocida, declara que si algún pleitante ó defensor intentaba acudir al rey, toda la curia se llenaba de pánico. En un pleito que atañía á sus propios intereses, Felipe ordenó á los magistrados «que en caso de duda, fallasen contra él». No debemos olvidar su respuesta á un magistrado de Valladolid, que en un besamanos preguntó al Rey de qué modo le complacería más:—Haciendo justicia—respondió Felipe,—para ello os he nombrado.

No existía para él distinción de personas: merecíale el pobre casi mejor acogida que el rico; porque es fase notable en el carácter de Felipe II el haber siempre tratado con señalada generosidad á los humildes que se pusieron en contacto con él.

En materia de religión, su piedad, aunque austera y meticulosa, era incontestablemente real. Su

muerte fué admirable. Pocos hombres han muerto tan valiente y resignadamente; en pocos la agonía ha sido tan cruel y tan larga.

Tal fué el fundador de El Escorial; y sobre El Escorial parece aún cernerse en todo tiempo lo lúgubre de su singular naturaleza. Su memoria acude constantemente á cuantos visitan este templo extraordinario. Seguramente no hay defensa que sea capaz de hacer atractiva ó popular su figura; pero la ilustración de nuestra época, que nos permite prescindir de los prejuicios religiosos que no son ó no deben ser como en aquel tiempo insuperables, nos obliga á considerarle imparcialmente.

En el verano de 1559,—Felipe estaba entonces en Flandes,—encomendó la regencia de dicho reino á su hermana Margarita de Parma, y embarcándose en Gante, desembarcó en Agosto, después de un borrascoso viaje, en el puerto español de Laredo, situado entre Bilbao y Santander. De allí marchó á Madrid, á donde trasladó la corte desde Valladolid. Los asuntos de España estaban por entonces lo bastante embrollados para merecer la atención minuciosa de su soberano; pero el pensamiento de Felipe estaba absorto en otra parte. Los

deberes religiosos, ó los que él tenía por tales, eran siempre objeto primordial de su cuidado, y precisamente en estos momentos estaba intentando llevar á cabo un glorioso, fructífero y ambicioso proyecto, digno de un soberano católico, y cuya pronta ejecución, ostentando ante el mundo la fortaleza de su piedad, había de asegurarle paz con Dios y con el clero. Este proyecto consistía en la erección de un trofeo arquitectónico de triple carácter. Serviría para guardar las cenizas de su padre y su madre, para conmemorar la victoria de San Quintín, y para proporcionarle retiro donde huir cuando así le conviniese de la bulliciosa capital, sepultándose en la oración y meditación aunque dirigiendo en lo inevitable los negocios de su vasto dominio.

Había tenido hasta entonces la costumbre de pasar todos los años la Semana Santa en un lugar llamado Guisando, en el corazón de la elevada sierra de Gredos, donde había un convento de Jerónimos (su orden favorita). Había decidido, sin embargo, que su nuevo monumento y templo no se erigiese en aquellos contornos. Aunque hoy día, con los actuales medios de locomoción, Guisando no está á muchas horas de Madrid, era entonces

una jornada demasiado larga; allí los materiales de construcción eran escasos, y existían además otros inconvenientes de carácter local. Las mismas dificultades había en Aranjuez y Segovia. De hecho el Rey estaba perplejo en la elección del sitio, entre el valle del Manzanares ó el Sur del Guadarrama, cuando le hablaron del lugar ya entonces llamado El Escorial.

Era á fin del otoño de 1561, cuando nombró una comisión que examinase definitivamente El Escorial y le diese cuenta de si convenía ó no á sus propósitos. En Noviembre de dicho año, cinco enviados celebraron una reunión en el pueblecillo de Guadarrama. Eran Pedro de Hoyo, secretario de S. M.; Juan Bautista de Toledo, hombre de literatura y ciencia (presunto arquitecto del nuevo edificio) Juan de Huete y Juan de Colmenar, frailes, y Gutiérrez de León, prior del convento de San Jerónimo en Madrid. En la mañana del día en que se celebró la reunión, fueron obedeciendo los deseos del Rey á visitar El Escorial; cuestión de 10 ó 12 millas.—Todos—dice Sigüenza, que es el cronista de la jornada—estaban de excelente humor.

Probablemente un trago antes de marchar, había confortado sus corazones y desatado sus len-

guas. Acaso la posadera era joven y bonita. Un buen canasto de provisiones pudo muy bien acompañarles en las alforjas de una mula junto con una ó dos botas de buen vino; y seguramente la sutileza del aire serrano arreboló la sangre en sus mejillas y estimuló sobremanera su apetito.

Pero, ¡ay! no bien se habían acercado al lugar de su destino, y estaban subiendo las pendientes que conducen al sitio donde hoy se halla el Monasterio, el tiempo cambió de pronto. El cielo que había estado despejado, aunque frío, nublóse terriblemente; alzóse el viento con increíble rapidez y estalló la tormenta con toda la violencia y el tumulto de un huracán tropical; justo es decir que los caminantes no pensaron en volverse atrás; continuaron adelantando. El digno Sigüenza narra la aventura con su acostumbrada prolijidad.—Varios — dice — han conjeturado razonablemente de este huracán y de otros que se suscitaron en subsiguientes ocasiones... cuán gravemente molestaba al demonio la edificación de aquello, que como poderosa fortaleza había de hacerle guerra tan terrible.—Y el padre Colmenar, que era uno de los intrépidos expedicionistas, de hecho capitán ó comandante del escuadrón, fué afortunadamente del

mismo parecer; porque alzando la voz, exclamó: — La tempestad es provocada por Satanás para hacernos desmayar en nuestro propósito, ó para engañarnos; pero poco ha de aprovecharle; jade-lante y abandonémosle á su malicia! — En esto el temporal calmó, amenguó el viento y los viajeros llegaron al fin de su camino sin más tropiezo. El sitio fué examinado y dado por bueno, toda vez que era bastante llano y poseía los manantiales de que ya he hablado, así como madera y piedra á conveniente distancia: y sin duda, tomada buena nota de todo, y sacado el cesto de las alforjas, más de un brindis se oyó y se contó más de un regocijado cuento, antes que el sol de invierno se hubiese hundido tras de la sierra, y los visitantes hubiesen emprendido de nuevo el camino hacia Guada-rrama.

Dos otoños después, el aspecto de la desolada comarca se había transformado por completo. Las cabañas de los pastores habían sido sustituidas por una serie de edificaciones provisionales, pero seguras, limpias y secas. Por orden del rey, una de ellas se había destinado á hospital para los obreros enfermos ó heridos. El terreno sobre el cual había de edificarse el Monasterio, fué desmontado y alla-

nado por miles y miles de obreros atareados como hormigas. Ayudaron á Bautista en la colosal tarea, Herrera, arquitecto no menos famoso, y Villacastín, hermano lego de la orden. El maestro carpintero fué Giuseppe Flecha, italiano; el maestro albañil, Pedro de Tolosa: y bajo su dirección, los pinares de Navalunga y Balsain resonaron con la música del hacha y de la sierra, y las canteras de la montaña, al golpe de cincel de los canteros.

Juan de Herrera, aunque no el primero, ni el único, sí el principal arquitecto de El Escorial, fué un digno español, que bien merece una breve noticia biográfica. Perteneció á una familia noble, y nació se cree en 1530, en Mobellán, Asturias. Poco se sabe de sus primeros años, aunque Ceán Bermúdez ha ampliado un tanto las investigaciones poco afortunadas de Cabrera y Llaguno. Ceán supone, fundándose en detalles descubiertos por él, que Herrera estudió *literae humaniores* y Filosofía en Valladolid, hasta 1540, año en que acompañó á Felipe en su visita al Emperador Carlos, en Flandes; que después de tres años de residencia en Bruselas, volvió á España el joven estudiante, alistándose voluntariamente en el ejército del Piamonte

en 1553; que pasó una vez más á Flandes, y que acompañó á Carlos en su retiro de Yuste hasta la muerte del Emperador en 1558.

Herrera tuvo la suerte de ser discípulo y ayudante de arquitecto tan hábil como Juan Bautista de Toledo. Sus ideales artísticos armonizaban por completo: y sin duda por esta razón á la muerte de Toledo en 1567, Herrera fué encargado por Felipe II de continuar el inmenso edificio en el mismo espíritu que su predecesor. Y es significativa muestra del carácter desconfiado del Rey, que la misión así otorgada á Herrera, no se confirmó de momento por ninguna garantía real: su salario, harto escaso, no se aumentó ni en un solo ducado hasta diez años después.

Herrera concibió el plan de labrar en las mismas canteras la piedra destinada á la iglesia del Escorial, fundando su idea en el procedimiento análogo de la antigüedad. Halló la innovación gran resistencia por parte de los trabajadores, que alegaron que las canteras, expuestas á todas las inclemencias del tiempo, estaban desprovistas de fraguas para hacer y reparar los instrumentos, de los aparatos necesarios para perfeccionar la labor de la piedra, y otras objeciones. Pero Felipe, en-

tusiasta por el progreso de su amado proyecto, ordenó que se hiciese la prueba, y quedó satisfecho de ella. Como el arquitecto había deseado, la piedra se labró en las canteras, que fueron provistas con las fraguas y talleres necesarios, y Llaguno afirma que se hubiesen necesitado veinte años empleando los métodos ordinarios, para llevar á cabo la labor que se realizó en menos de seis.

Excepto el hundimiento, presto remediado, de un pilar de la iglesia, la obra de Herrera fué un éxito completo. Alzóse la cruz sobre la cúpula el 25 de Junio de 1582; y en Septiembre de 1584 colocóse la última piedra del edificio, en la cornisa del Patio de los Reyes, á presencia del Rey, sus cortesanos, Juan de Herrera y Juan Antonio de Villacastín.

Desde hacía algún tiempo, la paga del arquitecto era más liberal. En Febrero de 1577 su salario aumentó por real orden desde doscientos cincuenta ducados á ochocientos, con más alojamiento y asistencia médica. Más tarde fué propuesto Herrera á un importante destino en la corte, y sus ochocientos ducados de sueldo se convirtieron en una anualidad de mil, procedentes de las salinas de Cuenca.

Murió en Enero de 1597; y los relatos de sus contemporáneos, así como sus propias cartas, muéstranle como gentilhombre de excelentes y nobles cualidades, modesto á pesar de su genio, diligente y fiel en el servicio de su Rey, cuidadoso de sus propios sirvientes. Su testamento, hecho en 1584, cuando su hija y heredera, Laurencia, contaba «veinte días, poco más ó menos,» hace repetida referencia á sus discípulos ó domésticos: á Próspero, su paje; á Isabel de Rueda, nodriza de su hija Laurencia, y á un lacayito «un *flamenco* que cuida de mi caballo.» Para todos había un legado ó una palabra de recomendación al Rey.

Volviendo al Escorial. A despecho de la magnificencia de su designio, y de la actividad con que se llevó á cabo su construcción, pronto adquirió entre el pueblo nombre aborrecido. Murmurábase que aquel lugar estaba seguramente maldito; porque ¿cómo podría agradar al Todopoderoso tan desmedido gasto de dinero, arrancado á los pueblos hambrientos? Hasta el aire era impío en los alrededores de El Escorial, lleno como estaba con los juramentos de los trabajadores, y las obscenidades blasfemas de las cortesanas que á miles habían venido de Madrid en seguimiento suyo.

Tales murmuraciones de los mal contentos llegaron á oídos del Rey, el cual temió un incendio intencional, y puso un guarda al edificio en construcción.

Pero á la media noche del 21 de Junio de 1577, el rayo del Señor, burlando esta débil defensa, incendió la torre occidental, fundiendo once campanas y envolviendo en llamas el campanario: el incendio no pudo extinguirse antes del amanecer, aunque se sacaron en procesión solemne varios huesos y otras reliquias de santos.

De aquel tiempo data asimismo la historia del duende de El Escorial. Empezó á susurrarse que alguien había visto un misterioso perro negro que de noche subía y bajaba por los andamios, saltando de tabla en tabla y lanzando una serie de gritos capaces de helar la sangre en las venas del más osado.

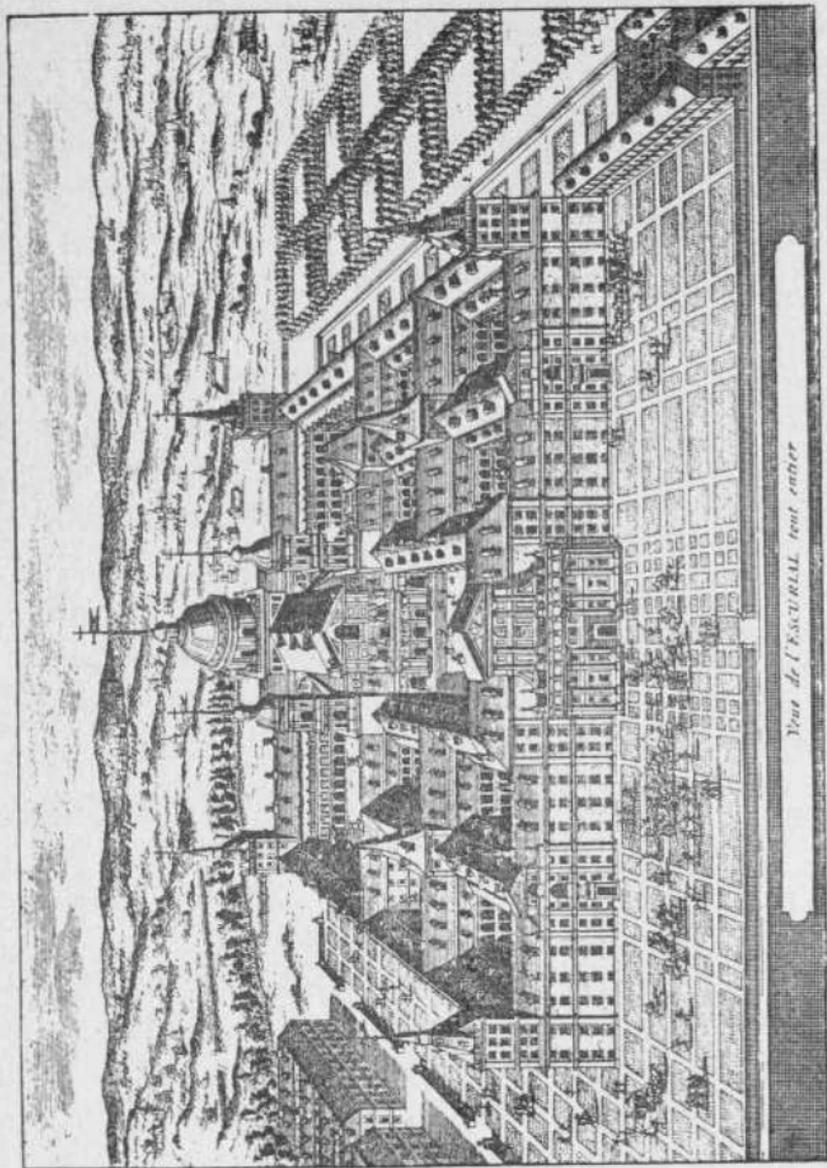
Adquirió el rumor popularidad, hasta que el perro negro de San Lorenzo llegó á ser poco menos que una institución: y aún condescendía en mostrarse con más frecuencia. Varios testigos declararon que cuando la luna «adelantaba iluminando los bordes de una nube larga», le habían visto claramente delineado en el cielo, con el pelo eri-

zado y los ojos, según el símil consagrado, como áscuas.

Cierto es que en ocasión subsiguiente, los frailes, estando una noche cantando maitines, fueron distraídos por caninos ahullidos y lamentaciones, que procedían ó parecían proceder de una pared cercana: y tanto perduró la causa de la distracción, que dos de los monjes se dirigieron al lugar *fons et origo* de los ruidos: y allí descubrieron y apresaron un infeliz sabueso negro, flaco como un alambre y manso como un cordero, perteneciente al Marqués de las Navas, cuya ausencia plañía. Entonces, alcanzando la bravura de los monjes proporciones truculentas, colgaron su malaventurado nocturno enemigo de la balaustrada del claustro: aunque evidentemente merecía haber tenido fin *en el cadalso*.

No menos extraordinarias fueron las aventuras de Fernando de Valenzuela, Marqués de Villasierra, que cayó del poder como favorito de Carlos II, y fué perseguido por el vengativo D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV.

Como ha observado Macaulay, Carlos, aunque corto de entendimiento, no estaba desprovisto de arranques dignos de alabanza. En Diciembre de



Vue de l'Escorial tout entier

EL ESCORIAL EN EL SÍGLO XVIII.

De un grabado de la época.

1676 mandó á buscar al Prior de El Escorial, Marcos de Herrera, hombre de liberal y sana inteligencia y de muchas virtudes privadas.—Necesito—dijo el Rey—que acompañéis á Valenzuela al Escorial y le salvéis.— Y apoyó la súplica «porque era más propio del carácter de Carlos suplicar que mandar» con una carta autógrafa al mismo efecto.

Acompañando al noble fugitivo el digno Prior, púsose al punto en marcha y llegó felizmente al Monasterio. Allí permaneció el perseguido un mes justo en paz. Transcurrido este tiempo, llegaron á las puertas del convento quinientos hombres de á caballo, mandados por el Duque de Medinasidonia. Acompañaba al Duque Antonio de Toledo, tan implacable como el mismo D. Juan de Austria en sus sentimientos de venganza hacia el caído favorito.

Los recién llegados reclamaron la persona de Valenzuela. El leal Herrera respondió con una rotunda negativa; é inmediatamente la soldadesca cercó el edificio, discutiéronse condiciones y se acordó una entrevista entre Medinasidonia y Antonio de Toledo por una parte, y Valenzuela por otra. La reunión se efectuó en la capilla del Mo-

nasterio, en presencia del prior y de toda la Comunidad; pero las puertas se cerraron y se impidió la entrada á los soldados. El Duque se mostró en cierto modo amable con su presa; pero entre este último y Toledo se cruzaron ásperas palabras, aunque en otros tiempos Valenzuela había tenido para con su actual enemigo no pocas bondades. La conferencia no resolvió nada. Los partidarios de D. Juan de Austria se retiraron, y el Marqués, ayudado por los monjes, volvió á refugiarse en el interior del Monasterio.

Ocultósele detrás de la iglesia, en un lugar que está encima de las habitaciones reales, donde había un lecho preparado para él. Proveyósele de abundante alimento. Poco después el prior, hostigado por el vandalismo de los asaltantes, vióse obligado á lanzar contra el Duque, D. Antonio y todos sus subordinados, la terrible sentencia de excomunió*n á mata-candelas*; y desde aquel instante hasta que el tremendo anatema fué levantado por concesión especial de Roma, no se celebró dentro de aquellos muros consagrados ningún acto piadoso.

Entre tanto los perseguidores exploraban el enorme edificio; no obstante, si Valenzuela hubie-

ra permanecido en su encierro, es posible que no se le hubiera descubierto, en mucho tiempo al menos; porque una persona cuidadosamente escondida en El Escorial es tan difícil de encontrar como la proverbial aguja en el montón de heno tan alto como el monte Everest. Pero su temor aceleró su ruina. Desde su encierro podía oír las voces de los soldados, que le llenaban de espanto; y así determinó intentar escaparse, y haciendo escala de las sábanas de su cama se descolgó al claustro; fué á caer sobre un centinela que le reconoció. El aspecto lamentable de Valenzuela le movió á piedad.— Andad — dijo — y que Dios os proteja. La contraseña es «Bruselas».

Pero Valenzuela, loco de miedo, corrió á su propia pérdida. Llegó á uno de los dormitorios de los frailes y abrió la puerta. Los cuatro monjes que le ocupaban le llevaron apresuradamente á la biblioteca, y le escondieron en una hornacina, ocultándole con un cuadro; pero un criado le descubrió, y fué apresado y llevado por orden de don Juan de Austria al Castillo de Consuegra. Por último, desterráronle á las Filipinas y luego á Méjico, donde murió en la desgracia, abandonado y pobre.

Su esposa, María de Uceda, que le amaba tiernamente, compartió su desgracia, pero no su destierro. La pérdida de su marido la privó de razón. Vivió varios años, ó, por mejor decir, se consumió en Talavera de la Reina; de allí pasó á Madrid, donde fué conocida por «la loca de Leganitos» y murió como su marido en triste miseria.

Más de un siglo después, en la tarde del 29 de Octubre de 1807, un joven, ricamente vestido, estaba escribiendo en una habitación pequeña de El Escorial. Una puerta se abrió de pronto, y un caballero entró furtivamente y se quedó en pie detrás del que escribía. Las condecoraciones que el intruso llevaba en el pecho decían que era un personaje de alta calidad; pero su aspecto era vulgar, su rostro rojo y fofo, su figura corpulenta y sin dignidad.

Después de esperar silenciosamente algunos momentos, sin que el otro advirtiese su presencia, lanzó una exclamación. Fernando, Príncipe de Asturias y heredero del trono de España, que éste era el que escribía, se puso en pie apresuradamente, y extendiendo las manos como para ocultar lo que estaba escribiendo, volvió el rostro pálido y tembloroso á su padre.

—Fernando—dijo Carlos IV—dame esos papeles.

Y viendo que el joven no parecía dispuesto á obedecerle, apoderóse de ellos, mirando fijamente á su hijo, mientras lo hacía.

—Quédate aquí—continuó—hasta que yo te avise. Estás arrestado.

—Señor—tartamudeó, cubriéndose el rostro con las manos y rompiendo en sollozos—¿por qué?

Pero su padre, llevándose los misteriosos papeles, había tranquilamente salido de la estancia cerrando la puerta.

Existe un procedimiento aun hoy día harto familiar en España, por el cual un delincuente de gran posición puede, merced á su influencia y á su dinero, acallar todas las lenguas, incluso la del juez. A esto se llama *echar tierra* al asunto; y esto es precisamente lo que se hizo con los pliegos, escritos en cifra, que el rey descubrió en la habitación del Príncipe. En un principio prodújose una inmensa conmoción. Fernando, escoltado por doce individuos de la guardia real, fué conducido á una estrecha celda, con centinelas á la puerta. Varios de los principales funcionarios de la corte fueron llamados á cónclave secreto en las habitaciones de la

reina; y se sabe que María Luisa pidió que su hijo fuera prontamente ejecutado.

Pero no hubo ejecución; no hubo castigo para el delincuente, si acaso lo era; ni siquiera proceso digno de tal nombre; unos cuantos compañeros del príncipe fueron encarcelados. Tal es generalmente el habitual paradero de estas causas sobre las cuales se *echa tierra*. A principios de Noviembre, Fernando estaba en libertad; al día siguiente salió á paseo en coche, y recibió del pueblo «una inmensa ovación». La tierra estaba echada. Tal fué el famoso *Proceso de El Escorial*.

Yo sería el último en condenar esta actitud de los españoles para con su amado príncipe; pero hay un punto que siempre me ha movido á curiosidad. ¿Qué eran los papeles que estaba escribiendo? ¿Hallóse clave para la cifra? Y si así fué ¿qué se averiguó en ellos? Porque seguramente el pueblo español tiene derecho á saber esto.

ALCALÁ DE HENARES

Hace algunos años, el novelista y dramaturgo español Benito Pérez Galdós visitaba la cuna del más ilustre de nuestros poetas, y encarnaba sus impresiones en un encantador estudio: «La Casa de Shakespeare.» En muchas ocasiones el mismo autor ha expresado su respeto hacia la literatura y las instituciones británicas. No puede sorprendernos, por consiguiente, encontrarle hablando con aprecio y aun con entusiasmo de los objetos consagrados, de las tradiciones unidas á la memoria de nuestros grandes hombres y hasta de la vida inglesa en general; del trato en las posadas, de la limpieza de las calles y de la comfortable solidez de las casas inglesas. Ciertamente que se halla un poco desconcertado en el *Bradshaw*, y que deplora siempre con la

mayor benevolencia el tumulto de la estación de Birmingham; los andenes invadidos por la multitud, el babel de voces y los mil y un impedimentos para encontrar algo, para ir á cualquier parte, que generalmente experimenta el viajero en cualquier país. Pero hombres con el talento y la jovialidad de Pérez Galdós han nacido para conquistar mundos. Al fin consigue su billete para Stratford; y entonces, con una indulgencia verdaderamente cristiana, murmura, no lo que yo supongo que habría de escaparse en circunstancias análogas de labios de muchos compatriotas míos, sino un «¡Gracias á Dios!», porque se acabaron dudas y preguntas.

Con semejante espíritu de curiosidad, mezclada con algo de culto, visité yo la cuna de aquel á quien pudiéramos llamar en varios sentidos el Shakespeare de España, Miguel de Cervantes. Mis dificultades de locomoción fueron infinitamente menores que las del Sr. Galdós, porque Alcalá de Henares está casi á las puertas de la capital. La Estación del Mediodía, á la temprana hora de mi entrada en ella, llegaba en su tranquilidad á la monotonía, y así continuó mientras en ella permanecí. Era en los días bochornosos de Agosto, y ya, poco después

de las siete, el sol triunfaba con fiereza en los cielos y levantaba ampollas en el barniz de los coches. Bajo los rayos, todas las hojas, no movidas ni por un soplo de aire, proyectaban sus sombras rígidas y azuladas sobre el suelo abrasado. Soñolientos, con los ojos cerrados, algunos asnos, verdaderos sonámbulos de la polvorienta carretera, intentaban lanzar una ojeada al paso del tren, que iba traqueteando pesadamente, arrastrando á unos cuantos mercaderes bostezantes y adormilados; y los arrieros, agachados bajo sus alforjas, parecían cómplices de aquella asinina somnolencia. Nadie más, nada más se veía; sólo en una tras otra de las melancólicas estaciones, algún que otro rústico bajaba ó subía sin apresurarse; y un empleado, con su ronco «Señores viajeros, al tren» y el son de una campana, nos lanzaba de nuevo al desierto. Y así transcurrieron unas dos horas hasta que llegamos á la Stratford de Cervantes.

Como la Stratford inglesa, es ésta una ciudad pequeña y limpia. Como la Stratford inglesa, está bañada por un río, el Henares, el Avón de Alcalá. Las calles son anchas; hay varias plazas, y desde cualquier parte que se mire al fin de avenidas agradablemente sombreadas, vislúmbrase el campo

abierto, rico en dorada mies, bien cultivada. Hay dos ó tres iglesias, y otros tantos conventos; pero excepto la antigua Universidad, no hay mucho que admirar en punto á Arquitectura. A espaldas de la ciudad, álzase una línea de rojizas colinas, y no lejos de su pie fluye el Henares entre espesuras.

Y aquí fué la infancia de Cervantes; del atormentado, vagamundo, soldado, cautivo...

Los principales objetos de mi visita eran la partida de bautismo de Cervantes, y la Universidad, en otro tiempo tan conocida y orgullosa como la que más, ahora abandonada; pero tal es mi pasión por el campo, que las colinas y las espesuras prontamente me desviaron de mi propósito, y era ya cerca de mediodía cuando empecé á volver sobre mis pasos. El Henares, según pude advertir entonces, es bastante caudaloso para permitirse el lujo de un molino de agua situado en la confluencia de dos de sus brazos.

El aire vibra con el estruendo de la rueda y las aguas batidas corren con turbulencia en kaleidoscópicos remolinos, estrechándose no mucho más allá en plácido y claro arroyuelo, en cuya orilla se ven lavanderas arrodilladas.

Llegado que hube á las afueras de la ciudad, entré en una taberna y pedí una copa de tinto. El tabernero me la trajo fresquísimá de una cueva oscura y honda. Un olor no del todo desagradable á pellejos de vino llenaba la estancia, y excepto el mostrador con su fila de vasos nada recordaba un establecimiento inglés de la misma índole; no hay camarera, incentivo á excesos, que la templada y casta Península suprime; no hay tampoco sirviente varón, *chucker-out*, con las mangas de la camisa remangadas por encima del codo; ni discutidores políticos, ni cacofónicos términos de encarecimiento de los que están en uso entre mis compatriotas británicos.

Unicamente algunos segadores en un banco, sorbiendo frugalmente su módica ración de vino, los cuales con el grave porte peculiar á todo buen castellano, me saludaron y volvieron á sus faenas agrícolas.

Seguílos, arrostrando el sol. Quemábame ahora, aunque con honrada y vigorizante irradiación, pareciendo inyectarme en las venas, no fiebre, sino vida.

Una calle vacía condújome á otra y á otra. Muchas de las casas, aunque no sucias, tenían una es-

pecie de costra, un aspecto fosilizado, y aquí y allá una iglesia ó un convento alzábanse arrogantes sobre el nivel de sus paredes blanqueadas, y me servían de indicadores. Así, tratando de identificarme con Alcalá, la venerable *Complutum* de los romanos, la Guad-al-calá de los moros, fuí vagando pensativamente á través de sus calles, las calles Mayor, de Nebrija, de Santa Ursula y de Cervantes, y ocupado el espíritu por extrañas asociaciones de ideas, encontréme al cabo frente á la Universidad.

La fachada, considerada como notable muestra del refinado y aun florido estilo plateresco, levántase á uno de los costados de una empedrada plaza, en otro tiempo llena de alegre ruído con el paso y las voces de miles de estudiantes, hoy imagen de la desolación. Una fuente rodeada por veinte ó treinta pilares rotos fluye tétricamente en el centro, y una hilera de pilares semejantes se extiende á los lados de un paseo enlosado, cubierto de hierba y de malezas, al pie de los muros de la Universidad. La puerta principal da paso al primer patio, donde la hierba ha tapizado también el liso pavimento como invitando al visitante á hollar con reverente silencio este sepulcro de la enseñanza es-

pañola; y el segundo patio y el tercero se ven á través de sus arcos de entrada exactamente fronteros al pórtico principal. El patio tercero y más importante, el famoso *Trilingüe*, con una fuente, ha largo tiempo seca, en el centro, es de trazado hermoso y regular, aunque más pequeño que los otros, y tan cruelmente abandonado á la ruina como ellos; la hierba brota en cada descostrón y en cada columna del pórtico. A la derecha de la entrada está el histórico Paraninfo. En frente de la puerta está la tribuna de los examinadores, especie de triple púlpito empotrado en la pared, montado sobre varios escalones; la talla está brillantemente pintada y dorada. Algunos sacerdotes, que utilizan parte del edificio para escuela de niños, pretenden haberle restaurado; pero yo advertí por todas partes negligencia y mohó. Los muros del Paraninfo han sido cubiertos con papel vulgar y sostienen de trecho en trecho etiquetas semejantes á las que se ven en los tarros de las boticas, que rememoran á los más notables de entre los *alumni Complutenses* de pasadas centurias.

Imposible imaginar más triste espectáculo. En el piso alto una galería rodea el ruinoso Paraninfo, y hay á la misma altura otra galería exterior

que da al patio; pero su pavimento y las escaleras que á ella conducen están casi completamente en ruinas. ¡Cuántos desvanes y cuantos establos están mejor cuidados que estas inapreciables reliquias de una institución docente, próspera y orgullosa.

A un lado de la entrada principal, y después de atravesar lo que en otro tiempo acaso fuera otro patio, pero que ahora es un desierto lleno de maleza, está la iglesia de la Universidad. Es, de todo lo que vi, lo único que está en relativo estado de conservación; el interior es estrecho y oscuro, pero el techo esculpido es soberbio, lo mismo que el púlpito y el coro alto; y las paredes sostienen tablillas de mármol en memoria de antiguos escolares.

Cisneros colocó la primera piedra de esta Universidad el 14 de Marzo de 1500, é inauguró el edificio en 24 de Julio de 1508. Minuciosa relación de sus primeros tiempos es el *Rebus Gestis* de Alvar Gómez publicado en 1569. Entre otras muchas interesantes noticias nos cuenta cómo las vestimentas de los estudiantes eran de paño color de ante con sobaqueras, caperuza y alto gorro cuadrado.

«Dos ordenanzas— dice Prescott, refiriéndose al Cardenal—pueden mencionarse como característi-

cos de este hombre. Una, que el sueldo del profesor habría de regularse por el número de discípulos; otra, que todos los profesores habrían de reelegirse cada cuatro años. Era imposible que ningún servidor de Ximenez se durmiese en su puesto.»

Pero el historiador americano omitió recordar que eran los mismos estudiantes los que gozaban el privilegio de reelegir á los profesores, y se equivocó totalmente al afirmar que ningún servidor de Ximenez podía dormirse en su puesto. Al establecer sistema tan peregrino para la reelección de catedráticos, Cisneros cometió un error manifiesto, porque naturalmente, el principal afán de los profesores consistía en congraciarse con los estudiantes y en adquirir popularidad personal, cosas ambas sin relación ninguna con sus deberes profesionales. «La severidad del maestro estaba en pugna con sus intereses privados, y asimismo con los de la Universidad, cuya prosperidad dependía de la afluencia de estudiantes, viniesen de donde viniesen» (1).

Eran frecuentes las dificultades y disputas con los arzobispos de Toledo, así como los tumultos,

(1) *Heraldo de Madrid*, Marzo 14, 1900.

muy parecidos á los alborotos de la *villa* y la *facultad* en Oxford y Cambridge. En una ocasión los estudiantes españoles libertaron á un asesino á quien conducían al cadalso en el día de los Santos, por considerar tal procedimiento contrario á las costumbres cristianas: otro día azotaron, casi á la vista del monarca, á los bufones de Fernando el Católico; y aun otra vez, una cuestión de faldas impulsó á la *villa* y á la *facultad* á unirse en plenitud de fuerzas con sus respectivos gritos de «favor al colegio» y «favor á la villa,» y un fraile, haciendo honda de su pañuelo, lanzó una piedra tan certera contra el pecho de un herrero llamado Ramírez, que le dejó muerto en el acto (1).

La prosperidad de la Universidad fué como un meteoro, luminosa, pero fugitiva. Los reinados guerreros de Carlos I y Felipe II fueron desfavorables á la enseñanza, ó al menos á la enseñanza secular: fuélo aún más el siglo xvii con su indolencia sin límites y sus vicios, y la reforma lánguida iniciada por los Borbones más concordaba con las instituciones extranjeras que con las nacionales. Así, esta ciudad pequeña empezó á languidecer

(1) *Heraldo de Madrid*, Marzo 14, 1900.

cuando apenas había transcurrido un siglo desde la muerte de Cisneros. Durante varios años permanecieron sus restos en Alcalá, pero manos locas ó envidiosas los trasladaron á la capital.

La guerra civil causó después estragos; y el hermoso edificio que tanto amó Ximenez se vendió por vil precio á vándalos, que hicieron establo para sus animales dentro de aquellas venerables murallas, amparadoras de la infancia de Mariana, Covarrubias y Quevedo, y donde descansaron los restos de los más nobles de sus escolares, los restos de Gumiel y Vallés, Diego López y Pedro Coronel.

Mi excursión siguiente, mientras meditaba sobre la negligencia de España para con sus más espléndidos monumentos, fué en busca del párroco de la iglesia de Santa María. Tras muchas preguntas, descubrí primero la calle en que estaba la casa parroquial y después la casa misma, no de mejor aspecto que las demás de la calle. Llamé. Desde el piso de arriba tiraron por dentro de una cuerda y la puerta se entreabrió: empujéla; entré; subí las escaleras. Hallé una puerta, y volví á llamar. Abrióme una vieja, sonriendo.

—¿Está el señor párroco?

—Sí, señor.

Entregué mi tarjeta.

—Haga usted el favor de esperar un momento.

Volvió enseguida, y me alargó una moneda de dos reales.

—Dice el señor, que es todo lo que le puede dar.

—¡Oh! — expliqué, apenas pude acabar de reirme. — No soy un mendigo: es decir, no lo soy del todo. Vengo á ver la iglesia.

Volvió á entrar, y saliendo inmediatamente, me invitó á que pasase.

El párroco, joven, de fisonomía agradable, estaba sentado á su mesa de escribir en una habitación soleada con vistas á la calle, y parecióme muy distinto de la generalidad de los sacerdotes españoles. Cogió mi tarjeta de sobre la mesa.

— ¡Oh, querido! — me dijo. — Siento mucho lo que ha pasado: pero me honran tan pocos visitantes agradables, y son tantos los importunos que llaman á mi puerta...

Y nos reimos juntos.

Roto el hielo, expliquéle mi pretensión.

—Con mucho gusto, no hay dificultad ninguna, — y tomando un par de pesadas llaves, me precedió escaleras abajo.

Dentro de la iglesia había dos ó tres personas que parecían formar parte de la iglesia misma.

Uno de ellos, que me dijeron llamarse «el señor Eusebio», me condujo rápidamente á la sacristía, habitación helada, frontera á la plaza principal, y, abriendo un armario, sacó de él una hermosa caja, regalo, según me dijeron, de un entusiasta cervantista, del tamaño de un infolio. Contenía un registro encuadernado en pergamino, y en una de sus páginas el certificado bautismal del autor de *Don Quijote* en letra amarilla y desigual, pero completamente inteligible. «El domingo—dice—9 de Octubre, año del Señor, mil quinientos cuarenta y siete, fué bautizado Miguel, hijo de Rodrigo Cervantes y de su esposa D.^a Leonor». El padrino fué Juan Pardo, y los testigos, el sacristán Baltasar Vázquez, y el bachiller Serrano; este último administró el bautismo, y firma la partida.

Luego que hube estudiado la inscripción á mi gusto, dado las gracias al digno párroco, y luego que me hube despedido de él, «el señor Eusebio», insistió en acompañarme al tren—cortesía de la cual no pude hacerle desistir de ningún modo. Por la volubilidad con que iba nombrándome las calles, y en más de una ocasión, contándome las his-

torias de sus habitantes, era fácil reconocer en él á un *alcalaino*, nacido y criado en la ciudad: y en efecto, antes de separarnos me confesó que nunca había salido fuera de sus límites. Envidiéle.

Mientras el tren salió de la estación, él permaneció galantemente en el andén.—Adiós,—gritó moviendo la mano — que vuelva usted pronto. Prométame usted que volverá.

¡Volver! ¡Ay! no está en nuestra mano prometer. Somos los peones del ajedrez de nuestra vida, no los jugadores; y el destino y el tiempo, nuestros sordos y mudos antagonistas, nos empujan no sabemos por qué, no sabemos donde!

ÍNDICE

TOLEDO

	<u>Págs.</u>
EL ALCÁZAR.	9
LA CATEDRAL Y EL DESARROLLO DE LA ARQUITECTURA ESPA- ÑOLA.. . . .	27
UNA MAÑANA Y UNA TARDE.	59
EL JARDÍN DEL REY, EL CAMPANARIO DE LA CATEDRAL Y EL CRISTO DE LA LUZ.	71
PEDRO EL ARMERO Y LA LEYENDA DEL CRISTO DE LA VEGA. . .	101

MADRID

DOS AVENTURAS DEL PRÍNCIPE INGLÉS.	129
EL ESCORIAL.	151
ALCALÁ DE HENARES.	175

JUICIOS

DE LA PRENSA EXTRANJERA SOBRE ESTA OBRA

Agradabilísimo... El autor ha puesto ingenio y carácter en su narración.—*Daily News*.

Brillante y pintoresco escritor..., libro lleno de vida y de color.—*Literary World*.

Conocimiento y simpatía para España y sus habitantes. Tiene talento de narrador, gracioso y vivido estilo y notables dotes artísticas.—*Sheffield Independent*.

Libro atrayente..., páginas pintorescas..., narración animada.—*Westminster Gazette*.

Es la obra de un hombre que conoce España, sus habitantes y su historia, y que escribe de ello con sincero entusiasmo.—*Scotsman*.

Promete ser tan popular como su «Tierra de los Do-
nes».—*Illustrated London News*.

Tiene excepcional aptitud para comunicar su entusiasmo personal de viajero por la investigación de lo maravilloso, de lo tradicional ó de lo pintoresco en el recuerdo de sus peregrinaciones por España. Y sobre todo ello está el encanto de un estilo que es sugestivo en sus

cambios de grave á festivo, de serio á socarrón, de práctico á romántico, como el misterio de lo desconocido y oculto que se cierne sobre la «Tierra de los Dones»... No es posible hacer justicia al valor de estos libros en una revista. Son á la vez libros de noticias, guías políticos, historias, estudios sociales y novelas...; hay para contentar todos los gustos en los estudios de Mr. Williams sobre España... El elemento personal es fuerte, pero esto no hace más que aumentar el interés de las deducciones.—*Minneapolis Sunday Times*.

Mr. Williams, que no hace mucho tiempo escribió uno de los mejores libros que existen sobre España, con el título «La tierra de los Dones,» ha aprovechado en este volumen una cantidad nueva de belleza, historia y tradiciones populares... El libro tiene seductor encanto.—*Newcastle Chronicle*.

No hace mucho que el autor del presente libro publicó otro con el título «La tierra de los Dones,» el cual recomendamos al lector al dar cuenta de él, como uno de los mejores libros recientes sobre España en punto á fidelidad y documentación, no menos que en abundancia y minuciosidad. Todo cuanto dió valor é hizo agradable el primer libro, caracteriza igualmente á este nuevo. Nada, por ejemplo, puede estar más felizmente hallado que el relato del modo como el príncipe Carlos Eduardo cortejó á la infanta de España, pero no se casó

con ella. Es una vieja historia, pero ha conseguido imprimir en ella todo el encanto de una novela. Además de estar bien escrito, el libro está excelentemente ilustrado. Pluma y máquina fotográfica se han unido para trabajar cada una por su parte lo mejor posible. — *Glasgow Herald*.

El autor del inolvidable libro «La tierra de los Dones» nos ha dado en noble lengua algunos fascinadores retratos de Toledo y Madrid. El libro está lleno de color y de pequeños episodios anecdóticos, y es pintoresco y entretenido del principio al fin... Las páginas que hablan de Madrid en tiempo de los Hapsburgos y de los primeros Borbones son sutiles y verídicos recuerdos, escritos con la precisa mezcla de exacta descripción y delicado humorismo que fija la atención y tanto contribuye á inmortalizar la obra literaria.— *Leeds Mercury*.

El lector que abra este agradabilísimo recuerdo de excursiones por la mágica tierra de España, se verá impulsado á leerle desde el principio al fin, tan sugestivo es el interés de cada página.— *Studio*.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

BALLADS AND SONGS OF SPAIN. (*Baladas y canciones españolas.*)—1.^a edición, Londres, 1896.—2.^a edición, Londres, 1903.

A SHORT HISTORY OF SPAIN. (*Breve Historia de España.*)—Londres, 1899.

THE LAND OF THE DONS. (*La Tierra de los Dones.*)—Londres, 1902.

TOLEDO AND MADRID: THEIR RECORDS AND ROMANCES. (*Toledo y Madrid: sus recuerdos y sus leyendas.*)—Londres, 1903.

BIBLIOTECA
NACIONAL Y EXTRANJERA

ANGEL GANIVET

EPISTOLARIO

PRÓLOGO DE F. NAVARRO Y LEDESMA

3,50 ptas.

LEONARDO WILLIAMS

CASTILLA

3 ptas.

PRÓXIMOS Á PUBLICARSE

G. MARTÍNEZ SIERRA

SOL DE LA TARDE

SANTIAGO RUSIÑOL

EL PUEBLO GRIS

RUBÉN DARÍO

TIERRAS SOLARES

COLECCIÓN DE ENSAYOS

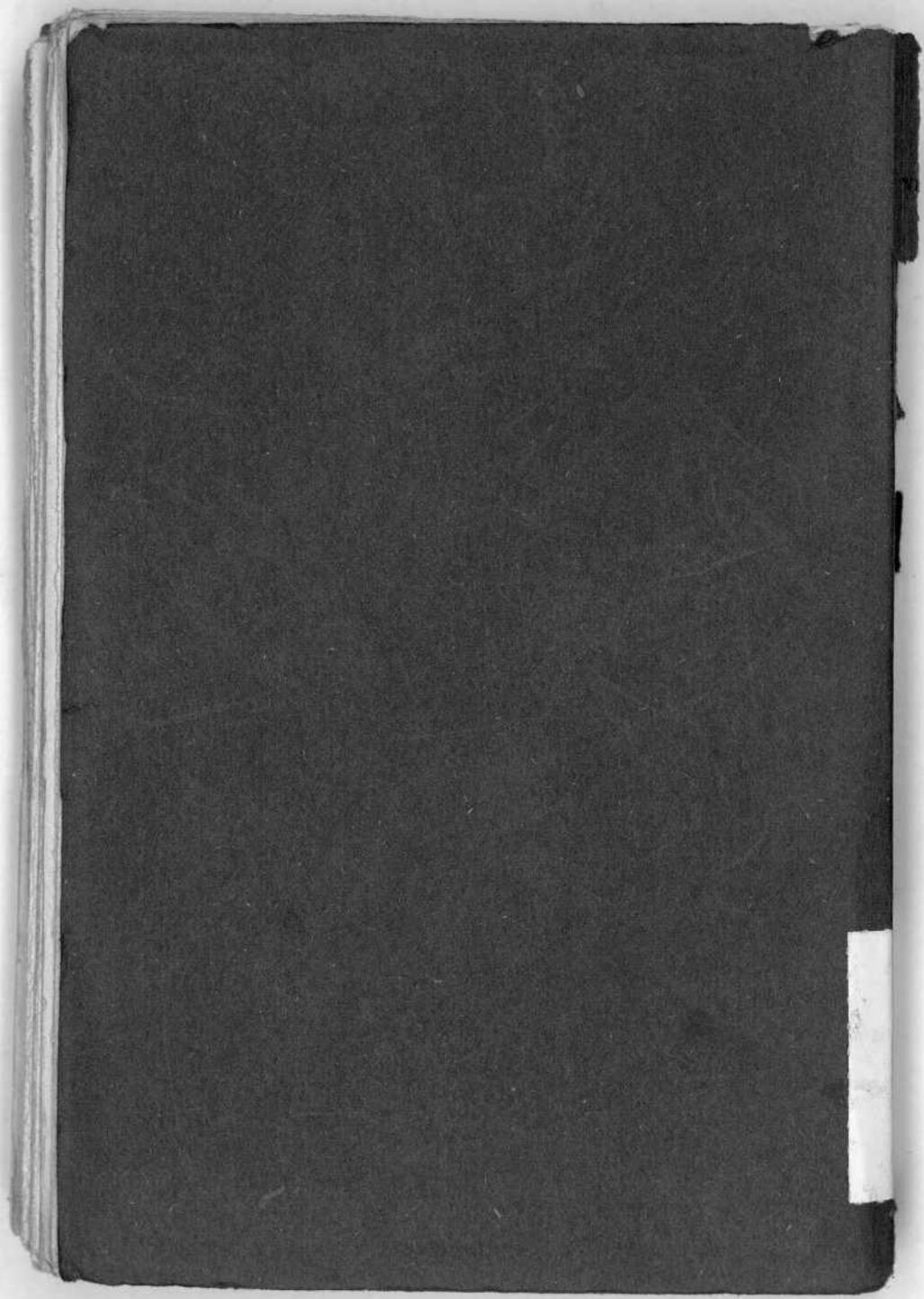
I

SHELLEY

DEFENSA DE LA POESÍA

Una peseta.

LEONARDO WILLIAMS, EDITOR.—LISTA, 8.—MADRID



G 36508

PRECIO
3 PESOS

CASA S.S. I

LESA

LEAMS